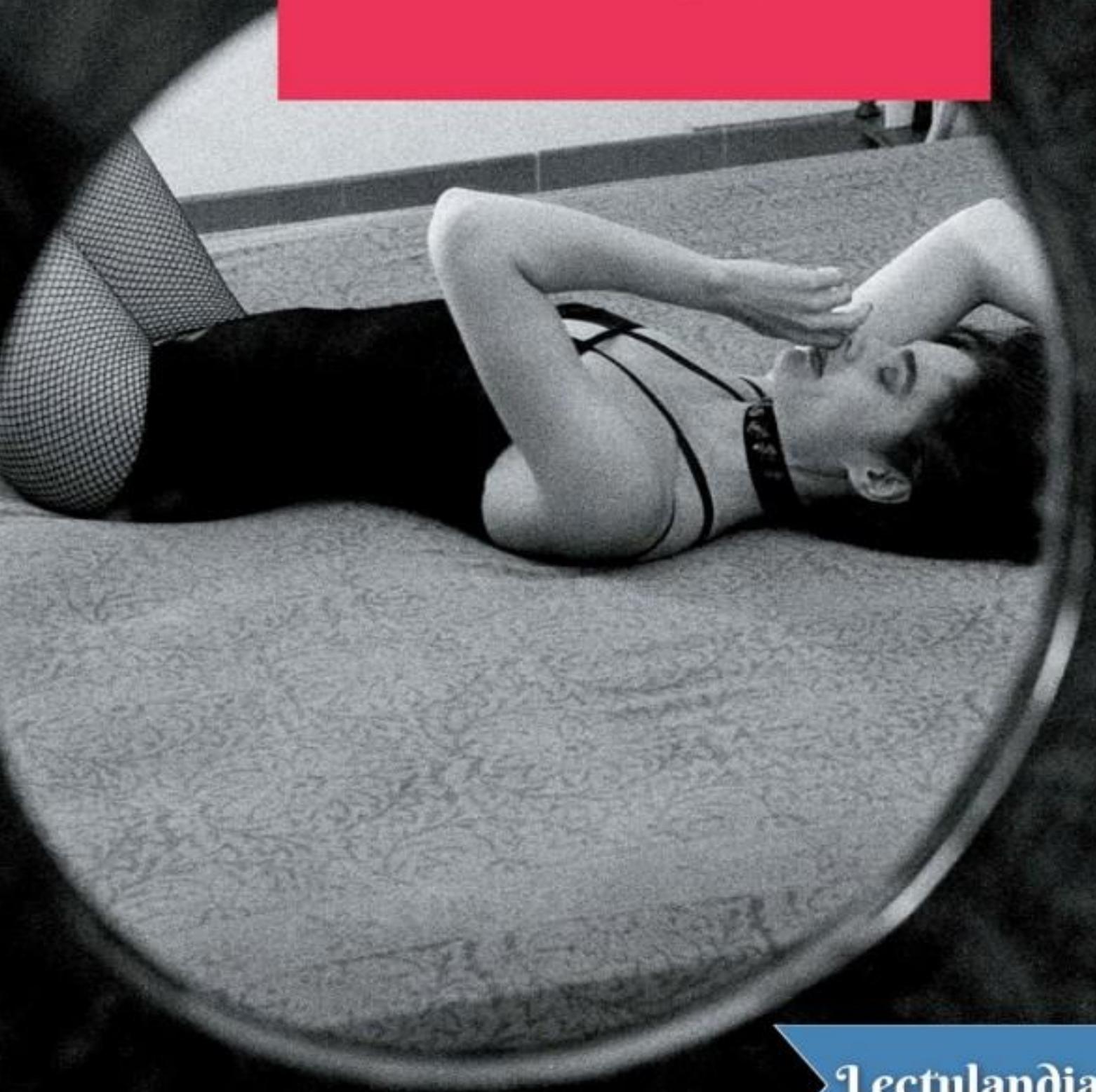


El beso de
la sirena negra
JESÚS FERRERO



Lectulandia

Esta primera novela negra de Jesús Ferrero es un relato intenso, lúcido y envolvente sobre el otro lado del deseo. «No le pido que indague en el alma de mi hija, sólo le pido que averigüe dónde se encuentra y qué clase de vida está haciendo». Éste es el encargo que Lucía Valmorant hace a la detective Ágata Blanc para que localice a su hija. Las investigaciones la llevan hasta París, donde se encontrará con la verdadera Alize... Ágata será atraída por caminos que nunca habría imaginado y que la estaban aguardando como una revelación. Una novela que ahonda en el lado oscuro que todos escondemos, sin perder de vista lo mejor de la tradición *noire* clásica.

Lectulandia

Jesús Ferrero

El beso de la sirena negra

Ágata Blanc - 1

ePub r1.0

Titivillus 20.11.15

Título original: *El beso de la sirena negra*
Jesús Ferrero, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi querido amigo Bartabas

...ces yeux faits pour vous voir...

...estos ojos hechos para veros

ALAIN ROBBE-GRILLET,

L'année dernière à Marienbad

I

La fugitiva

1

La historia humana comienza con un acto temerario, según el mito del paraíso terrenal: Eva mordiendo la manzana.

Pero Eva lo tenía todo, y cabe suponer que si lo tienes todo no deseas nada. ¿Por qué Eva aceptó la fruta que le tendía el ángel reptil? ¿Quizá la serpiente era simplemente la imagen de su curiosidad, de una curiosidad vinculada a la sospecha de que le faltaba algo por conocer?

Comprendo la acción fatal que da origen a la humanidad, porque nada me arrastra tanto como la curiosidad por conocer la zona oculta de las conciencias y el denso tejido de tinieblas que fluye por debajo de la conducta humana.

Esa curiosidad se fue desarrollando en mí desde la infancia y acabó concretándose en mi época universitaria, cuando estuve investigando lo que la Cábala llama «el otro lado» de la conciencia, del universo, de la vida, el otro lado oscuro y temible. No sabía entonces que mi existencia iba a dar un giro fundamental, y es que estaba a punto de concluir mi tesis cuando el profesor que la dirigía se suicidó. Lo consideré una señal del destino, abandoné la universidad y me perdí varios años por la vida hasta el día en que, hallándome en un café del bulevar Saint-Michel, descubrí la salida a mi marasmo existencial y encontré la profesión que ahora ejerzo con sumo placer, pues me parece la única capaz de satisfacer mi interés por todo lo que vemos y todo lo que no vemos del animal humano.

Tres años después de aquella feliz mañana a la que volveré más tarde, me hallaba en Londres con un hombre llamado Jack.

Ciudad fantasmal. Habíamos dejado atrás el Támesis, cuyas aguas fluían tan suavemente que parecían detenidas, y atrás también la Torre de Londres, entre una multitud que discurría hacia el río y otra que se alejaba de él, y ya estábamos llegando al barrio del Destripador.

A Jack no le había hecho demasiada gracia mi sugerencia de recorrer las calles en las que otro Jack se había dedicado a descuartizar a mujeres callejeras y aceptaba con resignación nuestro recorrido por Whitechapel. Pasear por la Hanbury Street, donde Jack the Ripper había asesinado a dos desdichadas, me producía una emoción casi vergonzosa.

Una ventana iluminada, un periódico abandonado, una mujer mirando un escaparate, una fotografía pegada a una farola, los maniquís sin cabeza de la tienda de ropa, la botella que un adolescente hace rodar por la acera, los zapatos rojos de una chica, el coche azul que se nos adelanta silencioso, el perro blanco que me mira desde el puesto de periódicos como si me conociera, el hombre vestido de negro que se cruza con nosotros, todo me parece de pronto transfigurado y todo adquiere otra significación. Tal vez la significación que le da mi imaginación, pero también la derivada de la sospecha de que tras cada transeúnte que pasa hay una historia oculta, además de una historia manifiesta.

Detenida ante una puerta de madera carcomida y frontón deteriorado que parecía de la época del Destripador, recordé mis años universitarios, cuando investigaba la teoría del «otro lado» y Jack el Destripador me parecía el paradigma de alguien que se había colocado de verdad al otro lado, y desde ese otro lado configuraba una estrategia y elaboraba una geometría de la perversidad tan compleja y tan completa como la geometría del bien, e igualmente ordenada en su atrocidad.

Entramos en un callejón negro donde nos sentimos al abrigo de todas las miradas. Las voces de la gente que recorría Whitechapel llegaban hasta nosotros como venidas de otra galaxia. Allí nos mordimos los labios. Era la hora del desvanecimiento. Las casas se desvanecían, los vehículos, el mundo. Jack cerró los ojos y buscó con urgencia mis pechos. Su cabeza estaba ardiendo y hacía años que no se sentía tan habitado por la emoción, según me insinuó esa misma tarde.

Estábamos tan excitados que corrimos hasta su casa, tres cuadras más arriba, justo cuando empezaba a llover. Fue el inicio de otro viaje, de caricias más concretas y sensaciones más carnales. Y de pronto, estábamos haciendo el amor de pie, junto a la ventana en la que repicaba la lluvia. Yo apoyada de espaldas contra la pared y él sobre mí, los dos protegidos por la oscuridad. Noté su temblor en mis entrañas y le respondí con un estallido de excitación que percibí en la cabeza tanto como en el sexo, seguido de algo parecido a un mareo, como cuando de niña me desmayaba tras hacer un esfuerzo y durante unos instantes me perdía en un mundo de visiones envolventes y de una amplitud de horizontes abismal, y del que regresaba con la mirada tan limpia como perdida.

Aún estaba aterrizando cuando recibí en mi teléfono móvil la segunda llamada de ese día desde Madrid. Se trataba de una mujer que respondía al nombre de Lucía Valmorant y que requería con urgencia mis servicios.

—No se preocupe —le dije—. He pensado salir para Madrid mañana. Llegaré a Barajas a las doce del mediodía.

—La estaré esperando.

—Muy amable por su parte —respondí, y pensando que la noche era todavía larga, regresamos a la calle y estuvimos danzando por los bares del SoHo. A las cuatro de la mañana me despedí de Jack en una parada de taxis de Oxford Street a la que acudían en manada adolescentes mortalmente ebrios ya camino de casa, y regresé a mi hotel, donde aún pude dormir algunas horas antes de tomar el avión de la British Airways que habría de depositarme en Madrid.

Nada más atravesar la puerta de salida que conducía al vestíbulo de la terminal de Barajas mis ojos se fijaron en una mujer rubia, y ella se fijó en el pañuelo blanco que llevaba en mi mano derecha y que, según habíamos convenido por teléfono, me identificaría.

Como pude comprobar, Lucía Valmorant era una mujer de unos cincuenta años,

de cabellera lustrosa y ojos azules. Llevaba un vestido blanco y plisado y zapatos de tacón, y se acercó a mí con un andar elegante y ligeramente descuidado.

Acogió mi mano derecha con sus dos manos mientras detenía en mí su mirada, densa y extraña. Tuve la certeza de que estaba haciendo un análisis clínico de mi persona, y procuré no dejarme impresionar. Como cabía sospechar, Lucía acabó fijándose en mis zapatos con una mirada oblicua y fugaz que parecía completar la ficha previa a cualquier conversación. Luego volvió a sonreír y dijo:

—Qué alegría tenerla al fin aquí, mi querida Ágata Blanc. ¿Qué le parece si nos vamos ya a San Lorenzo de El Escorial? —preguntó con suavidad.

—Ah, ¿vive usted en la sierra?

—Sí —dijo deslizando una vez más su mirada por mi cuerpo.

El chófer se encargó de mi equipaje y me fue guiando junto a ella hasta el aparcamiento, donde se hallaba un Mercedes amplio, cómodo y reluciente, que parecía una reliquia del pasado.

Enseguida nos pusimos en marcha y fuimos dejando atrás las periferias ricas de Madrid, jalonadas de urbanizaciones rodeadas de jardines que iban a morir a la autopista. Fiel a cierto estilo que exigía agasajar al invitado antes de instrumentalizarlo, en ningún momento del viaje Lucía Valmorant me habló de su problema, limitándose a hacerme preguntas que ni siquiera rozaban el asunto para el que nos habíamos reunido.

Entramos en San Lorenzo de El Escorial por una carretera rodeada de árboles, y ya estábamos cerca del monasterio cuando Lucía dijo:

—Como creo que nos vamos a entender, ayer le reservé una habitación en este hotel...

El chófer frenó bruscamente. Miré por la ventanilla del coche y me vi de pronto ante un edificio rodeado de glorietas, de un aire que me transportaba a *la belle époque*. Se trataba del hotel Victoria Palace.

—Tome posesión de su habitación, amiga. La esperamos.

El chófer cargó con mi equipaje hasta el vestíbulo, donde se lo pasó al botones, que a su vez lo llevó a mi habitación, en el quinto piso del hotel. Me reconfortaron las vistas. Desde una de las ventanas podía abarcarse todo el pueblo, el monasterio, sus jardines, sus huertos, y al fondo, muy al fondo, un campo de golf.

Me di una ducha muy rápida, me puse un traje de lino y bajé a la recepción, donde me aguardaban Lucía y el chófer. Volvimos al coche y nos dirigimos al restaurante del Real Club de Golf, donde al parecer se iba a celebrar nuestro almuerzo.

En cuanto dejamos atrás la explanada del monasterio, el recorrido hasta el restaurante, ubicado en la cima de una colina situada en el corazón del campo de golf, transcurrió apaciblemente por una carretera llena de curvas y rodeada de árboles frondosos y monumentales.

El restaurante era amplio y poseía grandes ventanales proyectados hacia el

monasterio. Ante un gesto muy leve de Lucía, el chófer se fue al bar, que se hallaba a la izquierda, y nosotras al comedor, que se hallaba a la derecha. Nos sentamos en la mesa más próxima al ventanal, junto a una pared en la que se exhibía, enmarcada en madera de palisandro, la tarjeta de un partido de golf que el rey Juan Carlos había jugado con el príncipe de Gales.

En un tono falsamente confidencial, Lucía me aconsejó compartir con ella ensalada de bogavante como entrada, y después faisán con salsa de higos, que según rezaba en la carta procedían del huerto del monasterio. Para beber, me recomendó un vino de Toro, redondo y eucarístico, elaborado en las bodegas de un conocido actor francés.

Mientras comíamos rodeados de señoras parecidas a ella y de señores de mármol, Lucía se atrevió a hacerme la primera pregunta de carácter personal.

—Me gustaría saber por qué es usted detective privado —dijo.

Hice un gesto de desagrado que ella no advirtió.

—¿Le parece tan extraño mi oficio? —inquirí tras apurar mi copa.

—No del todo... Las clases bajas creen que los detectives sólo existen en las películas y las novelas. Como nunca los contratan... Pero no estoy en esa dimensión, amiga. Es la tercera vez que contrato a un detective. Simplemente quiero saber por qué usted, precisamente usted, lo es. La mujer que me aconsejó contratar sus servicios me dijo que tiene usted doble nacionalidad. ¿Es cierto?

Asentí con la cabeza antes de añadir:

—Mi padre es francés y mi madre española, pero supongo que no nos hemos reunido para hablar de mis señas de identidad.

Lucía se quedó mirándome en silencio. Tenía el convencimiento de que, si le confiaba mi trayectoria por la vida, la señora Valmorant tendería a pensar que buscaba demasiado el fondo de las cosas, y por experiencia sabía que nadie contrata a un detective para que llegue a donde no conviene llegar.

—Está bien. Le hablaré un poco de mi vida para que entienda que estoy donde tengo que estar. Nací en París hace unos cuantos años y cursé estudios universitarios hasta los veinticinco, época en que me vi sin trabajo, sin futuro y sin presente. Anduve varios meses recorriendo París en busca de un empleo soportable hasta que, una tarde en que me hallaba en un café del barrio Latino leyendo el periódico, descubrí un anuncio de una agencia de detectives que ofrecía trabajo a mujeres. Desde entonces no hago otra cosa ni quiero hacerla —dije, ocultándole el suicidio de mi profesor y mis años de extravío.

Lucía me miró con cierta fijeza, dio un sorbo a su vaso y preguntó:

—¿En qué principios basa su trabajo?

—En la discreción y la prudencia cuando he de juzgar a los demás. Parto de la certeza de que el hombre es un animal más complejo de lo que cree la policía.

Lucía asintió con la cabeza y dijo:

—Me ha convencido usted y queda desde este momento oficialmente contratada

para averiguar dónde se encuentra mi hija Alize.

—¿De modo que se trata de su hija?

Lucía suspiró, movió pacientemente la cabeza y contestó:

—Así es, amiga, así es: mi *unique et enervante fille*.

Habíamos concluido el almuerzo cuando el cielo empezó a encapotarse. Lucía me aconsejó tomar una copa en su casa y regresamos al coche, donde nos estaba esperando estoicamente el chófer. Salimos del campo de golf por la misma carretera por la que habíamos entrado, dejamos atrás una rotonda rodeada de pinos y nos adentramos en el barrio de Abantos. Fuimos subiendo por una calle empinada en la que crecían espléndidos tilos y nos detuvimos ante el muro de contención de una especie de jardín colgante que antecedió a una mansión ocre y blanca, más parecida a las que se veían por la costa Azul que por San Lorenzo de El Escorial.

Lucía empujó una pequeña puerta de hierro que se hallaba en una esquina del muro y fuimos subiendo las dos por unas escaleras hasta un amplio jardín de aspecto mediterráneo.

En el jardín nos recibió una muchacha eslava que nos abrió de par en par las puertas de la casa.

Ya en el salón, me senté en el sofá blanco que Lucía acababa de indicarme y deslicé la mirada por los objetos que nos rodeaban.

—Creo que ha llegado el momento de tomar un whisky. Juraría que no hay bebida mejor para dejarse llevar por esta luz tan venenosa, ¿no le parece a usted, amiga Blanc? —dijo mi anfitriona simulando una cercanía totalmente ficticia.

Asentí. Lucía me ofreció un cigarrillo pero adelanté la mano y le dije que sólo fumaba puros muy de vez en cuando.

—¿Es usted amante de los habanos?

—Digamos que amante ocasional. Lo heredé de mi padre, que sólo fuma dos puros a la semana. Yo también.

—¿Esta semana ha fumado alguno?

—No.

—Ayer me regalaron unos habanos excelentes. Cecile —dijo Lucía mirando a la muchacha, que acababa de servir dos whiskys—, trae la caja de Trinidad.

Volví a contemplar el salón: a mi izquierda se veía una biblioteca de caoba bien nutrida de libros antiguos y fotografías enmarcadas. Sobre la biblioteca, y como si representase una cierta idea del saber, destacaba un retrato al óleo de una dama del siglo XVIII que se parecía mucho a Lucía Valmorant, y algo más allá dos ángeles barrocos me miraban con severidad desde las sombras. Tras ellos, una escalera de poderosa y muy trabajada balaustrada ascendía hacia el primer piso, que se presentía fresco y rumoroso, seguramente rico en cuadros de diferentes épocas, camas faraónicas y visillos flotantes.

La muchacha no tardó en aparecer con una caja de lanceros de excelente aroma y mejor factura.

—¿Sabe?, yo también voy a fumarme un habano —dijo Lucía, dando por supuesto que iba a fumar con ella mi primer puro de la semana.

La señora Valmorant encendió el habano y dio una calada, luego sorbió con levedad el whisky y se quedó mirando el monasterio, en ese instante envuelto en un velo azulado. A la izquierda, las montañas proyectaban sus oscuras siluetas sobre las onduladas praderas del campo de golf, que por efecto de la perspectiva parecían perderse a lo lejos. De pronto Lucía se volvió hacia mí, esbozó una sonrisa ladeada que no le había visto hasta entonces y dijo:

—Antes de seguir le haré una pregunta mundana. ¿Le dice a usted algo la palabra «aristocracia»?

Sonreí levemente, como si la pregunta me hiciese gracia, y en realidad me la hacía. Pero pronto mi sonrisa se esfumó en beneficio de una expresión más neutra, similar a la que ella acababa de adoptar.

—Le he hecho una pregunta.

—Sí, lo sé.

—Veo que se resiste a contestar.

Volví a sonreír y dije:

—Creo que la aristocracia designa una forma de economía basada en la endogamia y también una forma de ser. Tengo la impresión de que empezó a decaer hace mucho tiempo y de que no es ni la sombra de lo que fue.

—Usted lo ha dicho. Mi madre aún tuvo la virtud de casarse con un verdadero aristócrata, juraría que con el último aristócrata, y se lo dice alguien que lo conoció de verdad. Pero yo me casé con un imbécil y un advenedizo, a pesar de su apellido *flamboyant*. ¿Y todo por qué? Porque me enamoré de sus ojos grises, sí, de los ojos grises de Adriano Urbach, del que me separé hace diez años. ¿Ha oído hablar de él?

—No.

—Pues no es un desconocido en este país. Con él tuve una hija, Alize, que siguiendo el tristísimo destino de la aristocracia moderna, continuó el descenso hacia la plebeyez total estudiando medicina y asumiendo una vida al estilo de la clase media.

—Debió de dolerle mucho su actitud —comenté con media sonrisa.

—No demasiado. Ya me he acostumbrado a la desaparición de la elegancia.

—¿Estudiar medicina no le parece elegante?

—No —dijo sin titubear—, ¿y a usted?

—Prefiero no opinar. ¿Alize es quizá una variante de Alicia? —pregunté desviando la conversación.

—Es Alicia en vasco. Su abuela paterna, que procede de Vizcaya, la empezó a llamar así cuando era niña y con ese nombre se ha quedado —contestó, para enseguida añadir—: Alize acabó medicina hace cinco años, y casi desde entonces ha estado trabajando en el hospital de El Escorial.

—¿Ya no?

—No. Hace tres meses que cerró su casa de Parquelagos y nadie la ha vuelto a ver.

Me incorporé y me fijé en una fotografía de la biblioteca en la que se veía en primer plano a una chica que podía ser Alize, y tras ella una casa junto a una laguna y una pasarela. Más allá del jardín de la casa se divisaba un rótulo. Tres patos volando enmarcaban un letrero en el que decía: PARQUELAGOS.

—¿Sabe si su hija tenía alguna razón para desaparecer? —pregunté.

—Eso tendrá que averiguarlo usted.

—Iré al hospital e indagaré entre las personas que trabajaban con ella.

—Me parece bien.

—¿Ha recibido alguna carta de ella desde su desaparición?

—Sí. Me mandó un mensaje a modo de telegrama en el que me comunicaba que había decidido cambiar de piel y que se iba de Madrid, si bien no me decía adónde ni por qué.

—¿Puedo ver ese mensaje?

—No.

—Y la casa de Parquelagos, ¿podré visitarla?

—No se lo aconsejo. Es una urbanización horrible. Además, no va a encontrar nada allí que le sirva como pista para saber dónde está.

—No la veo muy dispuesta a facilitarme el trabajo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? No le pido que indague en el alma de mi hija, sólo le pido que averigüe dónde se encuentra y qué clase de vida está haciendo.

No me extrañaron sus escrúpulos. Estaba acostumbrada a trabajar para clientes que sólo emitían una parte mínima de lo que sabían, a menudo insuficiente para elaborar una estrategia, y también sabía que no convenía desmoralizarse por eso: formaba parte del sistema mental y moral de las personas, y con ello había que contar siempre.

—¿Puedo llevarme alguna fotografía de Alize?

—Llévese ésta —dijo Lucía extrayendo de su marco la fotografía que reposaba sobre el anaquel.

—Ha sido un placer conocerla, y dé por cierto que ya he empezado la investigación.

—Eso me ha parecido —musitó sonriente mientras introducía en el bolsillo superior de mi chaqueta un cheque y lo colocaba a modo de pañuelo—. ¿No quiere que Cecile la lleve en coche hasta el hotel?

—No, prefiero ir dando un paseo por San Lorenzo. Me sentará bien.

Lucía me acompañó hasta la puerta principal, que se hallaba en el flanco opuesto a la del muro de contención, y se despidió de mí con un apretón de manos.

Según me iba alejando de la casa, fui tomando conciencia de que el lugar en el que me hallaba era una sucesión de planos, como las gradas de un teatro griego, en torno al monasterio. Los planos conformaban un juego barroco que podía provocar

cierta confusión. A veces no sabías en qué plano estabas, a veces el monasterio parecía estar suspendido en el aire, a veces sumergido. Y mientras me extraviaba voluntariamente por las diferentes gradas de piedra iba elaborando un retrato de mi cliente siguiendo el método cartesiano, y Descartes aconsejaba no aceptar nunca como verdad nada que no se conociera con evidencia. ¿Qué era lo que hasta entonces me parecía evidente? Sólo una cosa: Lucía Valmorant tenía bastante más dinero que yo, lo que me incitaba a suponer que tenía más cosas que ocultar que yo.

Una vez resuelto el misterio de las evidencias dividí el problema en partes, comenzando por lo más sencillo, y lo más sencillo atañía a la relación entre Lucía y Alize. Todo indicaba que no se llevaban bien, y por la forma en que la señora Valmorant hablaba de su hija estaba justificado pensar que en los últimos tiempos no se trataban.

Tampoco resultaba difícil advertir que Lucía Valmorant no se sentía a gusto en un mundo gobernado por la clase media, cuya estética le parecía hiriente y despreciable. Aborrecía el simulacro del lujo y sólo creía en el lujo verdadero, de alguna manera representado por su difunto padre y en poca medida por su exmarido.

También parecía fácil deducir que Lucía se entendía bien con las mujeres observadoras y discretas, con las que mantenía una especie de conversación intelectual basada en la mirada, y que apreciaba el buen gusto en el vestir y la elegancia en el ademán.

Lucía era orgullosa, eso también resultaba claro, si bien todo indicaba que, como en la mayoría de las personas proclives a cultivar la soberbia y hacer ostentación de ella, podía tratarse de un orgullo gravemente herido.

Ya creía haber finalizado el análisis cuando me sobrevino una última certeza: Lucía Valmorant ocultaba un gran secreto.

No niego que tal aseveración era entonces muy arriesgada, y no en vano apareció en mi mente sin ninguna justificación, pero es que no he dicho que al método cartesiano le solía añadir el delirio razonado y la intuición.

2

Esa noche estuve tomando un café en el bar del hotel, y como siempre que cometía esa estupidez, dormí mal y tuve pesadillas.

Me desperté tres veces, la tercera a las seis de la mañana, momento en que decidí entretener mi insomnio mirando la fotografía de Alize.

Era morena, de cabellos muy negros, largos y brillantes. En la fotografía parecían húmedos. Ojos igualmente negros e intensos, cejas negras y pronunciadas, boca frutal y bien dibujada, nariz algo afilada, al estilo francés... En la instantánea llevaba una camiseta y una chaqueta blanca cruzada, de aspecto masculino. Parecía una mujer muy inteligente y de una extraña sensibilidad. Su rostro firme y equilibrado, sus pómulos y la densidad de su mirada certificaban una especie de fortaleza interior, que podía ser bien o mal utilizada, aunque cierta melancolía en la expresión podía sugerir que se trataba de una mujer herida como su madre, pero ¿de qué y hasta qué punto?, me pregunté antes de volverme a dormir. Soñé con espacios amplios y desolados que evocaban los pasillos de un balneario de los Pirineos en el que había estado de niña con mis padres, y donde un amigo de mi padre había intentado abusar de mí, y con los laberintos de piedra de San Lorenzo de El Escorial. Al final del sueño yo recorría una interminable galería llena de puertas. De una de ellas surgía Alize Urbach y gritaba:

—¿Has hablado con mi madre?

La puerta se volvía a cerrar y yo seguía por el corredor. Una nueva puerta, con el número 7, se abría de nuevo y aparecía otra vez Alize diciéndome entre carcajadas:

—Mi madre es una infame.

Me desperté sudando, me duché, me puse un jersey de lana y una falda de pésimo gusto, y, tras desayunar, alquilé un coche en el mismo hotel y me dirigí al hospital donde había trabajado hasta hacía unos meses Alize Urbach.

Una luz plateada iluminaba los bosques que rodeaban aquel edificio blanco y lleno de balcones, que según me habían dicho en el hotel había empezado siendo un sanatorio para tuberculosos. La falda del monte Abantos custodiaba su flanco izquierdo y a la derecha se perfilaban sobre un cielo de estaño las cimas rocosas del Guadarrama.

Compré un periódico en el quiosco que se hallaba junto a la parada del autobús y entré en el hospital. Dejé a mi derecha la sala de espera y giré hacia la izquierda por un pasillo que me condujo a la cafetería. Pedí un té a un camarero de aspecto senegalés y me senté en una mesa de una galería acristalada que daba al jardín, desde donde podía dominar todo el establecimiento.

No tardé en ver entrar a una mujer de la edad de Alize, con bata verde y andares que expresaban autoridad. Pidió un café mirando al senegalés como si fuese un

cruasán bañado de chocolate y, con la taza en la mano, atravesó la galería sin mirarme y se sentó en un banco del jardín para fumar un cigarrillo.

En esta ocasión yo iba vestida con bastante torpeza e intentaba que mi rostro expresase algo parecido a la estupidez. En realidad quería parecer una infeliz. Con pasos dudosos, me acerqué a la mujer y le pregunté si conocía a la doctora Alize Urbach.

La mujer elevó la mirada y me observó con piedad desde el fondo de sus ojos negros.

—¿Y usted?

—Fui su paciente.

—¿Ah, sí? Juraría que jamás la he visto por aquí.

Reaccioné de inmediato y dije:

—Bueno, no fue aquí donde me trató.

—¿Dónde entonces?

—En Parquelagos. Vivo a medio kilómetro de su casa y hace meses que no la veo por el barrio.

—Ya. ¿Y?

—Me gustaría saber de ella. Tengo la impresión de que había empezado a nacer entre nosotras algo parecido a una amistad.

—No lo dudo, pero por lo visto ella se marchó sin despedirse de usted.

—Cierto. ¿Sabe adónde?

La mujer volvió a mirarme, ahora con más misericordia que antes.

—Dígame una cosa, ¿es muy importante para usted volver a ver a la doctora Urbach?

—Sí —dije con precipitación.

La doctora me invitó a sentarme en su banco, y tras encender un nuevo cigarrillo susurró:

—Olvídese de Alize, amiga. Por la cuenta que a ella misma le trae, no volverá a este hospital.

—¿Por qué? —pregunté con cara de desolación.

—Ay, Dios, ¿no advirtió en ella comportamientos impropios?

—Sí, sí, los advertí, pero Alize es un ser tan peculiar... —dije improvisando.

—¿Peculiar? Médicos como ella hacen mucho daño a nuestra profesión.

—No la entiendo.

—No sea usted más necia de lo que parece, por favor. Pero ya que la veo tan cautivada por ella le diré que Alize Urbach está con seguridad en el extranjero y que ha abandonado la profesión médica. Y ahora me tengo que ir —dijo incorporándose—, el quirófano me aguarda.

—¿Podría usted conseguirme su nueva dirección?

La piedad volvió a poseer el rostro de la doctora.

—Siento no poder ayudarla. Ni sé dónde vive ni quiero saberlo... Olvídese de

ella, era una farsante y acabará muy mal —sentenció la mujer, dejándome paralizada en el jardín.

No mucho después me fui del hospital y decidí darme una vuelta por Parquelagos con el coche que había alquilado en el hotel y que parecía plegarse a mí como un animal tranquilo y dócil.

A unos treinta y cinco kilómetros de la capital, y ubicada en un flanco de la A6 desde el que se puede contemplar con nitidez la laguna redonda y algunas de las casas que la circundan, Parquelagos no parecía una urbanización que estuviese pasando por su mejor momento. El visitante no podía evitar percibir cierto aliento siniestro impregnando la sustancia misma de la tarde y enrareciendo la lluvia. Una lluvia menuda que apenas se notaba entre los árboles de la calle, que desembocaba en una larga pasarela ante la que detuve el coche. La pasarela sólo permitía el paso de un vehículo, y estaba flanqueada por dos filas de farolas esféricas que surgían de la balaustrada blanca.

No tuve más que cruzar la pasarela para toparme de bruces con la casa de la fotografía. Estaba situada al comienzo de la avenida Bohemia, en una calle de casas bastante deterioradas, y poseía un jardín posterior que iba a morir a la laguna.

Salté la valla del flanco trasero de la casa, que apenas tenía un metro de altura, penetré en el jardín, lujurioso y descuidado, y me detuve ante la piscina, hipnotizada por las nubes fantasmales que se reflejaban en el agua. Estaba atardeciendo cuando conseguí forzar la ventana de una claraboya ubicada a ras del suelo, desde la que accedí a una especie de mazmorra llena de cachivaches. Subí por unas escaleras que iban a dar al vestíbulo, donde encendí la luz y descubrí que la casa, blanca por fuera y con tejados de pizarra, ocultaba una interioridad de tonos negros. En el vestíbulo podían verse un pequeño retrato al óleo de una niña que parecía Alize a los once o doce años y una librería lacada en negro. En los anaqueles de la derecha, los más próximos a la escalera, podían verse varias novelas francesas y una vieja edición de *Alicia en el país de las maravillas*.

Subí por la escalera hasta el primer piso, donde no tardé en toparme con el dormitorio. Las farolas de la pasarela iluminaban ahora el agua de la laguna, levemente agitada por la brisa, y llegaba al interior una luz irreal, acaso la más propicia para apreciar la belleza sombría de la habitación. La cama china, casi a ras del suelo, tenía sábanas color lila, y sobre una mesilla de laca negra reposaban una pipa negra, alargada y femenina, y una fotografía enmarcada en plata de Alize montada en un caballo gris. Las paredes, sin embargo, eran blancas y estaban todas ellas ornadas con espejos de diferentes tamaños. Pensé que todos aquellos espejos significaban narcisismo, pero también locura, y me dieron ganas de arrojarme al lecho y ocultarme bajo las sábanas color lila como quien se oculta en la oscuridad de la noche.

En esa situación me hallaba cuando, al acercarme a la ventana, vi a un hombre en el jardín y me alarmé. El hombre entró por la misma claraboya que yo y no tardé en oír sus pasos en la escalera.

Abandoné el cuarto y me oculté entre las sombras del pasillo, desde donde vi al intruso aproximarse al dormitorio y empujar la puerta.

Conteniendo la respiración, me acerqué mientras pensaba que podía tratarse de otro detective, o de un policía, o de un ladrón... Ya junto a la puerta, miré hacia el interior del cuarto y vi al hombre sollozando sobre la cama mientras abrazaba apasionadamente la almohada.

Más tranquila, respiré hondo y grité:

—¿Qué hace usted aquí?

El hombre se incorporó avergonzado y aterrado, y empezó a temblar mientras balbucía:

—Verá... Yo sólo quería ver a la doctora Alize Urbach. ¿Es usted de la policía?

En lugar de contestar pregunté:

—¿Con quién hablo?

—Me llamo Silvio y soy profesor de inglés.

—¿Acostumbra hacer esto con frecuencia?

—No. Es la primera vez que entro así. No lo habría hecho, pero vi la luz encendida y me propuse sorprender a la doctora Urbach.

—¿Por qué?

—Es muy largo de contar...

Lo miré con más tranquilidad todavía, pues no me parecía un tipo peligroso, y añadí:

—Le diré la verdad. Me llamo Ágata y no soy policía.

—Entonces, ¿qué es?

—Como usted, soy una expaciente de la doctora Urbach y, como usted, sigo obsesionada con ella —dije ejerciendo el derecho a la mentira tan vinculado a mi profesión. Luego añadí—: ¿Dónde podríamos tomar una copa y charlar un rato?

—En el café Babel. Está en San Lorenzo.

—De acuerdo, pongámonos en marcha. He dejado el coche al otro lado de la pasarela.

Media hora después entrábamos en un café ubicado al final de una de las cuestas de San Lorenzo. Como pude comprobar al dejar atrás la puerta custodiada por el propietario del establecimiento, la sala presidida por la barra tenía a su derecha una tarima sobre la que estaba tocando un quinteto de jazz. El local se hallaba en penumbra y flotaba el humo de los cigarrillos por encima de las cabezas, adensando la atmósfera y difuminando las telas que cubrían los techos.

—¿Cree usted que aquí vamos a poder hablar? —pregunté con inquietud.

—Tenga un poco de paciencia —dijo Silvio, y me fue guiando entre la gente hasta una puerta que se hallaba en el lado opuesto al de la entrada. Tras ella apareció

un jardín interior rodeado de viejos muros de piedra entre cuyas grietas crecían las higueras. Sus copas conformaban una bóveda vegetal que ocultaba el cielo. Nos sentamos en dos sillas de hierro bajo una de las higueras y pedimos dos copas de vino a la chica que acababa de aparecer. Ya nos las había servido cuando Silvio se frotó bruscamente la cabeza y empezó a decir—: Si usted supiera... Con ella era todo tan oscuro y a la vez tan luminoso... Era como...

—¿Sí?

—Era como amar junto a un precipicio. Oh, Dios mío —dijo, y se echó a llorar.

La orquesta se oía menos que antes pero lo suficiente para saber que estaban tocando *A love supreme*. Silvio apuró la copa de vino y comentó:

—Nunca había sentido lo que sentí junto a Alize, y lo que es más grave, es muy probable que no lo vuelva a sentir.

Me miró como si acabase de hacerme una revelación sin precedentes y se quedó en silencio.

—¿Eso es todo cuanto me quería decir? —murmuré algo irritada—. ¿Sólo estupideces líricas sobre su relación con ella?

—Lo siento, lo siento... Ahora estoy muy confuso y me atormentan las dudas.

—¿Qué dudas?

Silvio deslizó sobre mí una mirada de pesadumbre y desaliento y dijo:

—Ya no sé si lo que me ocurrió con ella fue real o una creación de mi mente.

Dos chicas entraron en el jardín y se colocaron bajo la copa del otro árbol, a tan sólo dos metros de nosotros, circunstancia que nos obligó a hablar más bajo.

—Creo que estoy perdiendo el tiempo con usted. Pensé que me iba a hacer confesiones más sustanciosas...

—¿Lo pensó?

—Sí, lo pensé, y también pensé que era usted algo más inteligente y se expresaba con más autoridad.

—Siento decepcionarla, pero en estos tiempos no doy para más.

—¿Qué pretendía al entrar hoy en su casa?

—Exigirle que me explicara por qué ya no quiere verme.

—¿En serio? Si mal no recuerdo, usted estaba abrazando la almohada.

—Cierto. No lo pude evitar. Olía a ella, se lo juro.

Dos nuevas chicas acababan de entrar a la par que dos sujetos de aspecto alemán. Apuré mi copa y pregunté:

—¿Dónde cree que se encuentra ahora la culpable de sus desvelos?

—En París.

—¿Por qué?

—Estudió allí, y bastaba escucharla un rato para saber que París era su paraíso perdido, al que pensaba volver. Pero tengo una pista más directa que avala mi idea. Dos días antes de que desapareciera, la estuve siguiendo por Madrid sin que ella lo notara y la vi entrar en una agencia de viajes de la calle Princesa. Esa misma noche,

cuando Alize estaba cenando sola en el restaurante de Parquelagos, entré en su casa por una ventana que había dejado abierta y anduve recorriendo los cuartos como quien recorre el espacio de una alucinación. Fue entonces cuando vi sobre la cama de su dormitorio el bolso, el pasaporte, un billete de avión y la reserva de una habitación en el hotel Lacroix.

—¿Y cree usted que sigue allí?

—Posiblemente sí, pero no pienso comprobarlo.

—¿No?

—No, y le juro que a partir de ahora voy a hacer todo lo posible por extirparla de mi mente. Y usted ¿por qué la anda buscando?

—Porque se fugó debiéndome una interesante suma de dinero que me había pedido prestado... —dije improvisando.

Silvio cambió de cara y de actitud, como si acabase de producirse un súbito bajón en su temperatura interior que tornó su rostro más pálido y sus gestos más torpes y dubitativos. Parecía que estaba a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra mal?

—Creo que sí. Ha sido un error ingerir alcohol.

—¿Por qué lo dice? ¿Está tomando antidepresivos?

—Sí.

—Debió de ser usted más prudente.

—¿Cree que puedo? ¿Después de lo que he vivido con ella piensa usted que es fácil contenerse? —gritó.

Las chicas los miraron con estupor. Yo musité:

—Cálmese, por favor, y no hable tan alto.

—No puedo calmarme, no quiero... Es el problema de llegar a un límite de la emoción, es el problema. Luego todo te parece poco...

Salimos del bar y le ayudé a llegar hasta el teatro Coliseum, junto al que había aparcado el coche.

Dejamos atrás San Lorenzo y un cuarto de hora después nos detuvimos ante un edificio de apartamentos en mitad de Parquelagos. No fue fácil sacar a Silvio del coche. El calor del vehículo había multiplicado los efectos de las pastillas y el alcohol y apenas se tenía en pie. Fuera de control, pero creyendo que razonaba, Silvio empezó a balbucir mientras se tambaleaba:

—Verá... Ella no es tan cruel como parece... No, ella es... Verá, ella quiere estar... por encima de la gente... Como Lou Andreas Salomé... No, mucho más... Lo que pasa es que vivimos en un mundo..., en un mundo... muy poco aristocrático, ¿sabe? Ella ya me lo decía... En un mundo uniforme y tedioso... Pero escuche, cuando surge alguien con verdadero carácter, con verdadero temple, cuando surge alguien así, escuche, no le queda otro remedio que transgredir las reglas del juego, ¿me entiende? Verá... Ella es, ella es... tan única, tan hipnótica, tan extraña...

Me tuve que arrojar sobre él y sostenerlo para que no se cayera. Con gran

esfuerzo, lo fui arrastrando por el jardín que rodeaba el inmueble y empujé la puerta del portal, que se hallaba entreabierta.

Entré con él en el ascensor, subimos al tercer piso y allí abrí una puerta con las llaves que acababa de pasarme. Volví a arrástralo, ahora por un exiguo pasillo que desembocaba en un dormitorio desordenado, por no decir caótico, y con las persianas bajadas.

Lo dejé sobre la cama y apagué la luz. Acababa de hacerlo cuando me atenazó el brazo y musitó:

—¿Puedo pedirle un favor?

—Sí.

—Deme un beso y me dormiré enseguida. Tenga piedad de mí.

Me incliné y le besé en la frente. Parecía que tenía fiebre y me dio un poco de asco. Me estaba apartando de la cama cuando me arrastró hacia él y me mordió los labios. Le di un serio pellizco en el brazo y me soltó.

—Perdón, yo...

—¿Usted qué?

—La confundí con Alize...

Lo miré con lástima y dije:

—Que descanse.

Salí de allí todo lo deprisa que pude y acto seguido me dirigí al hotel rumiando las primeras conclusiones, que ya empezaban a configurar un perfil del que aún no convenía fiarse y que, siguiendo el método cartesiano de ir avanzando desde lo más simple a lo más complicado, podía formularse así: Alize ya no ejercía la medicina, Alize estaba en París, y Alize había aprovechado su consulta para establecer con sus pacientes relaciones de naturaleza perturbadora que quizá la habían obligado a desaparecer.

Ya en el hotel, me tendí desnuda sobre la cama y me quedé inmediatamente dormida.

Volví a tener pesadillas, aunque menos agobiantes que las de la noche anterior. Veía a Alize y a Silvio paseando al atardecer por jardines laberínticos que no acababan nunca. Se parecían a los de Marienbad, pero también a los de San Lorenzo. Yo los seguía, sin saber por qué, fijándome en las piernas de Alize, en sus botines altos y en su camisón, porque iba en camisón. Me desperté con cierta sensación de absurdo. Nada más levantarme, tomé una taza de té y pasé más de una hora meditando junto a la ventana que daba a los jardines de Felipe II en postura de medio loto. Hacia las diez desayuné en el hotel, y luego estuve leyendo la prensa en el café Croché. Fue entonces cuando descubrí que un cronista de *El País* y otro de *El Mundo* se hacían eco de la conferencia que Adriano Urbach había dado en el Club Siglo XXI. El empresario había hablado, fundamentalmente, de trabajo y responsabilidad. Responsabilidad económica, había dicho Urbach, «si queremos modernizar de verdad el país», pero sin olvidar la «responsabilidad moral», que Urbach vinculaba al

liberalismo, «una doctrina indestructible como el diamante», según palabras recogidas por uno de los cronistas.

También en la revista *Gentleman* hablaban del padre de Alize, en la sección titulada «Protagonistas», donde aparecían varias fotos en color del empresario ante la sede de sus negocios, junto a la mezquita de Madrid. Efectivamente, tenía los ojos acerados y se parecía, en más viejo, al *Hombre de los ojos grises* de Tiziano.

Al mediodía me disponía a pagar la habitación cuando el recepcionista, que parecía salido de un cuadro de El Greco, me comunicó que la señora Lucía Valmorant se había hecho cargo de mi cuenta, en la que se incluía el alquiler del coche.

Le di las gracias y, como aún me quedaban unas horas hasta la salida de mi avión, decidí acercarme en taxi al imperio del padre de Alize Urbach. Fue así como me sorprendí a mí misma ante un edificio de hierro, cristal y ladrillo, separado de la autopista por un frondoso jardín. Más allá de las arboledas se divisaba el minarete blanco de la mezquita, como en la fotografía de *Gentleman*.

Todo indicaba que me encontraba ante la sede de las empresas de Adriano Urbach, y me asombró el tamaño de la construcción que albergaba el núcleo de sus negocios. No quería irme de Madrid sin una idea, cuando menos aproximada, del poderío real del padre de Alize, y en algún momento, mientras observaba el edificio y sus dos jardines verticales, me pregunté si el señor Urbach no tendría algo que ver con la desaparición de ésta. Se trataba de una sospecha sin ninguna justificación, pero así funcionaba a veces mi cabeza.

Estaba a punto de marcharme de allí cuando creí ver al señor Urbach saliendo por la puerta central del edificio. No veía sus ojos, pero sí su traje inglés, sus maneras y su porte, y estaba casi segura de que era él.

Lo vi meterse en un automóvil con chófer, descender hasta la autopista y enfilarse por la desviación de Barajas. No pude seguirlo, y tardé más de una hora en conseguir el taxi que me llevó hasta el aeropuerto.

Los grandes corredores de la Terminal 4 estaban llenos de gente y renuncié a buscar al presunto señor Urbach. Como mi avión no salía hasta las nueve de la noche pensé en la posibilidad de regresar a Madrid o darme una vuelta por los alrededores del aeropuerto.

Mi cabeza era un nudo de indecisión cuando vi al hombre del traje inglés facturando su equipaje. Me acerqué mucho a él y escuché que la azafata le decía:

—Su vuelo para París sale a las tres. Embarque a partir de las dos y media. Que tenga buen viaje.

—Gracias —dijo mi hombre dirigiéndose a uno de los quioscos.

Inmediatamente decidí alterar mis planes y conseguí que me cambiaran el vuelo. Ya me hallaba en la cola de embarque cuando al dirigir la mirada hacia delante vi al presunto Adriano Urbach a unos metros de mí. Cerré los ojos y pensé: no es posible, voy a conseguir viajar en el mismo avión que el padre de Alize. Volví a mirar: ahora el hombre que tan fulminantemente había captado mi atención sacaba de su maletín

de piel de cocodrilo un periódico y se ponía a leerlo.

Por experiencia sabía que aciertos como el que estaba teniendo solían producirse al comienzo de una investigación, y podía ser debido a que ya desde el principio el investigador empezaba a seguir sin darse cuenta el hilo mismo de la intuición y entraba en dimensiones que, aunque buscadas, no se esperaba, pero también sabía por experiencia que podía tratarse de una alucinación de mi mente, que de pronto proyectaba sobre el rostro de un individuo la cara de otra persona a la que sólo había visto en fotografía, y que justamente por eso conformaba algo parecido a una diapositiva mental apta para proyectarse sobre cualquier cara.

Corroída por la duda y sabiendo que me esperaba un viaje lleno de reflexiones delirantes que no beneficiaban la investigación, telefoneé a mi amigo Amadeo Millán, que había escrito un libro sobre los ricos y que era uno de mis mejores amigos de París. Le dije la hora de mi llegada y le supliqué que me estuviese esperando en el aeropuerto para un asunto de máxima importancia del que aún no podía hablar.

A regañadientes y lleno de desconcierto, Amadeo prometió esperarme en Orly. Se lo agradecí vivamente, me aparté de la fila de viajeros y telefoneé a Lucía para decirle que había encontrado una pista muy fiable y que me dirigía a París en busca de Alize; luego me subí al avión tres metros por detrás del hombre de los ojos grises, que torció hacia el lugar de los preferentes mientras yo avanzaba hacia los asientos centrales guiada por una azafata albina.

3

Fiel a su promesa, Amadeo me estaba esperando en el vestíbulo de Orly. Como pude apreciar, mi viejo amigo seguía manteniendo un aspecto intermedio entre el noble arruinado, el mercenario sin ejército y el pirata sin barco. Era moreno, enjuto, delgado y largo, tenía la sonrisa ladeada de los irónicos irredimibles y la miopía de los lectores compulsivos, y sus cabellos, cada vez más canos, eran largos y encrespados. Hablaba moviendo mucho las manos, como un prestidigitador, o como si creyera que era en las manos, y no en la boca, donde se corporeizaban de verdad las palabras, y estallaba con frecuencia en carcajadas.

—Y bien, ¿de qué se trata? —preguntó Amadeo tras darme un abrazo.

—Fíjate en ese sujeto que acaba de cruzar la puerta de salida. ¿Quién crees que es?

—Adriano Urbach. Hablé con él dos veces cuando estaba escribiendo mi libro sobre los ricos, y puedo certificarlo. Está algo más viejo, pero es él.

—¿No te importa que lo sigamos un rato?

—No, pero tengamos cuidado, podría llevar guardaespaldas.

Y lo tuvimos, aunque no nos pareció ver ningún ángel custodio en torno al señor de los ojos grises. Camuflados entre la gente que abarrotaba los corredores, lo seguimos hasta una cafetería del interior del aeropuerto, que parecía algo más lujosa que las otras y cuya sala permanecía en penumbra. Allí Adriano besó a una mujer que le estaba esperando. Se trataba de una cuarentona rubia de aire un tanto cardenalicio, y no sólo por su vestido rojo y morado.

Estuvieron hablando un rato. Mientras escuchaba a la mujer, Adriano Urbach se echaba involuntariamente las manos a la cabeza y ponía cara de preocupación.

Media hora después salieron de la cafetería y se dirigieron a la zona de embarques, donde se despidieron con un púdico beso. Allí Adriano desapareció tras uno de los controles, lo que indicaba que iba a coger otro avión. La mujer se dirigió a la salida del aeropuerto y se subió a un taxi. Mi amigo tenía su coche lejos y no pudimos seguirla.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos? —me preguntó Amadeo mientras nos dirigíamos al aparcamiento.

—He sido contratada por la exmujer de Adriano Urbach. La hija de ambos ha desaparecido. He andado siguiendo al señor Urbach desde la sede de sus negocios, pero no acababa de estar segura de que fuera él. Por eso te llamé, para que me lo certificaras. Cabía la posibilidad de que el señor Urbach estuviese en contacto con la desaparecida, pero ya veo que no.

—No te entiendo.

—Según las informaciones de que dispongo, Alize Urbach se encuentra en París, y, como hemos podido comprobar, su padre acaba de irse a otra parte. No parece que estén en contacto.

—No lo parece, pero no des nada por sentado entre gente que sabe maniobrar mejor que tú y que yo en la oscuridad. Pueden llevar a cabo movimientos que no te esperabas, pueden hacerte creer que te han dado un papel protagonista y te están utilizando como un peón perfectamente desechable.

—Sí, lo sé.

—Pero a veces lo olvidas.

—También lo sé.

Ya nos hallábamos en el coche cuando le pregunté a Amadeo si Urbach era un apellido alemán.

—Lo es —me respondió—, pero el padre de Adriano era cubano y llegó a España durante la guerra civil para apoyar al bando nacional. Tras la guerra abrió una peletería en la calle Velázquez con dinero procedente del estraperlo y le pagó a su hijo estudios de economía en Deusto y París.

—¿Colocarías a Adriano Urbach entre los muy ricos?

Amadeo encendió un cigarrillo español, miró hacia el fondo de la autovía como si buscara inspiración y musitó:

—A saber... En la época en la que andaba acabando mi libro hablé una vez con el banquero Augusto Forlán y me dijo que ricos, lo que se dice ricos, hay muy pocos. Pensemos que el señor Urbach es bastante rico, al menos desde hace algún tiempo, aunque ni de lejos tan rico como los Boral y los Forlán, que están en otra dimensión.

Tras el relato de Amadeo me quedé aturdida, además de preocupada.

—¿Te han pagado bien?

—Demasiado bien, me temo.

—No hará falta que te diga que pisas suelo pantanoso. Ten cuidado con Lucía Valmorant, pero sobre todo ten cuidado con su exmarido. No es lo que aparenta. Aunque habla con desprecio de la nobleza y le gusta presentarse como un hijo de su propio sudor, ha comprado cuatro títulos nobiliarios y presume de ser, legalmente, más noble que su exmujer.

—¿Qué crees que está haciendo en este momento?

—Juraría que se halla en viaje de negocios y que ahora mismo está volando hacia Berlín. La rubia con la que se citó debe de ser su compinche en París. Dicen que sus empresas están en plena expansión.

—¿Crees que debería rechazar el caso?

—En modo alguno, Ágata, en modo alguno. Por mucho que te haya pagado la señora Valmorant, para ella no deja de ser una limosna, y supongo que a ti no te sobra el dinero. Trabaja para ella, naturalmente que sí, y que te pague todavía más. Localiza a su hija, comunícale su paradero, intenta cobrar de nuevo, y asunto concluido.

Hacia las nueve de la noche llegamos a la casa de Amadeo, donde nos estaban esperando Ives y Eva, que junto con él formaban el grupúsculo de mis amigos más próximos.

Amadeo vivía en una amplia buhardilla abarrotada de libios que le alquilaba

desde hacía veinte años una anciana extravagante a un precio muy módico, y desde la ventana del saloncito podía verse Notre-Dame, el río y un ángulo de la isla de la Cité, ya que la buhardilla se hallaba justo en la popa de la barca de piedra que es la isla de Saint-Louis.

Me hallaba sentada en el alféizar de la ventana contemplando la catedral cuando Amadeo abrió la botella de *champagne* que yo misma acababa de comprar en una reputada bodega de la isla.

—¿Qué celebramos? —preguntó Eva, a la que conocía desde mi época universitaria.

—Lo bien que me van las cosas —dije.

—Me alegro —musitó ella—, a la vez que no puedo evitar el asombro.

—Y yo —dijo Ives, que era orientalista y pesaba más de cien kilos—. Me extraña que se pueda vivir de una profesión tan irreal.

—La mujer que ahora me contrata diría que sois de una plebeyez irredimible y que no pertenecéis al círculo de gente distinguida gracias a la cual podemos vivir personas como yo.

Amadeo nos sirvió *champagne* antes de comentar:

—Ágata, te doy la razón. Brindemos por tu oficio y por tus opulentos clientes, que nos permiten saborear este *champagne* soberano, y hablemos un poco de nuestras vidas. Juraría que hacía más de quince días que no cenábamos juntos. Esto no puede ser.

Eva, que solía ser muy discreta cuando hablaba de sí misma, se empezó a soltar tras la tercera copa y nos estuvo contando el caso de una alumna suya que había estado a punto de matar a su padre. Del padre de su alumna, Eva pasó a hablar de su propio padre. Nos dijo que era un golfo, que acababa de divorciarse de su madre y que ya ni siquiera lo podía ver porque le resultaba patético su empeño en parecer más joven de lo que era, y más seductor.

Finalmente Eva se quedó dormida en un sillón y los demás continuamos hablando de nuestras vidas mientras vaciábamos una botella de whisky.

A las cuatro de la mañana, nuestra ventana debía de ser la única iluminada en toda la isla. Para los pocos que cruzaban las calles desiertas que bordeaban el río, debíamos de representar un toque de cálida humanidad en aquel mundo de sombras, luces enfermas y ventanas cerradas. Aún no habían dado las cinco cuando decidí regresar a mi casa.

Al llegar a mi apartamento, del que llevaba ausente más de un mes, sentí la extrañeza del regreso, como si las paredes tardasen unos segundos en reconocermme y darme la bienvenida. Desde hacía años tenía alquilado un estudio de dos piezas en el inmueble más modesto de la rue Cassini, que era sin embargo uno de los mejores situados, pues se hallaba ante el Observatorio, cuyo jardín trasero estaba separado de

la calle por un muro de mampostería tras el que crecían robustos castaños de Indias, circunstancia que no me impedía contemplar el Observatorio y su reloj circular encajado en el frontón de la fachada.

Estaba amaneciendo, una luz cobriza lamía las piedras y los árboles dándoles un tono suavemente metálico, y según el reloj circular eran las seis de la mañana, momento en que caí rendida sobre la cama. Más que dormirme me desmayé, y no volví en mí hasta las dos de la tarde, hora en la que me duché, me puse ropa fresca, comí algo en la *brasserie* Cassini y me dirigí en mi coche hasta Le Marais, barrio en el que se hallaba el hotel Lacroix según la guía que acababa de consultar.

Aparqué en la rue Charlemagne y caminé hacia la rue Saint-Antoine. Acababa de dejar atrás la iglesia y avanzaba por la rue Sévigné cuando me topé con el hotel Lacroix. Se trataba de un establecimiento tan discreto que no parecía un hotel. Entré en la recepción, acogedora y pródiga en maderas nobles como las que se combinaban en la barra del pequeño bar, a la izquierda de la recepción. Dos ventanales daban a un jardín interior húmedo y frondoso y los otros dos a la rue Sévigné.

Mientras el recepcionista atendía a unos clientes ingleses estuve ojeando los folletos propagandísticos del hotel, y fue así como supe que aquel edificio con olor a cera, caoba, y algo más que no acertaba a definir, había sido tiempo atrás un convento de clausura. Antes de que el recepcionista reparase en mí salí del hotel y me dispuse a vigilar pacientemente la zona con la esperanza de toparme con Alize. Más de dos días permanecí oculta en mi coche, pendiente de la entrada del hotel, sin conseguir dar con ella. Empezaba a desesperarme cuando, al anochecer del tercer día de espera, vi salir a una mujer con un traje negro y masculino, de chaqueta cruzada. La mujer no se dio la vuelta y sólo pude verla de espaldas, pero me pareció que era ella.

Ya cerca de la rue d'Ormesson se detuvo ante el escaparate de una tienda. Hizo ademán de querer entrar en el establecimiento, pero por alguna razón se arrepintió y continuó caminando. Salí de mi coche y decidí seguirla.

La mujer del traje negro avanzaba deprisa, con pasos elegantes y decididos. O quizás no, quizás avanzaba dominada por la ansiedad, buscando algo que llevaba incrustado en el cerebro.

Ya en la rue des Françs Bourgois torció a la izquierda hasta llegar a la place des Vosges, a esa hora envuelta en una luz blanquecina que confería un tono plateado a los árboles. Entró en una galería junto al portal del inmueble en el que había vivido Víctor Hugo e hice lo mismo. Dentro de la galería, que olía a perfumes caros y parecía llena de gente adinerada, no me resultaba difícil vigilarla de cerca sin que me viera.

Por lo que pude apreciar, la galería exponía dibujos de Pierre Klossowski. Se trataba de escenas eróticas de gran formato dibujadas con lápices de colores en los que se veía siempre a la misma dama burguesa entregada a extrañas maniobras con hombres anónimos y fantasmales.

La mujer se acercó a un hombre de aspecto aseado y voluptuoso con el que parecía haberse citado allí mismo. Salió con él de la galería, se subieron a un coche con cristales ahumados, y desaparecieron de mi vista.

De regreso a Saint-Paul, me detuve ante el comercio cuyo escaparate tanto le había interesado y descubrí que se trataba de una tienda de suntuosa ropa interior.

Esa misma tarde, volví en coche a mi casa, metí en mi bolso de viaje unos gemelos, un ordenador portátil, el neceser, ropa, puros habanos, una cámara fotográfica, una grabadora y libros, y regresé a Le Marais con la intención de hospedarme en el hotel Lacroix, a fin de controlar más de cerca a mi perseguida.

Ya en el interior del hotel, me acerqué al recepcionista, un hombre pequeño, cobrizo y de mirada muy penetrante, que iba vestido como un mayordomo inglés, y le pregunté si podía disponer de una habitación.

El recepcionista me miró clínicamente, hizo un gesto de aprobación y dijo:

—Naturalmente.

Disimulando mi turbación tras una máscara pétrea, dejé pagadas tres noches y tomé posesión de mi habitación, que resultó ser amplia y relativamente desnuda, como a mí me gustaba. Parecía una celda monástica. Una de sus ventanas daba al jardín interior y la otra a la rue Sévigné, y si sacaba la cabeza podía ver a la derecha el cruce de la rue Rivoli con la rue Saint-Antoine y un trozo de la iglesia.

Dejé mi equipaje en la habitación y salí a dar un paseo antes de que anocheciera.

Hombres y mujeres de todas las edades, y quizá también de todos los estilos, caminaban hacia la Bastille o arremolinándose en la boca del metro, entre casas de viejos tejados de zinc, fachadas que habían sido blancas pero que ahora parecían cubiertas de ceniza, puertas verdes, rojas, marrones y negras, bares y tiendas sucediéndose con una regularidad poco frecuente, y la fachada imponente de la iglesia de Saint-Paul y Saint-Louis, tétrica en su seriedad sin fisuras, con el reloj en

forma de sol. Si San Lorenzo de El Escorial semejaba una sucesión de planos, Le Marais parecía una espiral algo quebrada limitada por el río y tres bulevares, con un centro hormigueante que podía estar representado por la encrucijada en la que me hallaba. Ahora miraba el barrio como si estuviera fundido a la persona de Alize. Si me detenía ante una *boutique* de ropa interior pensaba en ella, la imaginaba comprando una bragas negras, un sostén lila; si pasaba ante la tienda de chocolate artesano la imaginaba entrando en ella también y eligiendo el mismo chocolate que yo acababa de elegir: trufas negras de Grenoble, que dejaban en el paladar una amargura muy dulce y exquisitamente femenina, como comprobé en cuanto la chica de la tienda, de ojos muy verdes y mandil muy blanco, me entregó la bolsita de celofán con las seis trufas.

Acababa de dejar atrás la bombonería cuando vi entrar en ella a la mujer de traje negro, y ya no dudé de que se trataba de Alize Urbach, pues se parecía mucho a la chica de la fotografía. Compró una pequeña tableta de chocolate suizo, que se llevó enseguida a la boca, y se puso a contemplar el escaparate de una librería especializada en libros en español e inglés.

Entró en la librería y salió con un libro en la mano. Luego avanzó hasta la encrucijada y se subió a un taxi que desapareció tras la columna de anuncios.

Tenía mi coche aparcado lejos de allí y desistí de seguirla, así que entré en la librería y le dije a la dependienta:

—¿Me podría dar el mismo libro que acaba de llevarse mi hermana?

—¿*Agonie of Lewis Carroll*?

Asentí con la cabeza.

—Lo siento, pero su hermana se ha llevado el último ejemplar. ¿Quiere que se lo encargue a la distribuidora? Lo podemos tener en cuatro o cinco días.

—De acuerdo, pasará a recogerlo el viernes —dije, y me fui a cenar a Jo Goldenberg.

Hacia las once regresé al hotel y permanecí un rato contemplando las penumbras del jardín del patio. Fue entonces cuando advertí que una ventana del entresuelo se iluminaba, dejándome ver a la mujer del traje negro.

La ventana era grande y de alféizar muy bajo, y a Alize no le costó pasar al jardín, en uno de cuyos bancos de hierro estuvo fumando un cigarrillo. Luego volvió a su cuarto, y quizá suponiendo que nadie la vigilaba, se quitó la chaqueta cruzada. Sorprendentemente, no llevaba camisa ni camiseta, tan sólo un sujetador lila y negro que cubría enteramente sus pechos.

Alize sacó de su bolso el libro que había comprado al anochecer y empezó a leer. Utilicé los gemelos para ver mejor el libro y comprobé que efectivamente se trataba de *Agonie of Lewis Carroll*.

A medianoche, Alize cerró el libro y desapareció de mi ángulo de visión.

Enseguida se apagó la luz de su habitación y decidí hacer lo mismo que ella: echarme en la cama y dar por concluido el día, pero fue como pedirle piñas tropicales a un ciprés. No podía dormir y me sentía poseída por el luego. Ardían mis sienes, mi pensamiento, mi corazón, y tenía a Alize incrustada en mi cabeza.

De pronto Lucía, Adriano y ella empezaron a parecerme tres figuras vinculadas a un mismo nudo de sombras y proyectadas contra la luz rojiza de un lento atardecer, sí, tres animales mirándose despiadadamente en un permanente crepúsculo de piscinas, playas privadas y deseos que circulaban como emanaciones de un gas venenoso. Y en medio de ese universo, Alize. ¿En medio? ¿Y si por casualidad fuesen un solo pulpo con tres cabezas?, me pregunté de pronto, y me volví a asustar. Pero no. Quizá lo habían sido alguna vez, mas todo indicaba que ya no. Alize era una fugitiva, una *femme errante*, y yo tenía que llegar a ella.

Tras un sueño lleno de agitación, me desperté a las diez y pasé el rato tomando té con limón mientras vigilaba a Alize, que permaneció buena parte del día en su habitación. A ratos cogía el teléfono móvil, que habitualmente reposaba sobre la mesa, y hablaba con alguien. Como siempre que lo hacía reproducía los mismos gestos de tono neutro, me pareció que en todas las ocasiones hablaba con la misma persona.

A las ocho de la tarde Alize depositó sobre la mesa un magnetófono, lo conectó y empezó a escuchar algo que parecía de Beethoven, quizá la *Kreutzer*, a juzgar por los movimientos vibrantes de un piano que creía detectar a veces, entre los ruidos callejeros. Y mientras escuchaba la música estuvo arreglándose las uñas. Luego se cubrió los senos con un sujetador blanco y gris, se puso encima una chaqueta de un gris más oscuro y salió de la habitación.

La fui siguiendo por la rue Saint-Antoine hasta el estanco, donde Alize compró un paquete de cigarrillos. Luego cruzó por el paso de cebra hasta alcanzar la otra acera, apartándose de un grupo de turistas americanos que había invadido el paso y ante cuyas pingües figuras ella parecía el triunfo de la caligrafía y la sutileza.

Alize entró en el café Saint-Paul, donde la conocían, según deduje por la sonrisa con que la recibió la mujer de boca roja y carnes sólidas que se hallaba tras la barra, y giró hacia la derecha.

Hice lo mismo y entré en el café junto a otros transeúntes. En unos instantes el establecimiento estaba abarrotado, pero ella ya había ocupado una pequeña mesa ubicada junto a la puerta. Alize le dijo a la chica de los labios rojos que quería un whisky con soda y yo, que estaba junto a la barra, pedí un whisky solo.

No sin temeridad, pretendí hacerme notar, pero pronto me di cuenta de que Alize no tenía ese día ojos para nadie, y daba la impresión de que para ella las personas eran entidades sin demasiada consistencia haciendo de telón de fondo, difuso y tedioso, donde proyectar sus propias fantasías, en las que parecía muy ocupada.

En días posteriores volví a intentar que se fijara en mí: en el estanco, en el restaurante San Pablo, en la parada de taxis, pero su mirada resbalaba sobre mi

cuerpo sin apresarlos. Yo no existía para Alize, nadie existía, salvo quizá algunos hombres de apariencia más bien extraña.

Viendo que mis intentos por hacerme notar resultaban tan inútiles como patéticos, decidí probar adoptando la misma apariencia que ella. Así que me compré un traje como los que solía llevar, me peiné exactamente como ella y salí a la calle imitando sus andares, con un libro de Lewis Carroll bajo el brazo.

Acababa de llegar a la rue Saint-Antoine cuando vi salir a Alize del hotel y dirigirse una vez más al estanco, donde de nuevo volvió a comprar un paquete de cigarrillos. Luego cruzó al otro lado de la calle, se sentó en la terracita del bar más próximo a la iglesia, y pidió un café.

El cielo se había ido enrareciendo a lo largo del día, y Alize apenas llevaba tres minutos en la terraza cuando empezaron a caer gotas gordas y violentas que semejaban metralla líquida al chocar contra la calzada, circunstancia que la obligó a entrar en el café y ocupar la mesa más próxima al ventanal. Yo entré también y me acerqué a la barra. La lluvia arreció, y de pronto se apagaron las luces y el café quedó únicamente iluminado por las velas que ardían en las mesas.

Fue entonces cuando Alize se fijó en mí. Nos miramos a los ojos. A la luz de las velas, nuestras caras adquirieron una vida espectral más que real. Eran máscaras, cierto, aunque yo no sabía si cómicas o dramáticas, tal vez eran ambas cosas al mismo tiempo.

Volvieron las luces, pero lo que la penumbra había revelado ya no iba a desaparecer de mi cabeza. Hice el gesto de echarme las manos a los bolsillos y entonces ella adelantó el paquete que acababa de comprar y me ofreció un cigarrillo. Aunque detesto el sabor del rubio americano, lo acepté y me senté junto a ella, actitud que a Alize no le molestó y que celebró con una sonrisa.

Sí, al fin estaba ante ella, al fin podía ver su cara a menos de un metro de distancia, bajo una luz más amable y menos contrastada, mientras afuera la lluvia seguía azotando fieramente la calzada.

Alize había heredado el cuerpo de su madre y la boca de su padre, pero se trataba de una forma ilusoria de ubicarla, ya que en realidad parecía una mujer de ninguna parte, pensé, y de una singularidad que se me antojaba absolutamente emocionante.

—No es la primera vez que por culpa de la lluvia conozco a una desconocida —dijo con una voz de una dulzura desconcertante.

Repentinamente, advertí que iba a tener que hablar por primera vez ante Alize, y mi voz salió balbuciente y frágil:

—Más que a la lluvia, tendríamos que culpar a nuestro miedo a mojarnos —me atreví a decir.

A ella no pareció extrañarle mi voz, más le extrañaba mi aspecto. Seguro que le recordaba a alguien. Sonrió y empezó a mirarme con cierta simpatía.

—¿Quiere usted decir que estamos ahora la una ante la otra porque nos arrastró a las dos un miedo menor: el simple miedo a mojarse?

Temblé por dentro, notando que ya desde el principio nuestra conversación tendía a agotar el contenido de cada palabra, buscando la zona del sentido, que venía a ser lo mismo que la zona oscura.

—Efectivamente.

—Dígame una cosa, ¿a usted le asusta mojarse?

—No.

Se hizo el silencio entre nosotras, un vacío de palabras que se equilibraba con la densidad de las miradas, que decían más de lo que podían decir. Y mientras la observaba sentía la misma emoción que deben de experimentar los actores cuando perciben que están haciendo bien su papel y su persona se ha fundido por completo con el personaje. Hasta que volvió a mí el nerviosismo. Pensé que había hecho una locura mostrándome a ella, pero ya era demasiado tarde para los arrepentimientos.

Con la mirada ausente, Alize comentó:

—Una vez recorrí en bicicleta un inmenso campo encharcado de La Dordoña bajo la lluvia torrencial —se echó a reír y añadió—: Fue una experiencia extraña: deseaba acoger en mi cuerpo toda la electricidad de la tormenta y empecé a gritar de felicidad mientras aceleraba. El campo parecía no acabar nunca, la lluvia borraba sus límites, y la niebla...

—Tiene usted una forma de hablar tan exquisita como terrible —dije con una voz crujiente como el hojalдре. Me miró con más atención y preguntó:

—¿Le atrae la mezcla de lo exquisito y lo terrible?

—Sí.

Sobrevino un nuevo silencio que podía llenar con todos los significados del

mundo. Empecé a creer que no estaba en mi ser, que mi lengua la movía un diablo.

—Eso es saber vivir, quizá por eso le gusta Lewis Carroll. Ya veo que lleva encima *Alicia al otro lado del espejo*.

—Lo estoy leyendo por tercera vez —dije mintiendo—. Lo utilizo para mejorar mi inglés.

—Más veces lo he leído yo. A ratos me avergüenza pensar que Carroll y Proust se han convertido en los autores de mi vida. A su manera, los dos son muy artificiosos y barrocos, pero me han llegado al corazón.

—¿Se ha preguntado alguna vez por qué?

—Claro que sí, y sé por qué me gustan, pero no lo puedo decir. Es un secreto —y sonrió.

No tuve que simular un repentino alborozo en la mente y el corazón, que a mí se me antojaba genuinamente proustiano, porque mi alborozo era real, y real el entusiasmo que me producía aquel momento. Cada vez más metida en mi papel, decidí recurrir a ciertos pensamientos de Proust y dije:

—Es extraño encontrarse con personas como usted, créame. ¿Puedo hacerle una confesión muy personal?

—Naturalmente.

—A veces, a la exaltación que me produce la soledad se añade otra que no me veo capaz de aislar con nitidez, causada por el deseo de ver surgir entre la multitud, en una noche como ésta, con una lluvia como la que nos ha acercado, a una persona exactamente como usted.

Alize volvió a sonreír y dijo:

—¿Exactamente como yo? Me tiene usted asombrada... ¿En qué clase de personas me incluye?

En lugar de decirle lo que pensaba al respecto, me limité a formular, por razones que tenían que ver con la necesidad de provocar una impresión estética particular, lo que probablemente habría dicho Proust, que tenía fama de adulador.

—¿Y si fuese usted inclasificable? ¿Y si sólo me gustasen las personas inclasificables? Verá, hace algún tiempo que creo que existe una cierta semejanza, aunque siempre en evolución, entre los seres que amamos sucesivamente, semejanza que proviene de la fijeza de nuestro corazón, por ser él quien elige, eliminando a todas aquellas personas que no le interesan... Y sin embargo, aun dando por verdadera la reflexión que acabo de hacer, siento que hay en usted algo único e irrepetible. ¿Me comprende?

—Perfectamente.

Una vez más las luces se apagaron y volvieron las máscaras.

—Es curioso, hace un momento, cuando la veía de pie junto a la barra, pensé que se parecía usted un poco a mí. Luego la miré mejor y pensé que tenía usted un cierto aire a Marcel Proust, pero en mujer. No me engañé. Resulta que habla usted como él.

—Mucho me temo que sólo me parezco a Proust, al inalcanzable Proust, en el

amor a ciertas palabras.

—No lo crea. ¿Cómo se llama?

—Gertrude —dije mintiendo—, ¿y usted?

—Alize.

—Qué nombre más hermoso. Juraría que es una variante de Alicia.

—Lo es.

Nos volvimos a mirar desde más cerca que antes. Ella rozó levemente mi mano y me ofreció otro cigarrillo, que me dispuse a fumar para no desentonar y porque me apetecía ser su reflejo. Enseguida empezó a crearse entre nosotras una intimidad que a las dos nos tenía desconcertadas. Yo lo notaba, ella lo notaba. Era algo que se mascaba en el aire que separaba nuestras bocas. No acertaba a explicarme la situación y me limitaba a dejarme llevar por la amabilidad de la noche.

—¿No nos habíamos visto nunca?

—No lo sé —dije.

—Tengo la impresión de que llevaba su cara en mi mente, en algún oscuro lugar de mi mente. ¿Y usted?

—También.

Sentí como si a mis oídos llegara toda la electricidad de la noche y experimenté esa intuición trágica (de que la vida puede acabar en cualquier momento) que me invitaba siempre a disfrutar sin reparos de los placeres terrenales. Mi alma estaba más abierta que antes, y también mi cuerpo, pero fue entonces cuando Alize consultó su reloj, se apartó de mí y exclamó:

—¡Me tengo que ir!

—¿Adónde? —pregunté incorporándome a la par que ella.

—Al infierno —comentó sonriendo.

Salimos del café. Ya en la calle, nos besamos con pulcritud. Luego Alize detuvo un taxi, entró en el coche, abrió la ventanilla y me dio su número de teléfono.

—Llámame mañana y nos vemos —dijo tuteándome, casi en el momento en que el taxi se ponía en marcha y enfilaba la calle en dirección a la Bastilla. Antes de perderlo de vista, yo también tomé un taxi y pedí al conductor que siguiera al vehículo en el que iba Alize.

El taxista no hizo preguntas y obedeció. Atravesamos buena parte de la ciudad hasta que el coche de Alize se detuvo ante el hotel Luxor: una caja negra brillando en la noche negra y casi suburbial, pensé al salir del taxi y mirar el edificio de mármol negro y cristales oscuros que no dejaban ver sus entrañas.

Entré en el Luxor no mucho después que ella, y nada más cruzar la puerta giratoria la vi al fondo del vestíbulo con un hombre pálido y vestido de negro: uno de esos seres en los que el cinismo parece haberse condensado tanto que ya ha adquirido una consistencia pétreo que le da a la piel apariencia de alabastro y a la mirada una profundidad que sólo podría definir como «desgastada».

Por más que me alarmase, sentí una especie de excitación general que pudo nacer

en mi mente pero que se expandió enseguida por todo el cuerpo como una ola de calor, y que cesó en cuanto Alize y el hombre desaparecieron tras una sucesión de columnas negras, al fondo de un espacio que parecía diseñado para facilitar el tránsito de un cuerpo a un fantasma dispuesto a sumergirse en un mundo de fantasmas.

Y sin embargo, no podía imaginar a Alize tendida en una cama con aquel hombre. Eso es imposible, pensé, y de ser posible, tendría que tener más datos para poder aceptar esa posibilidad.

Esperé más de tres horas en el vestíbulo hasta que decidí regresar a mi hotel, donde me duché, me cambié de ropa y me puse a mirar la ventana de Alize.

Fue entonces cuando recibí una llamada de Lucía, deseosa de saber cómo iban mis pesquisas. Le dije que ya tenía localizada a su hija pero que aún no sabía qué clase de vida estaba llevando en París. Lucía agradeció generosamente mi eficacia y se despidió pidiéndome que en adelante fuese yo quien la llamase como mínimo cada dos días. Le prometí hacerlo y volví a fijarme en mi ventana preferida. Ahora me sentía invadida por una curiosidad que no podía saciar con nada y decidí entrar en su cuarto para poder saber más de ella. Así que bajé al jardín interior e intenté forzar la ventana sin conseguirlo. Regresé a mi cuarto llena de frustración. Una hora después, la ventana se iluminó y la vi desnudarse y desaparecer tras una puerta. Apareció cinco minutos después con el pelo mojado, abrió la ventana y estuvo fumando un cigarrillo. Luego se vistió con un traje beige y volvió a salir de su habitación olvidándose de cerrar la ventana. Fue entonces cuando regresé al jardín, y amparada en la oscuridad, conseguí penetrar en su cuarto. Ya en el interior, me puse unos guantes de látex, encendí la luz e inicié el registro.

Encima de la mesa se hallaba el libro sobre Lewis Carroll que aún no había podido conseguir. Junto al libro vi la cinta de Beethoven que Alize escuchaba mientras se vestía. Como yo había sospechado, se trataba de la *Sonata N.º 9 en la mayor, opus 47*, también llamada la *Kreutzer*, que siempre me había parecido una mezcla exquisita de melancolía y euforia, tristeza y alegría, en la que se entrelazaba una suerte de diálogo báquico y nocturno entre el piano y el violín.

Examiné los cinco libros que figuraban en un anaquel junto a la mesilla de noche y vi que uno de ellos era *Alicia en el país de las maravillas*. Fue entonces cuando aconteció la gran sorpresa de la noche: al abrir el libro, comprobé que no se trataba de ninguna edición de la novela de Carroll. Las cubiertas sí, pero sólo las cubiertas, que estaban pegadas a las tapas de un cuaderno en forma de libro, de papel amable y sedoso, donde se hallaba el diario que Alize Urbach había escrito el año anterior en Madrid y que ocupaba las veinte primeras páginas del cuaderno, ya que las demás estaban en blanco.

Me apoderé de aquel tesoro, salí a la calle y fotocopié el diario en un local para internautas que permanecía abierto toda la noche. Con las fotocopias en mi poder, regresé al hotel llena de excitación. Como pude comprobar en cuanto entré en el jardín, Alize aún no había regresado y pude dejar el cuaderno en su lugar. Ya lo había

hecho cuando creí oír ruidos en el pasillo y me precipité hacia la ventana.

De regreso a mi cuarto, comprobé que los ruidos habían sido una falsa alarma, pues seguía sin haber nadie en la habitación de Alize. Entonces me senté junto a la ventana y comencé a leer la copia del diario.

Qué experiencia más extraña fue aquella primera lectura completa de las confesiones de Alize, de título tan ajeno como suyo, y que se abrían con una cita de *Alicia al otro lado del espejo*. Al detenerme en su caligrafía enérgica y puntiaguda, tenía la impresión de que me estaba susurrando su verdad desde muy cerca, pero sin provocar resonancias, como si a través de su escritura me llegase, con todos sus matices, el granulado de su voz. Dicho de otra manera: a la vez que sus palabras, me iba regalando su aliento y la electricidad más íntima de sus nervios, que conferían a su discurso, entrecortado y a la vez dotado de una especie de coherencia inconsciente, un ritmo percutante que debilitaba mi voluntad y me ayudaba a suspender el juicio.

II

Al otro lado de mi espejo

Alicia se hallaba sobre la repisa de la chimenea, si bien no sabía cómo había llegado allí. Y ciertamente, el espejo empezó a deshacerse como si fuese niebla brillante y plateada. Un instante después Alicia atravesó el cristal y saltó ágilmente a la habitación del espejo. Lo primero que hizo fue mirar si estaba encendido el fuego en la chimenea del nuevo cuarto, y comprobó con satisfacción que había un auténtico fuego, ardiendo tan vivamente como el que había dejado atrás.

LEWIS CARROLL

19 de agosto, mañana

Hoy, al entrar en mi consulta, he sentido algo parecido a la felicidad. Tengo la impresión de que me gusta trabajar, también tengo la impresión de que he elegido la mejor profesión posible. Es difícil encontrar una disciplina que te ayude a conocer mejor al otro, en su vida y en su muerte. Es muy difícil.

Atiendo con placer a una docena de pacientes y a las doce me voy a la cafetería a tomar un café y fumar un cigarrillo. Es entonces cuando siento que me vuelve a tentar el lado oscuro y noto un repentino frío en las piernas mientras pienso que me gustaría aplastar algunos de mis deseos como se aplasta una cucaracha. Propósito inútil: me gusta el sexo porque me hace entrar en una zona de riesgo, y juraría que estoy enamorada de mi obscenidad.

Las carreras rara vez se eligen al azar: hay en ellas algo que sólo puede relacionarse con la necesidad. Los que estudian psicología y psiquiatría lo hacen porque temen volverse locos y aspiran a poder curarse a sí mismos. De la misma manera, todo estudiante de medicina llega a la facultad porque tiene una relación más íntima que los otros con la enfermedad y quizá también con la muerte.

Yo nunca lo he dudado: me fui a París para huir de mi familia y estudié medicina porque me sentía enferma, casi muerta. Entonces pensaba, muy erróneamente, que era mejor olvidarse para siempre de los delirios de mis padres y sumergirse en las clases bajas. Por eso le pedí a mi padre que me comprase una casa en Parquelagos, junto a los horteros de clase media, junto a hombres con rostro, que viven con sus mujeres y sus hijos y a los que nos les gustaría perderse en la niebla, pero he estado con todos los que he querido, les gustase o no a sus mujeres, que se enteraban a veces. El año en que llegué a Parquelagos di primero un repaso a mi calle y luego continué por los alrededores del lago, hasta que me cansé del barrio y miré mejor lo que tenía delante: mi consulta y mis pacientes, todos mis pacientes al alcance de la

mano y muy cerca de mi boca, de mis palabras, sobre todo de mis palabras. La boca obra, la boca crea, ¿la boca mata?

Por la tarde

Acabo de llegar a Parquelagos procedente del hospital y me encuentro a mi madre en la puerta de casa, dispuesta a cenar conmigo. Trae con ella a mi prima Benona, que tiene quince años y ha pasado el día en la piscina del Club Equestre.

Mi madre viene de Italia y ya da por concluidas sus vacaciones. No entiendo por qué me sigue visitando. Ella sabía lo que estaba pasando aquella tarde, cuando papá me arrebató el libro que tenía en las manos y se arrojó sobre mí. Fue como cruzar de un empujón el Rubicón. ¿Por qué tengo la impresión de que desde entonces mi suerte está echada? Nunca podré olvidarme de aquel aliento sofocante que habitaba la tarde, el esplendor de la hierba sobre la que me hallaba tendida mientras leía mi libro preferido y me detenía en aquel párrafo que decía:

Antes de haberse bebido la mitad del frasco, Alicia se encontró con que tenía la cabeza pegada al techo y tuvo que torcerla para no romperse el cuello. Dejó el frasco apresuradamente, diciéndose: «Es suficiente; espero no seguir creciendo; aunque ahora no puedo salir por la puerta... ¡Ojalá no hubiese bebido tanto!». Pero ¡ay!, era demasiado tarde para ese deseo. Siguió creciendo y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas; un minuto después no había espacio ni para eso, y probó a tumbarse con un codo contra la puerta, y el otro brazo enroscado alrededor de la cabeza. Pero seguía creciendo; así que, como último recurso, sacó un brazo por la ventana, metió un pie en la chimenea, y se dijo: «Ahora, pase lo que pase, ya no puedo crecer más. ¿Qué va a ser de mí?».

Luego miré el dibujo que figuraba en el capítulo, y en él se veía a Alicia sacando su mano gigante por una exigua ventana y encogiéndose para poder caber en el cuarto. Me identificaba completamente con ella y pensaba que si cometía la imprudencia de separar los ojos del libro y girar la cabeza comprobaría que era más alta que el castaño de Indias y que ya no cabía en la piscina.

Fue entonces cuando noté a mi padre sobre mí. Se rasgó la tela de Maya a la vez que mis bragas, empezó a hacer frío en el paraíso, un frío que no ha cesado. Aún recuerdo la noche de aquel día, llorando sola en la cama, sabiendo y no sabiendo lo que había pasado, llena de una culpa que no me correspondía. El verano se había resquebrajado y me dolía profundamente la vida. No sabía que acababa de pasar al otro lado del espejo y que ya nada sería como antes.

Ese tiempo fronterizo me conduce a otro, algunos años después, cuando fuimos a

la boda de mi prima Gemma en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial. Yo ya tenía dieciséis años y acababa de llegar de París, en uno de cuyos colegios estaba finalizando el bachillerato. Fue como volver a las andadas, pero ahora era más extraño que antes, y quizá también más vertiginoso. Y tenía que reconocer que nuestras relaciones habían creado en mí una tendencia, por no decir una necesidad, y ya habían estado a punto de expulsarme del colegio por seducir a dos profesores.

Mientras cenamos, mi madre enciende innumerables cigarrillos. Es una necia; a veces los apaga en el plato y no hay quien aguante la pestilencia.

Escucho el relato de sus viajes mientras se balancea en la hamaca del jardín. Mira hacia la laguna y enciende otro cigarrillo. La noche es toda calma y mi madre parece rozar la felicidad, circunstancia que está muy lejos de agradarme.

Benona dice estar cansada y decide quedarse a dormir en mi casa. Nos besa a las dos y sube al pequeño dormitorio en el que ha dormido otras veces. Ya estamos solas mi madre y yo y me acerco a ella con pasos quedos diciéndole con una voz muy dulce y zalamera:

—¿Conseguiste ligar con algún carcamal en Pisa? ¿Sí o mierda?

Mi madre se gira aterrada y me mira con los ojos muy abiertos. Pobre mujer, acabo de enviarla una vez más al infierno, y una vez más ha sido sin querer. La vuelvo a mirar mientras enciende otro cigarrillo y me dan ganas de arrojarme a su cuello. Se trata de una apetencia tan clara, tan sentida en toda mi carne, que me espanta.

Y mientras tomamos café pienso en venenos, en anestias, en fuego. La imagino ardiendo en la cocina, atravesando el vestíbulo y perdiéndose por el campo como las zorras con las que Sansón incendió los trigales de los filisteos.

—¿En qué piensas con esa cara? —me pregunta.

Sonrío con levedad y digo:

—En el País de las Maravillas. ¿Sabes?, me gustaría que no volvieres a aparecer por esta casa. Verte es lo mismo que regresar a una pesadilla que ya no quiero frecuentar. ¿Ves la puerta? Te invito a cruzarla. ¿A qué esperas?

Mi madre se ha marchado gimoteando y ha cerrado brutalmente la puerta tras ella.

He notado un cambio de presión en mis sienes y en el aire de la noche, y me he tendido en la hierba junto al lago mientras me fumaba el segundo cigarrillo del día. Luego he subido al primer piso y al pasar ante el dormitorio de los visitantes no he podido evitar girarme y contemplar a mi prima. Benona es una amazona tan buena como yo a su edad y ya ha ganado más de un trofeo. Pronto empezará a tontear furtivamente con hombres con cara de caballo que le harán la corte, y casi lo lamento. Ahora duerme plácidamente, tan plácidamente que en su boca parece dibujarse una sonrisa, y sobre la mesilla de noche reposa un libro que prefiero no nombrar.

Antes de retirarme a mi dormitorio la vuelvo a mirar sabiendo que envidio más su paz que su belleza.

Martes, 15 de diciembre (por la mañana)

Hoy he sentido que está a punto de aparecer una nueva presencia masculina. Ahora mismo es sólo para mí un perfume parecido a la menta, pienso mientras escucho la *Kreutzer*. Por razones que se me escapan, la *Sonata núm. 9* se ha ido convirtiendo en mi himno de batalla antes de bajar al Hades, y en mi intimidad la llamo la *novena sonata*.

Casi siguiendo el ritmo de la música, que resuena en mi alma tanto como en la consulta, me miro un instante en el espejo. Después pienso en la muerte, pero no en la muerte como realidad definitiva. No, pienso más bien en los momentos que la preceden, cuando alguien cree que va a morir... Oh, Dios mío, cuando alguien cree que va a morir y lo da todo, y lo derrocha todo, y puede entregar en una sola noche todo su deseo. Pienso en toda esa fuerza, en todo ese escalofrío.

Sé que estoy acercándome al peligro una vez más, pero no sé por qué lo sé. Todo empieza por una apetencia que, por alguna razón, hace nacer en mí un indicio de temblor, y siento un repentino calor en la mente mientras me digo a mí misma que hay días oscuros del cuerpo y del alma en que anhelamos el animal de fondo.

¿Buscamos a través de él el crujir de dientes?

¿Qué buscamos exactamente?

Yo sé que no es la muerte.

¿No?

Yo sé que no es exactamente la muerte, ni exactamente la vida, ni exactamente el deseo, ni exactamente el amor, ni exactamente el placer, ni exactamente el dolor.

No debería empezar así el día. Esta clase de pensamientos me excitan más que la belleza física, y juraría que mi cara está ardiendo.

Entra la primera visita: un hombre de mi edad, aproximadamente. Su sonrisa es dulce y pacífica y tiene los ojos castaños y los labios muy bien dibujados. También me gustan sus manos, ligeramente nerviosas, y su voz, cuando me cuenta lo que le pasa.

Se llama Sebastián, como el santo de las flechas que tanto venero, y siente un malestar general desde hace meses.

Vuelvo a observarle atentamente. Ahora mi mirada es a la vez estética y clínica: se detiene en la belleza e intenta al mismo tiempo detectar la enfermedad. Pero enseguida empieza a vencer la mirada estética.

¿Dije antes que había pensamientos que podían excitarme más que la belleza física?

¿LO DIJE?

Aborrezco a las mujeres que aseguran que para ellas la belleza física del hombre no es importante: están tan arrugadas por dentro como por fuera.

¿Más que la belleza física?

¿Más?

¿El hombre que se halla en mi consulta representa, por alguna razón, un grado más que la belleza? Y me pregunto, ¿es posible un grado más por encima del canon?

No quiero caer en tópicos. No se trata de un hombre de perfiles griegos. Bah, conozco bien ese espejismo: he caído en él y lo he explorado. No, el hombre al que miro posee un cuerpo totalmente minoico: un cuerpo cretense, un cuerpo anterior al clasicismo, un cuerpo poderoso.

Y sin embargo, tiene los días contados. ¿No es para reventar en sollozos más grandes que los que lanzaron los caballos de Aquiles cuando supieron que su amo estaba muerto?

No estoy haciendo retórica blasfema, estoy hablando de la obra oscura de la muerte, y también estoy hablando de un deleite que, para mi bien y mi mal, sólo puedo situar más allá del principio del placer, pues es algo más que placer lo que siento cuando me sumerjo en la fiebre de los que van a morir. En realidad es como situarse un grado más allá del placer, allí donde escuchamos la vibración de un diapasón de una agudeza insostenible, que de prolongarse mucho nos conduciría a la locura y a la muerte.

De eso estoy hablando. De eso hablo siempre.

Viernes 18

Hoy ha regresado a mi consulta Sebastián, el *kuros* cretense. Me he acercado a él y he posado mi mano en su hombro. He notado que temblaba. Con el ánimo encogido, le he dicho:

—Vas a morir.

He seguido con la mano en su hombro y he percibido cómo se resquebrajaba por dentro.

—Pero yo voy a ayudarte... —he añadido sin dejar de tocarlo—. Tu organismo ha iniciado un viaje sin retorno, que va a ser bastante vertiginoso. Imagina que has entrado en otra dimensión.

Sebastián ha estallado en sollozos y yo he empezado a acariciarlo. Me daban ganas de beber sus lágrimas; parecían las de Jesucristo en el huerto de los Olivos.

Entonces lo he vuelto a mirar y he pensado: ¿hemos de considerar un error concederle a alguien, cuando ya está acercándose al umbral de la muerte, lo que no le ha concedido nadie?

Nos cogemos de la mano, nos miramos fijamente; quiero morder sus labios, pero pongo límite a mi deseo. Él también. Está transfigurado, como si acabase de entrar en

una especie de existencia intermedia. Suplica que nos volvamos a ver. Le digo que sí y vuelvo a coger su mano.

Le pregunto a qué se dedica y contesta que a veces compone música para el cine. —¡Así que eres un artista! —exclamo con dulzura mientras le acaricio el pelo.

Domingo 20 (por la mañana)

El sol de invierno le concede una transparencia plateada al paisaje que me rodea cuando abro los ojos y recuerdo mi noche del viernes con Sebastián.

Al mediodía nos fuimos a Aranjuez en tren y estuvimos en un hotel junto al río. Paseamos por las calles bajo el sol de cobre y por la noche hicimos el amor muy ceremoniosamente, al calor de la chimenea, sintiéndonos los últimos amantes de la tierra.

Luego, mientras tomábamos una copa de vino junto al fuego, me dijo que todo estaba cambiando para él.

—Se está adensando el tiempo —añadió—. Es como si cada día que pasa viviese una eternidad.

Yo lo sabía, yo lo sentía en su cuerpo, en sus ojos a ratos perdidos y tristes, cuando se tendía en la cama y cogía un libro. Entonces me parecía idéntico al doncel de Sigüenza, tan intelectual, tan doliente, tan recogido.

—Nunca me habían amado así, Alize, nunca me habían dado tanto en tan poco tiempo. Todo ha sido como un sueño —confesó.

No era un sueño, aunque tuviese algo de ello. Era simplemente la vida tensándose como un arco, tensándose mucho.

Por supuesto que el tiempo se adensaba, pero también se adensaba el deseo y el placer sexual. Toda la realidad se adensaba y se entraba en un mundo de espesor, a veces muy luminoso. La vida parecía una radiación.

¿Por qué, cuando más densa era la realidad y más densa nuestra mirada, tuve la trágica impresión de que me hallaba ante un loco y de que me había equivocado en la elección?

7 de enero

Hoy le he dicho a Sebastián que nos equivocamos en el primer diagnóstico y que los nuevos análisis le dan por curado. Me ha mirado como si me viera por primera vez y me ha preguntado.

—¿Qué quieres decir?

—Que estás más sano que yo —le he contestado.

Se ha echado a llorar de alegría. Yo también, pero yo lloraba por lo mucho que

me sobrecogía el poder de las palabras. Bastaba con unas pocas para devolver a alguien a la vida, y empezaba a creer en la historia de Lázaro.

Pobre infeliz. Le acabo de librar de la muerte y parece muy asombrado. Normal, no se resucita todos los días.

—¿De verdad que estoy curado?

El muy perverso estaba disfrutando de la cercanía de la muerte y ahora parecía decepcionado. Me miró con odio y me dijo:

—¿No será todo una farsa?

Le cerré la boca con mi mano y grité:

—Cómo puedes decir eso, con todo lo que he sufrido contigo, con todo lo que te he dado desde que nos conocemos...

—Perdona, perdona, a veces no sé lo que digo —musitó.

—No es difícil equivocarse en los diagnósticos, Sebastián. Agradece esta reconciliación con la vida, tómalo como un animal. Arrójate al día y a la noche como si acabases de nacer —exclamé.

—Un plan magnífico, Alize, pero ¿estarías dispuesta a compartirlo conmigo? —preguntó.

—Ya no.

—¿Por qué?

—Porque ya no me necesitas.

—¿Sólo te ocupas de los moribundos?

—Sí.

—¿Sólo me querías de nuevo si me estuviese muriendo?

—Tampoco. Sería caer en la repetición, Sebastián, sería caer en la seriedad de la repetición, en el aburrimiento, ya lo decía Kierkegaard. Conozco todos los registros de tu agonía, los he vivido uno a uno. Sé tanto de ti que hasta sé cómo vas a morir.

Sebastián me dio tal tortazo en la cara que me dejó la cabeza llena de luceros.

Mientras yo sollozaba con verdadera voluptuosidad (necesitaba llorar como una Magdalena sin escrúpulos), él me miraba como si no acertara a comprender nada, absolutamente nada, del contenido de mi vida.

—¿No tengo ya para ti el más mínimo interés? —rugió.

—No —rugí a mi vez.

—Podría matarte.

—Te aconsejo no intentarlo y recapacitar sobre tu situación. El médico de cabecera no es un psicoanalista, tampoco es un psiquiatra. No nos podemos permitir con un médico de cabecera la misma dependencia que con un psicoanalista, ni podemos establecer la misma transferencia afectiva. No es el mismo nivel, Sebastián, entérate.

—¿Y por qué hasta ahora has sido tan ardiente conmigo que hasta parecía que fuera el hombre más glorioso de tu vida? ¿Ya no te acuerdas de cuando nos devorábamos en Aranjuez?

—Me acuerdo, Sebastián, me acuerdo. Pero eran otros tiempos.

—¡Si nos conocimos hace unos meses!

Acababa de colmar el vaso de mi ansiedad y sentí deseos de matarlo. Me acerqué a la puerta y él pretendió bloquearme el paso. Le di un golpe con el bolso en la cara, lo aparté de mí y salí a la radiante mañana de El Escorial.

14 de enero

Siento que hay una conjura a mi alrededor, pero también siento que he entrado en zona de caos.

En el hospital hablan de mí. Alguien ha empezado a insinuar que mis diagnósticos son temerarios. Es inevitable. En un hospital todo se filtra y me veo obligada a cenar con el jefe en el restaurante del Real Club.

Nos ponen claveles en la mesa y yo le ofrezco uno. Sonríe con extrañeza. Parece un loco.

—Verá usted, doctora Urbach, se habla en el hospital de un muchacho llamado Sebastián al que usted diagnosticó una leucemia, y que acaba de ser ingresado en un manicomio.

—¿En serio?

—¿Cree usted que tengo ganas de bromas? —inquirió—. Y además, ¿quién es usted para diagnosticar leucemias?

Me puse la máscara de hierro y dije:

—Lamento que hayan ingresado a ese paciente. Era guapo de verdad y muy agradable de trato, pero estaba trastornado. Lo de la leucemia no se lo dije yo. Cómo iba a decirle eso, doctor Carranza, por favor... Lo de la leucemia es su obsesión. Cree que tiene leucemia, y lo cree desde los siete años. No es algo que pueda arreglar yo, créame, es trabajo de psiquiatras.

—Si ya me imagino, pero de todas formas...

Y ahora voy a revelar una verdad un tanto sombría. Esa noche estuve bailando con mi jefe en el Golden, bebimos juntos una botella de *champagne* y acabamos en la habitación del los espejos del hotel Monaco. No fue una experiencia inolvidable, pero desde entonces ha vuelto a confiar en mí y ahora mi situación es mucho mejor que antes. Casi sin querer, una acaba aprendiendo a nadar en aguas muy turbias, y que sólo por ser turbias pueden parecer temibles.

2 de febrero

Ha sido horrible llegar hasta aquí, hasta estas tinieblas que ya son indicio de una nueva luz.

Al final todo se ha resuelto en tragedia. ¿De qué magnitud? No lo puedo calcular, como no se puede calcular el valor de una vida, juguemos con ella o no.

Sebastián murió el mes pasado en un accidente de tráfico. Iba con una chica, pero afortunadamente ella quedó ilesa. Dos días antes había dejado un mensaje sobre una pared de mi casa en el que me decía: COMO NO ME DEVUELVAS MI MUERTE TE MATO.

¿Qué debo hacer? ¿Parar esta cadena cuya tensión me subyuga cada vez más? ¿Y cómo? Sebastián es ya el tercer paciente al que engaño y me empiezo a asustar.

No quiero ser para nadie más la voz de las parcas, me digo a mí misma, sabiendo que tarde o temprano volveré a caer en la tentación de jugar con el fuego de la vida cuando ya se confunde con el fuego de la muerte.

Martes de Carnaval

La experiencia me ha demostrado que cuando tras la excitante agonía les devuelvo a la vida sólo me traen problemas. ¿Qué debo hacer? ¿Matarlos de verdad en lugar de limitarme a inspirarles la fantasía de la muerte? ¿Acaso agradecen la resurrección?

No, no la agradecen y preferirían regresar al temblor de antes, cuando creían vivir los últimos días de su vida en compañía de la divina concepción de la voluptuosidad.

Tras mi historia con Sebastián, me había prometido a mí misma renunciar al juego de morir sin estar muriendo y matar sin estar matando, pero hace tan sólo unas horas he vuelto a caer.

Ha sido en el baile de disfraces del Círculo de Bellas Artes al que acudí con mi prima Gemma, que acaba de divorciarse. Mi nuevo *uomo* iba vestido de negro, con una inexpresiva máscara veneciana, y yo creía ver su aura, más bien roja, entre la gente que circulaba a su alrededor y el concilio de gordos vestidos de romanos opulentos, que se reían a la derecha.

Yo también iba enmascarada, con una careta negra no muy diferente a la de él, y llevaba la falda, de seda negra, rasgada por delante y por detrás. Gemma me dijo que estaba rabiosamente excitante y que justamente por eso parecía una desesperada.

Pasé por alto su imperdonable comentario y seguí mirando al hombre de la máscara. Una hora después estábamos bailando muy juntos en el salón de las columnas.

—Me gustaría que no nos viésemos las caras en toda la noche —dije.

Él asintió, temblando. Luego empezó a besarme muy dulcemente, buscando el cuello y la nuca. De repente pensé que era aún pronto para hacer lo que estábamos haciendo y, sintiendo que estaba abrazando a un hombre muy especial, le arranqué la careta. Mi mano se quedó paralizada. Con razón pensaba que todas mis elecciones habían sido equivocadas. Fue entonces cuando también él me desenmascaró a mí.

—Eres muy guapa —dijo.

Derramaba sus palabras en mi oído, creando una gran sensación de intimidad, y tenía la piel más suave que he conocido. Y qué decir de sus ojos. Eran negros y reposados, y comunicaban una cierta bondad asentada en esa paciencia que nos da una enfermedad larga, que pudo ser en la infancia, pero que deja huellas perpetuas en la cara del que la padeció.

—¿Padeciste alguna enfermedad larga cuando eras niño? —le pregunté.

—¿Cómo lo sabes? —susurró.

Le confesé que era doctora en medicina general.

—¿Y los médicos de cabecera son tan perspicaces? —inquirió.

—Suelen serlo —dije guiada por mi instinto gremial.

Saber que yo era médico tuvo sobre él un efecto muy estimulante, pues se le iluminaron los ojos.

—¡Santo Dios! ¡Aún no sé tu nombre! —exclamó.

—Alize —le dije—. ¿Y tú?

—Silvio —contestó.

Volvimos a bailar, y mientras lo hacíamos nos mordíamos los labios deseando que la noche no se acabara.

Ya muy de madrugada, Silvio tuvo la debilidad, muy comprensible ante un médico, de decirme que en los últimos tiempos había sentido cierto dolor por encima del hígado.

Antes de despedirnos en la parada de taxis de la calle Alcalá ya le había dado cita para que acudiese a mi consulta el lunes por la mañana. Recuerdo el momento en que lo vi subir al taxi, bajo la luz de una farola. Sus ojos parecían dos obsidianas, si bien aún no habían alcanzado su máxima brillantez, su máximo esplendor. Pero todo llegaría, pensé cerrando la puerta del coche, que rápidamente torció hacia la Gran Vía.

Lunes

Ha aparecido en mi consulta vestido con un traje gris y me ha mirado como un niño enfermo. Pero enseguida sus ojos se han iluminado y he empezado el examen.

Noto en su cuerpo una energía especial. No tiene ni un gramo de grasa, pero tampoco es musculoso. Sus brazos y su espalda son muy suaves, y utiliza una colonia artesana que huele a limón.

Por un instante, el olor del perfume me transporta a los veranos en la casa de mis padres, y a la tardes de *Alicia en el país de las maravillas*. Pero intento no perder la concentración, para poder elaborar esta vez muy bien el diagnóstico, que en mi caso suele ser previo a cualquier análisis.

Tras palparle el hígado y hacerle unos frotamientos en la espalda que en realidad no tienen ningún significado, he esbozado una sonrisa profesional y le he sugerido

que tomemos muestras de sangre.

(Sin fecha)

Nos hallamos en el parque de la Casita del Príncipe, cuando el sol se está poniendo entre los plátanos gigantes. Las largas alamedas forman perspectivas imposibles, y con la eclosión de la primavera parecen la morada de un dios llameante que sólo puedo relacionar con Eros. Nos perdemos por una de las avenidas. Le cojo de la mano y dejo que me acaricie. Y sé que converger con él en la cama no va a ser como antes. No puede ni debe ser como antes. Temblaré más, temblará más, habrá en el cuarto otro aliento, y cuando muerda sus labios podré mascar la tragedia.

Seguimos caminando por la alameda y está oscureciendo. Con más suavidad que los otros, quizá con más miedo, me pregunta por el resultado de los análisis.

Nos detenemos y lo estrecho con fraternidad y al mismo tiempo con deseo.

—No son buenos —digo.

—No me asustes —musita él.

—No lo son, pero no temas. Las cosas pueden cambiar, y a veces cambian. Esperemos un poco más, démosle su oportunidad a la naturaleza, dejemos que el cuerpo reaccione —comento con mucha dulzura—, y confiemos en los milagros.

Me ha mirado con estupor. También él parecía transfigurado. Ahora flotaba como un ángel en la atmósfera difusa del final de la tarde, ya casi convertida en noche. Volví a abrazarle y dije:

—La vida es una aventura única, arrebatadora, además de una destrucción, no lo olvides nunca, Silvio. Otros pueden renunciar a sus placeres. Tú no. Vamos a mi casa ya, corazón, que te haré ver la luz en mi cama. Quiero ser para ti como un poema en la oscuridad, *like a poem in the dark, like a poem in the dark my love*.

Emocionado y aturdido, Silvio se deja arrastrar por el flujo de emociones que le propongo. Es ya de noche. Sobre un cielo azul marino palpitan las estrellas y reina un silencio vegetal que sólo rompen nuestros pasos y el canto de un búho de ojos ardientes, que antes de alzar el vuelo nos mira cínicamente desde la rama de un cedro.

Un viento frío cruza mi mente y me pregunto cuánto tiempo llevo viajando por el otro lado del espejo, donde todo parece más fantasmal, pero también más intenso. Y cuanto más lo experimento más consciente soy de que el fuego que arde a este lado del deseo es tan vivo como el fuego que dejé atrás, y bastante más adictivo.

Ah, cómo nos gusta regresar al infierno.

III

Island in the dark

1

Eran las seis de la mañana cuando concluí la lectura del diario. Al elevar la mirada de los papeles me sentí sorbida por la boca de Alize, además de poseída por sus propósitos y sus pensamientos.

¿Qué pensar de ella? Me negaba a incluirla en la dimensión de la maldad, en parte porque varias veces, mientras leía el diario, me había brotado la risa. No podía evitar que me hiciese gracia el espíritu de Alize, y justificaba la atracción que sentía hacia ella pensando que no todos estaban obligados a seguir la moral ordinaria y que ciertos aspectos en la vida de Alize eran de una originalidad monstruosa que, por vía de la negatividad, la habían acercado a experiencias próximas a la mística. Sin olvidar que ella había sido la primera víctima de un largo camino por la noche oscura del cuerpo.

Salom Rosenberg, discípulo de Scholem y profesor de filosofía judía que en mi época estudiantil dio más de una conferencia en París, solía decir que el mal tiene su propia estructura, al igual que el bien, y que se presenta como *el otro lado (sitra ahara)* con sus propias claves y sus propias emanaciones (*sefirot*). Gracias a las revelaciones de su diario, ahora veía claramente la estructura del otro lado de Alize, mas no por eso su persona me resultaba menos atractiva. Recordaba lo que me había dicho Silvio y, dejándome llevar por deseos que hasta ese momento rara vez me habían poseído, empecé a imaginar lo que sería perderme con ella en el laberinto de la noche y sentí un escalofrío.

A las siete de la mañana llegó finalmente Alize con cierto aire de cansancio. Se desnudó junto a la mesa mientras fumaba un cigarrillo, arrojó los zapatos, las medias, el sostén y las bragas a un lugar de la habitación y desapareció de mi ángulo de visión. Enseguida se oyó el sonido de la ducha. Luego volvió a aparecer, secándose el pelo con una toalla blanca. Más tarde arrojó la toalla sobre la cama, se sentó ante la mesa, sacó una pequeña grabadora del bolso, la conectó, colocó el micro muy cerca de su boca y empezó a hablar.

Su actitud me transmitió una extraña calma. Ver a Alize grabar sus reflexiones me tranquilizaba. Pensaba que los que grababan sus pensamientos como ella, y como hacía yo a veces, podían alcanzar un cierto equilibrio sobre la cuerda floja de su propia voz y tendían a darle más sentido a la vida y más contenido a la existencia.

Cinco minutos después desconectó la grabadora, y, al girarse para tenderse en la cama, me dio la impresión de que estaba a punto de desvanecerse y de que dormiría hasta el mediodía con la misma profundidad que yo.

Me desperté a las dos de la tarde y Alize a las tres, hora en que se hizo servir en su cuarto un filete con verduras y una tetera de más de medio litro, que fue

consumiendo mientras hablaba por teléfono en el mismo tono que el día anterior. Viendo que Alize seguía sin vestirse y prometía pasar todavía un buen rato en su cuarto, salí a la calle. Estuve tomando un café en el *bistrot* La Tartine, en la rue de Rivoli, y desde allí telefoneé con mi móvil a Alize, que recibió mi llamada con aparente alegría y no se demoró en pactar una cita conmigo para las siete de la tarde en un café de Montparnasse.

Hacia las cuatro regresé a mi apartamento de la rue Cassini y volví a vestirme como ella. Mientras me ponía un traje negro enteramente masculino empecé a notar que caía sobre mí la ley de la gravedad. ¿Qué disparate estaba haciendo? ¿Cuánto podía durar mi impostura? ¿Una noche más, dos?

Salí de casa confundida y angustiada y llegué a La Coupole un poco antes que ella. Pedimos *champagne*, brindamos, dejamos las copas sobre la mesa, nos cogimos las manos, nos miramos a los ojos. Parecíamos transportadas bajo la atmósfera *déco* del café, en una mesa apartada del salón, muy cerca de la coctelería. Los camareros iban y venían, y oíamos voces y tintinear de vasos y cubiertos: abstracciones vagas que no rompían nuestra intimidad. Alize esbozó su peculiar sonrisa y dijo:

—¿Has pensado en mí?

—Todo el tiempo.

—Yo también he pensado en ti.

—¿Qué tal te fue por el infierno?

—Mejor que nunca —y volvió a sonreír.

—¿Procuras siempre resultar tan críptica?

—Sí —dijo sin vacilar. Luego me miró con fijeza y añadió—: Qué gracia me haces. Cada vez te veo más parecida a mí...

—¿Hablas en serio?

—Completamente. ¿Lo que veo es tu estilo habitual o me estás imitando?

—Te imito un poco, Alize, no lo puedo evitar. Piensa que lo que hago es un homenaje a tu persona.

Alize pareció asentir. No entendía lo que me estaba pasando, y con estupor reconocí que me estaba obsesionando por primera vez con una mujer. Supe de inmediato que nuestras miradas ansiaban recorrer grandes distancias en la noche recién nacida, quemar muchas etapas en un solo instante de una densidad que ya tenía el espesor del miedo. ¿Y si de pronto Alize se enteraba de que yo estaba trabajando en realidad para su madre?

Me fijé en sus cabellos, muy negros y muy lacios, casi orientales, que estaban algo húmedos, y pensé que Alize era un regalo de la noche y del azar, a pesar de que la hubiese estado siguiendo.

—Qué delicada eres, Gertrude. Te juro que nunca había conocido a una mujer como tú.

—Me defines tan gloriosamente porque acabas de conocerme.

—¿Eso crees? ¿Puedo hacerte una confesión que te va a asombrar? Te la haré —

dijo sin esperar mi respuesta—. Lo que me pasa contigo no me había pasado nunca con otra. Es la primera vez que deseo a una mujer. Ayer te besé para probarme a mí misma, y tus labios me supieron...

—¿A qué?

—No te lo puedo decir.

Alize apesó mi mano y susurró:

—Quiero que esta vez sea diferente, Gertrude, por tu bien y el mío. No deseo saber nada de tu vida ni deseo que sepas nada de la mía. Hablemos como si no existiera el tiempo, como si no tuviésemos pasado ni futuro, como si habitásemos un ahora sin límites. Seguro que es más emocionante.

—Sí, hagamos eso. Acabamos de surgir de un lugar de la noche —dije yo.

—Tú de tu noche y yo de la mía, acabamos de surgir...

—Exacto.

—Puedes venir de cualquier palacio o cualquier muladar, puedes ser cualquier cosa que pueda ser un hombre o una mujer. Una ladrona, una santa, una asesina...

—Efectivamente. Y tú puedes llegar del mismo infierno, ser incluso una hija del infierno.

Rocé con las yemas de los dedos sus manos y pensé que aquel calor que sentía en la mente y en el cuerpo no era comparable al que había sentido en otros lances parecidos. Me producía una excitación muy intensa saber que estaba tocando la piel finísima de una mujer con alma de asesina. Y la comprendía profundamente, desde lo hondo de mi corazón, al menos así lo creía en ese momento. Pensaba que su amor y su odio hacia los hombres tenían su razón de ser y me producía una gran ternura imaginarla leyendo *Alicia* antes de la tarde en que sintió que pasaba al otro lado del espejo.

A las ocho Alize propuso que cenásemos en la Closerie des Lilas, y hasta allí fuimos caminando por el bulevar de Montparnasse, entre las trombas de gente que invadía la acera y que iba conformando un rosario de lenguas diferentes. Ya en la Closerie, nos tocó una mesa junto a la ventana que daba a la terraza. Recuerdo ese momento con especial nitidez: Alize me parecía tan hija de sí misma y de la noche, tan singular en su apariencia y en todas sus palabras, que me costaba aceptar que tuviese padres y haber estado hablando con su madre en San Lorenzo de El Escorial.

Mientras cenábamos disfruté contemplando la delicadeza con la que Alize sorbía las ostras mientras cerraba con levedad los ojos y sostenía la concha entre sus dedos coronados de rojo intenso.

—¿Notas que están vivas? —preguntó.

—Sí.

—Y seguro que siguen vivas cuando llegan al estómago. ¡Qué susto se deben de llevar cuando sienten la caricia de los ácidos gástricos! Para ellas será como lluvia de

fuego.

—Me asustas.

Alize acarició zalameramente mi mano y dijo con una voz muy dulce:

—¿Te asusta la pobre Alize?

Acababa de decirlo cuando acercó los labios para no darme la posibilidad de contestar. El camarero nos miró con estupor.

Tras la cena, estuvimos tomando café en la terraza del restaurante. Entre sorbo y sorbo, hablábamos, en un lenguaje oscuro pero que creíamos entender perfectamente, de los fantasmas de la mente. En un determinado momento, Alize llegó a decirme que a menudo se sentía flotando en un mundo de sueños y que eso le daba miedo.

—¿Miedo de flotar o miedo de los sueños? —pregunté.

—Miedo de los sueños.

—¿Por qué?

Alize me miró con cierta decepción. Luego se encogió de hombros y, como si la respuesta le pareciese tan evidente como innecesaria, exclamó:

—¡Porque sobre todo hay que tener miedo de los sueños!

—¿Tú crees?

—Naturalmente. La vida real no me da miedo. ¿Nos vamos?

Acabábamos de dejar atrás la Closerie cuando Alize me indicó un Jaguar descapotable pero con la capota puesta. Abrió una de las puertas y me indicó que entrara. Ya en el interior del automóvil, musitó:

—No te daré lo que quiero darte si no te entregas ciegamente a mí.

La miré como si no la conociera y murmuré:

—¿No me estoy entregando?

—Todavía no.

—¿Qué tengo que hacer?

Alize sacó de su bolso un pañuelo sedoso y blanco y dijo:

—Dejar que ahora mismo te venda los ojos para que no sepas adónde te llevo.

—De acuerdo.

Alize cubrió mis ojos con el pañuelo, haciéndolo parecer una simple venda, y puso en marcha el automóvil.

Sólo me empecé a preocupar cuando me di cuenta de que no nos dirigíamos a Le Marais. Al principio, cuando bajamos por el bulevar Saint-Michel, sí lo creí, pero luego el coche torció hacia la izquierda, como si hubiese tomado el bulevar Saint-Germain y más tarde hubiera cruzado por el puente de la Concorde, pues noté de pronto el olor y la brisa del río.

Por la dirección que Alize tomó no mucho después y por la velocidad a la que circulábamos, todo indicaba que ahora corríamos por una gran avenida, tal vez por la avenida de los Campos Elíseos. Y cabía pensar que después Alize había tomado la

avenida de la Armée y la de Charles de Gaulle. Aunque también pensé que todo podía ser una suposición y que podíamos ir en dirección opuesta.

Llevábamos circulando más de media hora cuando empecé a perder por completo el sentido del tiempo y la orientación. A la inquietud que me producía sentirme perdida se añadía el miedo a que Alize quisiera ir conmigo demasiado lejos. Ahora no comprendía por qué me dejaba arrastrar con los ojos vendados por una mujer de tan turbios antecedentes, y pensé en la posibilidad de deshacer el malentendido cuanto antes.

—Ya estamos llegando —dijo.

Salimos del coche. Noté que dejábamos atrás dos aceras y que caminábamos después por una tercera, hasta detenernos ante una puerta que Alize abrió tras agitar un llavero. Entramos en un lugar lleno de fragancias vegetales y de suelo blando que podía ser hierba. Torcimos a la derecha y empezamos a pisar suelo más duro. Alize abrió otra puerta y me guió entre muebles hasta una estancia que se notaba más fresca que los otros espacios por los que habíamos pasado.

Intenté librarme del pañuelo que seguía cubriendo mis ojos, pero Alize me lo impidió.

—No. No destruyas la emoción tan pronto, no seas tan ansiosa con el sueño que te quiero hacer soñar.

De espaldas a mí, Alize empezó a restregarse suavemente mientras me acariciaba con una mano la cara y con la otra las piernas. Yo deslicé la mano bajo su falda y volvió a mí el asombro. ¿Realmente me gustaban las mujeres? Alize acercó mucho la boca a mi oreja y dijo:

—¿A qué no te atreves a dar dos pasos hacia delante?

Fuera de mí y como si obedeciera ciegamente a sus palabras, intenté dar un paso, pero sentía todo mi cuerpo paralizado. Fue entonces cuando Alize me despojó del pañuelo. De pronto, me vi ante una cara idéntica a la mía y a punto estuve de dar un grito.

Enseguida me di cuenta de que Alize me había colocado ante un espejo. Al percibir mi asombro, estalló en una carcajada de cristal y se arrojó a la cama. Se trataba de una amplia cama china que no sobresalía más de un palmo del suelo, cubierta con una simple sábana blanca. Todo el cuarto parecía configurado bajo el signo del blanco: las paredes, las sábanas, los visillos, el marco del espejo que se hallaba junto a la puerta y en el que me había visto a mí misma tras un viaje por la noche. Hasta los troncos lechosos de los abedules que se veían tras el ventanal parecían formar parte de aquella partitura en blanco.

Alize sonrió, se incorporó levemente y dijo:

—¿Te gustaría que hiciésemos un poco de teatro de la obscenidad?

—Claro que sí.

—Piensa en tu papel mientras abro una botella de *champagne*. Esta noche harás de Marcel Proust y yo de alguna de sus amiguitas adolescentes. Por ejemplo Albertine cuando la conoció, aquel verano en Balbec...

—Perfecto.

—Va a ser muy fácil. Ahora sales un rato al jardín y me dejas que me disfrace de Albertine cuando tenía catorce o quince años. Estaré tendida en la cama, leyendo un libro de Anatole France. Entonces entras tú sin hacer ruido y... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Salí del cuarto y permanecí diez minutos en el bosquecillo de abedules más partida en dos que nunca. Quería irme de allí y al mismo tiempo deseaba seguir el juego hasta el final. Examiné mi rostro mirándome en un espejo de bolsillo, a la luz de la luna llena. No me reconocía a mí misma: ni en lo que yo era ni en el disfraz que había elegido para mí, y no entendía cómo había caído en aquella locura que ahora se me antojaba propia de la adolescencia. No puede ser, pensé, no puede ser que esté aquí y ahora, fuera de mí misma y deseando a una mujer. Porque la deseaba, y ése era el problema, pero ¿la deseaba a ella en sí o simplemente me había enamorado de su historia, de las frases de su diario, de sus aventuras nocturnas, de sus amores literarios, de su locura...?

Escuché un ligero carraspeo que tenía toda la apariencia de una llamada y caminé temblando hasta la alcoba. Las persianas estaban echadas cuando llegué y una penumbra muy cálida envolvía la habitación. Me acerqué a la cama y, procurando no ser advertida, empecé a elevar su falda hasta dejar sus piernas y sus glúteos al descubierto. Llevaba braguitas mínimas y sus partes oscuras me llamaban desde su sobriedad, su humedad, su belleza.

—Marcel —me dijo ella sin desviar la mirada del libro—, ¿qué estás haciendo?

—Mirando una puesta de sol en Venecia mientras un gondolero canta *O sole mio*. Empecé a besar su nuca y Alize musitó:

—¿Sabes que eres el hombre más cómplice que he conocido?

Me eché a reír, pero más que por su gracia porque no acertaba a creer en aquella felicidad tan sexual y tan afectiva, que parecía un teatro y al mismo tiempo removía todo mi interior y me colocaba a las puertas del más profundo estupor. Alize susurró:

—¿No me vas a comer los ojos? Quiero quedarme ciega.

Tardé unas décimas de segundo en entender que se refería a los ojos de abajo, a los ojos de la noche, a los ojos ocultos tras las braguitas ajustadas. Y de pronto fui consciente de que mis labios se acercaban al centro de su espiral y decidí desplegar toda mi ciencia de los besos y las caricias para hacerla feliz.

—¡Qué extraño eres, Marcel! Nunca había estado con un hombre como tú, tan suave, tan femenino —dijo.

Volvimos a reírnos. Sentir que Alize estaba disfrutando me excitaba más todavía

y acentuaba la pérdida, permitiéndome gozar en profundidad del momento a pesar de la espada de Damocles que sentía todo el rato sobre mi cabeza.

De repente, y cuando menos lo esperaba, Alize hizo un movimiento brusco y me miró de frente.

—¡Qué excitada estás, cariño! Lo siento de verdad.

—¿Por qué?

Noté en ella una leve agitación y más oscuridad en su mirada, como si una nube negra estuviese sobrevolando sus pensamientos.

—Porque tengo que regresar inmediatamente a París —dijo de forma tan inesperada como el día anterior.

—¿Para qué?

—¿No convenimos que no debíamos saber nada la una de la otra?

—Tienes razón.

Alize sonrió con acritud y diez minutos después ya nos hallábamos en el vestíbulo de la casa dispuestas a partir. Entonces Alize me dijo:

—Te tengo que volver a vendar los ojos. Quiero que esta casa blanca sea para ti como una isla en mitad de la noche, rodeada de oscuridad.

Me asombró advertir que conmigo había cambiado el concepto poema por el concepto isla y me entregué al vicio sentimental de pensar que me veía como a un ser especial, y que por deferencia a mi humilde persona había pasado de decir *like a poem in the dark* a decir *like an island in the dark*. Así que consentí que me vendara una vez más y vendada viajé con ella hasta el puente de la Concorde, lugar donde me despojó del pañuelo, corrió hacia atrás la capota del coche y se despidió diciéndome:

—Adiós, amor, nos vemos pasado mañana. A las nueve de la noche en el restaurante Jules Verne de la torre Eiffel.

—¿Por qué allí?

—¿No lo adivinas?

No supe qué decir y sonreí como una estúpida. Alize aceleró y se perdió tras el puente de la Concorde con sus cabellos al viento.

2

Detenida en la acera del Quai Anatole France, me quedé un rato inmóvil, recordando todo lo que había vivido con ella, dejándome invadir por mil imágenes contradictorias y deliciosas y pensando que rara vez me había sentido tan arrebatada por alguien. Pensé en el lugar de la nueva cita y caí en la tentación de deducir que Alize se proponía esta vez llevarme al cielo, al radiante y obscuro cielo de París.

Intenté tranquilizarme y me fui bordeando el Sena hasta la plaza de Saint-Michel. Allí decidí pasar por mi apartamento para ducharme y cambiarme de ropa.

Estaba bastante cansada y dormí hasta las diez de la mañana. A mediodía comí en la *brasserie* de mi calle y luego anduve paseando un rato por los jardines del Observatorio. Imaginaba aquellos jardines aislados y rodeados de parajes desérticos y áridos. Y en medio de ellos Alize, acercándose a mí con andares insolentes.

Regresé a mi apartamento a media tarde y hacia las diez de la noche me fui en mi coche a Le Marais, pensando que me convenía seguir en el hotel Lacroix, tan cerca y tan lejos de Alize Urbach.

De nuevo en mi habitación, no encendí la luz y me acerqué a la ventana. Alize se hallaba junto a la mesa, leyendo una vez más el libro sobre Lewis Carroll. Pero abandonó pronto la lectura, puso la cinta de la *novena sonata* y empezó a vestirse con ropa más insinuante que la que había elegido para mí. Sostén mínimo, de seda brillante y motivos que parecían religiosos, braguitas negras con un bordado que semejava un corazón espinado, un vestido largo que podría haber sido de piel de tiburón, unos botines negros, y una chaqueta masculina y larga. Con esa indumentaria salió del hotel a las doce y diez de la noche, cuando no había nadie en recepción y podía alcanzar inadvertidamente la calle.

Me puse la chaqueta y decidí seguirla. Acababa de llegar a la rue Sevigné cuando la vi detenida ante el escaparate de una tienda de marionetas, luego ante una galería que exhibía lacas chinas. Más tarde torció hacia la rue de Jarente y avanzó hasta un callejón sin salida al fondo del cual se veía una fuente gorgoteante.

Alize se detuvo ante una puerta negra que se hallaba a la derecha del callejón, muy cerca de la fuente, y desapareció tras ella. Fue entonces cuando pude comprobar que me encontraba en el *impasse Lamer*, y que la fuente del fondo estaba conformada por dos pilastras dóricas que sostenían un frontón y encuadraban una extraña sirena de bronce, de cola más parecida a la de una serpiente que a la de un pez. La sirena arrojaba agua por la boca, al igual que los dos delfines entrelazados en dos cuernos de la abundancia que la custodiaban. Me acerqué a la fuente y permanecí unos instantes observándola, luego me giré hacia la derecha y avancé hasta la puerta tras la que había desaparecido Alize. Se trataba de una puerta negra sin mirilla pero provista de un timbre dorado en el lado derecho del dintel, donde también se veía, sobre una pequeña lámina de plata, el nombre del establecimiento: *Sirène Noire*.

Sentí que la curiosidad me arrastraba más que nunca, pero también la prudencia, y

volviendo tras mis pasos regresé al hotel, conecté mi ordenador y marqué en el buscador Sirène Noire.

No tardó en aparecer una página web donde se daba un número de teléfono y en la que decía: «Sirena Negra (Un espacio muy exclusivo)». Bajo el anuncio aparecían tres nombres:

AZABACH
ZANOBAR
URA

Tecleé el nombre de Azabach y empezó un pequeño espectáculo. Lo primero que se veía, llenando toda la pantalla, era el dibujo de Alicia descorriendo un visillo.



El dibujo se animaba y la cortina se volvía roja. Según Alicia la iba descorriendo, su figura se iba desplazando hacia la izquierda hasta desaparecer. Entonces empezaba a oírse el restallar de un látigo y, en el espacio negro que había dejado tras su paso el telón, aparecía el siguiente mensaje:

TE PROMETO OSCURIDAD Y SILENCIO

Nadie sabrá que has estado conmigo,
y si lo deseas puedo ocultar mi rostro
para que sientas que estás tocando a la mujer sin cara
y a la mujer sin nombre
o que tiene por único nombre Oscuridad.
No soy un cuerpo, debes saberlo
antes de conocerme: soy una radiación,
por eso te haré sentir mi látigo en lo más hondo del corazón
mientras vas cayendo, como en un sueño
de Placer y Dolor,
en la adicción al vértigo.

El mensaje, que iba ascendiendo, desaparecía tras un fundido en blanco, y hacía epifanía una mujer en medio de los jardines de Bomarzo, ejecutando un violento movimiento con la mano derecha. Iba vestida de amazona y llevaba el rostro cubierto con una máscara de cuero, pero su silueta y sus cabellos eran los de Alize. Volvía a oírse el restallar de un látigo, venía después otro fundido en blanco y emergía de la blancura un ojo que parecía suyo.

Instantes después el negro absoluto regresaba a la pantalla y surgían dos nuevos mensajes:

¿QUIERES PASAR UNA NOCHE CON AZABACH?

También puedes llamarme Corazón Negro,
y con un corazón más negro que el tuyo
te estaré esperando al otro lado del espejo
para llevarte directamente al estremecimiento.

Continuaba el restallar del látigo. Las letras se disipaban en la negrura y aparecía de nuevo Alicia a punto de descorder el telón rojo.

Arrastrada por la necesidad de saber más, decidí visitar el Sirène Noire. Pero había un problema: todo indicaba que su clientela era masculina. ¿Y si me disfrazaba de hombre? Por experiencia sabía que era bueno tener en la mente un ideal de hombre en el momento de disfrazarse, y yo ya lo tenía, porque en parte me lo había proporcionado Alize: Marcel Proust, el joven Marcel Proust del retrato al óleo de Jacques-Émile Blanche, pensé, y busqué una página web en la que figuraba el retrato:



Proust poseía cejas tan visibles como las mías, si bien yo no las tenía tan juntas, un bigote fino y separado del labio superior, que no era tan difícil imitar, boca carnosa y bien dibujada (en eso éramos como hermanos), párpados algo caídos, mirada melancólica, aspecto enfermizo, continua sensación de frío, impresión de no tener piel... Esa misma mañana pasé por una tienda de disfraces de la rue Monsieur-Le-Prince, compré un bigote postizo y lo estuve probando ante el espejo de mi cuarto

de baño. Era a la vez un dolor y un placer identificarse con el autor de *En busca del tiempo perdido*, y no me avergüenza confesar que me emocioné mucho cuando comprobé que empezaba a parecerme a él. Mi cara tenía verdadera apariencia masculina. Gracias al maquillaje había conseguido plasmar sobre mis mejillas esa sombra gris que deja la barba incluso recién afeitada, y mis pechos, más pequeños que los de Alize, parecían planos bajo una camiseta muy apretada sobre la que me puse la camisa de seda verde.

No elegí un traje de la época de Proust, por supuesto, pero el que me puse estaba fuera de temporada y podía indicar que mi dandismo, justamente porque era verdadero, no seguía el dictamen de la moda, y con esa indumentaria llamé a la puerta negra. Me abrió una mujer amueblada de rojo más que vestida, que se presentó a mí como Regina. Enseguida me di cuenta de que se trataba de la misma mujer con la que Adriano Urbach se había citado en el aeropuerto y no me resultó fácil disimular mi estupor. ¿Sería ella la persona con la que Alize solía hablar por teléfono? La mujer tenía un claro acento italiano y la mirada de los que aman de verdad la noche.

Ya en el vestíbulo del establecimiento, me indicó un sofá rojo junto a un biombo de laca negra. Una ventana daba a un patio lleno de enredaderas de color lila donde gorgoteaba una fuente negra.

—¿Qué desea tomar?

—Un coñac.

Como si nos estuviese escuchando tras el biombo que separaba el vestíbulo del resto de la casa, no tardó en aparecer una chica con un vestido de látex que imitaba el uniforme de una criada y me sirvió el coñac.

—¿Le puedo ofrecer algo más al caballero?

Me froté las manos indicando nerviosismo. Tragué saliva con esfuerzo y empecé a balbucir que yo era en realidad *voyeur*.

Madame Regina me miró con cierta aprensión. Le debía de parecer un individuo de voz afeminada y aspecto deprimente, aún más perverso que sus clientes habituales, y más enfermizo. Luego esbozó una sonrisa comprensiva y susurró:

—Entiendo... ¿Y a quién le gustaría ver en acción?

—A Azabach.

—Veo que es usted todo un *gourmand*. Imposible elegir mejor. Ay, Azabach, Azabach... Le aseguro que es el diamante del Sirène Noire. Siento sin embargo decirle que media hora de espectáculo le va a costar setecientos euros.

Pagué de inmediato con tres billetes de doscientos euros y dos de cincuenta, y seguí a la mujer por un pasillo que parecía el de un convento, con vigas vistas en el techo y puertas de madera labrada que recordaban las de las celdas conventuales. Entre puerta y puerta había cuadros de época rescatados de algún anticuario español, con imágenes barrocas de santos martirizados. Al fondo se veía una sirena de bronce sobre un pedestal. Todo el cuerpo era realista salvo la cara, que recordaba el rostro

africanoide de *Les mademoiselles d'Avignon*.

Pasamos ante la sirena y continuamos por otro pasillo. Allí la mujer abrió una puerta y entramos en un exiguo cuarto oscuro de cuya pared del fondo surgía una luz que parecía un chorro de láser.

—Acerque el ojo a la mirilla. A Azabach le gusta que la observen cuando humilla a los hombres.

Obedecí.

Lo primero que vi fue una mujer de espaldas con un vestido negro y brillante de gran escote trasero. La mujer se alejó de la pared y entonces comprobé que el escote dejaba ver la mitad de sus glúteos y que la cola del vestido semejaba la de una sirena negra. Cubría su rostro con una máscara, pero su silueta me indicaba que se trataba de Alize, si bien aquel disfraz la convertía en un animal fantástico, que con andares altaneros se acercaba a un hombre arrodillado en el suelo y le hundía el tacón de aguja de su bota en el pecho. Luego comenzaba a flagelarlo con frenesí y contundencia hasta que el hombre reventaba en gritos de un dolor tan intenso que la obligaron a parar.

El hombre inclinó hacia un lado la cabeza y comprobé que llevaba gafas negras además de ir enmascarado. Alize volvió a golpearlo, pero de pronto cambió de actitud, se quedó un instante inmóvil, arrojó el látigo y miró la estancia negra como si la viera por primera vez. ¿También eso era teatro?, me pregunté llena de estupor. Daba la impresión de que Alize hubiese decrecido más de quince años. Parecía una niña temblando en un cuarto oscuro. Entonces recordé algunas frases del diario y cerré los ojos intuyendo que Azabach estaba pasando de ser verdugo a ser víctima. Abrí de nuevo los ojos y la vi apoyarse en una mesa negra, mostrar sus glúteos, moverlos ligeramente y quedarse inmóvil.

El hombre enmascarado se incorporó y se fue acercando a ella. Iba esposado y tenía desgarrada la camisa. Parecía extenuado, pero no lo estaba, ya que se abalanzó sobre ella y... Preferí no ver más. Volví la cabeza y comprobé que mi anfitriona me había dejado sola. Abandoné el escondite y me vi de pronto en medio del pasillo, sin saber qué dirección tomar. Abrí equivocadamente una puerta y vi a un hombre arrodillado ante una cama en la que reposaba una mujer. El hombre iba vestido de sacerdote y tenía los ojos vendados. Abrí otra puerta y vi varias jaulas con serpientes. La cerré de inmediato y caminé hasta el vestíbulo, donde hallé a Regina hablando con un cliente. La mujer se giró hacia mí y susurró:

—¿Ya ha visto lo suficiente?

—Sí.

—Celebro haberle sido útil. Adiós.

—Adiós —murmuré yo buscando con ansiedad la calle.

Caminé hasta el hotel en un estado que me alarmaba mientras mi cabeza se llenaba de preguntas. ¿Qué hacía Alize trabajando en el establecimiento de una mujer que se citaba con su padre en los aeropuertos? ¿Qué velo de Maya formaban entre

todos y en qué laberinto me estaban metiendo? Me sentía sumida en una narcosis cada vez más profunda y experimentaba hacia ella una gran ternura y un deseo enfermizo de sumergirme en su alma y sobrevolar sus abismos como un quebrantahuesos sobrevuela un precipicio.

Llevaba más de una hora en el hotel cuando advertí que se iluminaba la ventana de su cuarto y miré hacía abajo. Alize estaba fumando un cigarrillo y parecía más bien serena. Más tarde se desnudó, entró en la ducha y volvió a salir cinco minutos después.

Pasó un buen rato secándose los cabellos, y, desnuda como estaba, se sentó ante la mesa y continuó la lectura de *Agonía de Lewis Carroll*.

3

Alize acababa de dormirse cuando salí del hotel y anduve errando como perdida por las calles, bajo un cielo plomizo que prometía lluvia. Nubes fantasmales sobrevolaban las dos riberas y me sentí a un tiempo envenenada por la melancolía y el deseo. Por la melancolía que me producía la nueva imagen de Alize, y por el deseo que sentía hacia ella: hacia su voz, su rostro, sus máscaras, su diario de médico aficionado a jugar a la ruleta rusa con sus pacientes..., todo en ella me parecía un milagroso equilibrio entre dos polos, el vicio extremo y la extrema virtud, que de pronto se me antojaba relacionado con la aristocracia. Ahora no sabía qué actitud tomar ante ella. ¿Y si le decía la verdad? ¿Sabría Alize que Regina, su patrona, había estado hablando con su padre en Orly?, me pregunté llena de buenos sentimientos. Luego me apoyé en la balaustrada del puente de Notre-Dame y, mientras miraba el río, creí sentir de nuevo su olor emanando de algún lugar de mi mente: un olor nocturno, morboso, agrio, que evocaba al final, si bien muy levemente, el perfume de las lilas.

Llena de ansiedad, recordé el libro que tanto parecía interesarle a Alize y regresé a la librería de Le Marais para ver si ya lo tenían. Aún no les había llegado y tuve que regresar a la ribera izquierda y probar en la librería Shakespeare & Company, que venía a ser la cueva de Alí Baba y los cuarenta mil autores, donde finalmente lo encontré. La librería resultaba en ese momento el lugar más acogedor del barrio, y fue allí, entre anaqueles a punto de derrumbarse sobre mí, donde estuve leyendo a trompicones *Agony of Lewis Carroll*.

Con espanto comprobé enseguida que su autor, Richard Wallace, defendía la tesis de que Carroll había sido Jack el Destripador, a la vez que le acusaba de matemático despiadado, ajedrecista sádico, fotógrafo acosador y acosado, prestidigitador perverso, diácono disfrazado de cordero, pedófilo, violador de guante blanco, además de enmascarado que se ocultaba bajo un nombre falso, ya que en realidad Lewis Carroll se llamaba Charles Lutwidge Dodgson. También pensaba Wallace que Carroll había profetizado sus crímenes en el poema *Jabberwocky*, lleno de violentos desgarramientos, y que las noches de los asesinatos no tenía coartada. Además, y para dejarlo aún más claro, el señor Wallace aseguraba que las páginas del diario de Carroll que coincidían con las noches de los asesinatos de Jack estaban escritas con tinta negra en lugar de con tinta roja, que era la habitual en el autor de *Alicia en el país de las maravillas*.

Hacia las tres de la tarde, continué la lectura en un café de la plaza de Saint-Michel mientras tomaba una cerveza. Volví a sumergirme tanto en la locura de Wallace que cuando miré el reloj eran casi las ocho. Así que arrojé el libro a una papelería de la plaza y me metí en la boca del metro casi arrastrada por los viajeros que descendían hasta el andén. A la impresión de que se me estaba cayendo la máscara, o de que se me podía caer en cualquier momento, se unía un día de

sofocantes alucinaciones, en buena medida provocadas por el libro de Wallace, y pocas veces me había sentido tan fuera de mí. Recuerdo aquel trayecto subterráneo como un viaje por un túnel de fuego, lleno de imágenes reflectantes que se agitaban entre las llamas: Alize en el Sirène Noire, su mirada, su mano enguantada sujetando la tralla, su claudicación final, sus jadeos o sus lágrimas, y todo ello mezclándose con estampas sombrías de Londres, cuerpos descuartizados, manos ensangrentadas, y Lewis Carroll, el pobre Carroll o el pobre Dodgson, diácono con piel de cordero, matemático pérfido y ajedrecista diabólico, fotógrafo pornográfico y perseguido, corriendo por una calleja oscura con un cuchillo en la mano. Oh, Dios mío, el mismísimo Carroll, ese destripador... Tenía que aceptar que se trataba de un disparate muy difícil de superar, y tenía que reconocer que los ingleses eran muy divertidos y podían trastornarte si seguías ciegamente sus delirios interpretativos. No en vano, en mi mente continuó confundándose la figura del diácono amante de las ninfas con la fiera apocalíptica que durante una época llenó de terror las calles de uno de los barrios más miserables de Londres.

Salí a la superficie en la parada de la Escuela Militar, frente al parque de los Campos de Marte, antesala metafísica de la torre Eiffel. Ahora caía sobre mí una lluvia muy menuda que acentuaba mi sensación de extrañeza: los hombres y las mujeres que caminaban a mi alrededor parecían fantasmas y las casas del fondo me resultaban más lúgubres que otras veces.

Atravesé como una sonámbula la alameda central del parque y llegué a la torre. Mientras subía en el ascensor privado del restaurante, me planteé decirle a Alize la verdad adelantándome así a la triste probabilidad de que la descubriera por sí misma.

Alize había llegado antes que yo y la encontré vestida de rojo y gris, sentada junto a una ventana que se elevaba a ciento veinticinco metros del suelo. Me pareció tan hermosa que se nublaron mis ojos. Ella me miró con más frialdad que dos días antes y comenzamos pidiendo dos whiskys.

El panorama al que accedíamos desde la mesa inquietaba y fascinaba a un tiempo. La ciudad se extendía a nuestros pies como una inmensa marisma llena de luciérnagas, y nos envolvía una atmósfera metálica y gris con toques florales. Podía haber sido un restaurante de la época de Carroll y Proust, o la sala de viajeros de un dirigible alemán del período de entreguerras.

—He querido que nos citásemos aquí porque me apetecía volar contigo, cruzar fuertes y fronteras, como decía el divino san Juan de la Cruz, virgen y mártir.

—Qué extraño. Noto tu lengua muy suelta.

—Lo está.

—Como si fuese un látigo.

—Lo es.

—Me estás asustando.

Alize se echó a reír y luego acarició mi mano antes de susurrar:

—La primera vez que nos vimos no quise decirte por qué me gustaban Carroll y

Proust, pero hoy te lo voy a decir: Carroll me trae recuerdos de la primera adolescencia y Proust me subyuga por sus escenas sádicas. Fueron almas terribles y lo supieron decir a veces.

Mientras la miraba, sobre la pantalla misma de su rostro empezaron a deslizarse imágenes surgidas del libro del señor Wallace.

—¿Crees que Lewis Carroll era capaz de matar? —me preguntó mirando hacia el abismo de luz y de niebla.

—No.

—Más de uno piensa que fue Jack el Destripador.

—¿Bromeas? El mes pasado estuve en Londres, paseando por Whitechapel, y te juro que en ningún momento se me ocurrió relacionar aquel barrio y su historia criminal con el pobre Lewis Carroll.

—Pues hay un docto que está muy seguro del vínculo entre el Destripador y él — insistió Alize—. ¿Y a Proust, lo creerías capaz de matar?

—Tampoco.

El rostro de Alize se serenó, y se suavizó su voz cuando dijo:

—En parte te doy la razón y en parte no. Puede que Proust no fuera capaz de matar, pero seguro que lo deseó muchas veces. Lo mismo pienso de Carroll. No creo que fuera Jack el Destripador, pero le atribuyo una mente muy negra y bastante sádica, cosa que está muy lejos de molestarme, si he de decirte la verdad. Y yo, ¿crees que podría matar?

Se me heló la sonrisa pero acerté a balbucir:

—Claro que no, Alize.

Habíamos concluido la cena y estábamos tomando de nuevo whisky cuando Alize volvió a acariciar mi mano, señaló la inmensa planicie de luciérnagas y susurró:

—Intenta abarcar toda la ciudad y pensar en todo lo que puede ocurrir en la noche de París, desde lo mejor hasta lo peor... Cascadas de placer y dolor bajo la lluvia o la niebla... ¿A que todo cabe en la panza de la noche?

—Todo.

—Cabe mucha vida y mucha muerte. ¿Qué te apetece que hagamos hoy? ¿Te gustaría torturarme?

—No, no, de ningún modo.

—Oh, te debo de estar escandalizando.

—Di mejor que me empieces a preocupar. No entiendo tu cambio de tono.

Sonrió con indignidad y dijo:

—Yo tampoco.

Salimos las últimas del restaurante y Alize me propuso bajar por las escaleras en lugar de por el ascensor, «para sentir el descenso, como Alicia al comienzo de su viaje al País de las Maravillas». Un camarero corpulento nos lo desaconsejó.

—Bajen ustedes por el ascensor, por favor, háganme caso.

Ignoramos sus palabras. Elevé la mirada: la torre parecía un pozo hacia arriba que

podía sorberme y elevarme. Miré hacia abajo: la torre parecía un abismo descendente cada vez más ancho que me sorbía con igual poder. Alize se acercó a mí y me dijo:

—¿Te gustaría volar? Puedo ayudarte.

Me volví hacia ella con terror. El camarero nos arrastró hasta el ascensor y cerró la puerta. No mucho después, la puerta se volvía abrir. Aparecíamos en medio del parque y nos dirigimos al lugar donde Alize había dejado su coche. Mientras caminábamos yo me preguntaba por qué Alize me había perdido el respeto y por qué me trataba como a una cualquiera.

Ya en el coche, volvió a vendarme los ojos e inició un recorrido que me pareció el mismo que el de la primera vez. Llegamos a la alcoba inmaculada y allí Alize se apoyó en el cristal de la ventana que daba al jardín de los abedules, me atrajo hacia ella y acercó los labios tras despojarme del pañuelo. Fue un beso profundo que acogí como agua fresca tras el viaje por los desiertos de la noche y que, como la vez anterior, conducían a un oasis inmaculado. Hasta que empecé a sentir que mis piernas flaqueaban.

—¿Qué te ocurre?

—No lo sé, Alize...

Acababa de decirlo cuando caí al suelo como un títere desamparado por la mano del marionetista. Para mi gran sorpresa, Alize empezó a reírse, primero con dulzura y después como una loca.

—Mientras te besaba, te he hecho tragar sin que te dieras cuenta una pastilla de tubocurarina que ya te está haciendo efecto y que no podrás vomitar porque paraliza el estómago. ¿Sabes qué es la tubocurarina?

—No.

—Un alcaloide que se obtiene del curare y que se utiliza como anestesia. Los indios de las cuencas del Orinoco y el Amazonas lo usaban como veneno para sus flechas y para paralizar a las víctimas que iban a ser sacrificadas. Las víctimas asistían a su propio martirio sin poder abrir la boca. Podían ver cómo los mutilaban, cómo la sangre les brotaba a borbotones, cómo se les iba la vida, sin poder reaccionar.

Alize volvió a reírse.

—¿Por qué te ríes, maldita?

—Para comunicarte el verdadero secreto de las sirenas. Y las sirenas no cantan, las sirenas se ríen, y sobre todo las de alma negra. ¿A que hay risas que es mejor no oír? ¿A que las hay? Por eso Ulises pidió que lo atasen al mástil. Pero tú no necesitas mástil, Ágata, a ti te basta con el curare que te ha inoculado con su beso tu sirena negra.

Fue entonces cuando comprendí que conocía mi verdadera identidad y creció mi estupor.

—¿Por qué me haces esto? —grité.

—Por nobleza. Necesitas el peor de los escarmientos, amiga, necesitas la

humillación después de lo que me has hecho. Me duele mucho que pensaras que yo era una retrasada mental, me duele hondo... Y el dolor ha de pagarse con dolor si somos justos. Verás, aunque me sentía atraída por ti, noté algo sospechoso ya desde el principio y no acababa de fiarme de tu persona. Así que decidí seguirte sin que lo notaras, tras nuestra despedida en el puente de la Concorde. Fue entonces cuando supe que vivías en la rue Cassini y leí tu verdadero nombre en el buzón. Dime una cosa si no quieres sufrir. ¿Eres por ventura detective privado?

—Sí.

—Me lo temía. ¿Y para quién trabajas?

—Para tu madre.

Alize se echó a reír a carcajadas, pero se trataba de carcajadas amargas, de las que duelen en el estómago y en el pecho.

—Ah, cómo odio tu profesión —dijo—. Es repugnante.

—Alize, por favor —balbucí—, dame un antídoto contra el curare para que pueda explicarte que hoy mismo pensaba...

—Sobran las explicaciones. Había preparado esta casa para compartirla con alguien que me entendiese de verdad, pero también con alguien que tenía que pasar ciertas pruebas de fuego. No te he vendado los ojos para provocarte emociones raras, te los he vendado porque no me fiaba de ti y no quería que supieras dónde está ubicada esta casa en la que vas a conocer la gloria.

Alize me arrancó con violencia un mechón de pelo y volvió a reírse antes de coger el látigo. Con gran soltura, lo blandió y lo hizo restallar sobre mi espalda.

A pesar de la anestesia, sentí un profundo dolor y di un grito de rabia. Alize se acercó a mí, se agachó mostrándome su intimidad bajo la falda gris, y escupió:

—Creí que contigo iba a dejar atrás el laberinto por el que me pierdo desde hace años, pero resulta que eres una pobre sabuesa que vive de indagar en las miserias de los demás. ¿No te da vergüenza? ¿Sabes?, no eres la única detective que ha seguido mis pasos. Cuando acababa de cumplir los veinte años, y pasaba noches de verano enteras fuera de casa, mi madre contrató a una detective para que me vigilara. Por poco le da un infarto a la pobre mujer, que para su desgracia acabó enamorándose de mí. Como ves, en mí todo tiene el aire de una repetición —dijo, y se puso a silbar una canción infantil.

Volvió a agacharse y murmuró:

—¿Te encuentras mejor?

Negué con la cabeza.

—Lo más aconsejable para disfrutar de los martirios es creer que eres nada, que eres nadie. ¿Crees que eres alguien? —Me escupió en los ojos y añadió—: Vamos, mujer, déjate de bromas que esto es muy serio. ¿Te consideras alguien? Pues te equivocas. Eres nada, ni siquiera tienes nombre. No te puedes mover, no me puedes amar: eres un eunuco de la Ciudad Prohibida aturdido por el opio. Ay, amor, te voy acercando a una puerta peligrosa, de la que podrías no retornar, te lo juro, cielo, es así

de serio. No es la puerta de las estrellas, y tampoco es exactamente la puerta del placer, eso te lo puedo asegurar, pero es una puerta, ja, ja, es una verdadera puerta... ¿Te gustaría tener el privilegio de presenciar tu propia muerte como les ocurría a las víctimas de los aztecas? Quiero que te veas a ti misma en el instante de desaparecer. Ni va a ser el infierno ni va a ser el cielo, amor mío. No hay paraísos, ni azules ni extensos. Fíjate en mis ojos. ¿No te parecían antes muy dulces? ¿Y ahora? Ja, ja, ¿y ahora?

Alize hablaba como si estuviese en trance, en realidad lo estaba.

—¿A que no entiendes mi risa? ¿Te parece cruel? No lo es, mi cielo, no lo es en modo alguno. Y te aseguro que es una risa completamente necesaria y de naturaleza vastísima. Me estoy riendo del mundo, y conocerte me ha hecho regresar a la idea de que no hay placer más exquisito que el de ser tocada por los desconocidos. Como decía el poeta: «Amo a los que me buscan en la noche negra». ¡Y la noche negra es tan profunda! Te parecerá una locura, pero me gustaría comerte, si no entera al menos un trozo...

Alize volvió a golpearme tres veces con su látigo antes de añadir:

—Ahora sólo quiero ser tu sirena negra, la que vive al otro lado de tu oscuridad. Ahora sólo quiero ser una sombra, ahora sólo quiero ser tu dolor, princesa...

Calló, y tras un breve silencio dio un grito y empezó a golpearme con frenesí. Latigazos en las piernas, en la espalda, en el cuello, en la cabeza, contundentes y certeros, que llenaron de marcas mi cuerpo.

Más tarde cogió de la mesilla una navaja de afeitar y se fue acercando muy despacio a mí.

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a cortarte un pezón y me lo voy a comer tras chamuscarlo con mi mechero. Quiero llevarme algo de ti, corazón. Un pequeño presente: tu pezoncito izquierdo que es el más hermoso... Imagínate que soy Jack el Destripador. ¡Zis, zas! ¡Zis, zas! ¡Una y otra vez tajaré y hundiré la hoja vorpal! Zis, zas, la hoja vorpal de barbero te voy a hundir en los pechitos y el cuello, la fina hoja vorpal de tu querido Jack, la fina hoja vorpal te voy a hundir en tu tova agilimosa, ja, ja. Ja, ja, ja. ¿Te asustan mis palabras? Murgifla, murgifla todo lo que quieras, momia rantosa, vípora berrante, limazón giróscobo, que de poco te va a servir murgiflar y morjear —dijo imitando los lenguajes de Carroll—. Ven a mis brazos, que voy a zajarle la yugular, ven a mis zarpas, pájara juba, ven a mis dientes que trituran como limazones burginosos. Ja, ja. Ja, ja, ja. ¿Sabes una cosa? Empiezo a creer que mi escritor más venerado fue Jack el Destripador. Empiezo a ver a Lewis y a Jack juntos, fundidos y conformando una misma figura demencial. Pero no están juntos en el cielo, Ágata, ni tampoco en el infierno, están juntos en mi corazón —dijo blandiendo la navaja de afeitar, para enseguida añadir—: Piensa que no tengo corazón, o que tengo el corazón de una serpiente pitón, y piensa también en la sangre que va a brotar ahora mismo de tu pezoncito izquierdo, amor, amor.

Más que el temor al suplicio o a la muerte, mi única obsesión en ese momento era

poder explicarme. Pensaba que las palabras eran la única mediación posible entre nuestro lado claro y nuestro lado oscuro, y que si me dejaba hablar superaríamos parte del malentendido en el que nos hallábamos atrapadas como dos conejos en una trampa, pero se me empezaron a paralizar los músculos de la garganta y mis palabras parecían balbuceos de borracha.

Adelanté la mano queriendo expresar con ella lo que no podía comunicar con la boca, pero Alize ignoró mi gesto y acercó la navaja. Ya estaba notando en mi pecho el roce de la hoja cuando me desvanecí.

No regresé a mi conciencia hasta tres horas después, cuando me sorprendí a mí misma en la acera de la rue Cassini, a unos diez metros de mi casa.

Me hallaba tendida en el suelo y lo primero que hice fue mirarme el pezón. Con gran alivio comprobé que seguía intacto. Entonces me di cuenta de que me hallaba medio desnuda, pues sólo llevaba unos ligueros rojos, unas bragas del mismo color y unos zapatos negros y relucientes. Como colofón a tan vergonzosa metamorfosis, mi boca aparecía embadurnada de rojo más que pintada, según pude ver al darme la vuelta y mirarme en el cristal de la puerta que tenía delante. Aún no había amanecido pero las farolas de la rue Cassini me iluminaban cruelmente e intenté cubrir mis bragas, por considerar que podía ser lo más vergonzoso si, de pronto, alguien pasaba por la calle y me veía, pero enseguida advertí que era aún peor porque entonces iba a parecer desnuda. Empezaba a entender el mensaje de Alize: eres una ramera tirada en la calle, me estaba diciendo desde su ausencia, eso es lo que eres, Ágata. Y te aseguro que con tu aspecto no van a admitirte en ningún burdel, porque ahora mismo estás en el escalón más bajo, en realidad en la cuneta, y así te están viendo los vecinos.

Desesperada, elevé la mirada y vi a una anciana que vivía en el primer piso de mi mismo inmueble. La mujer me observaba con severidad desde detrás de la ventana mientras fumaba un cigarrillo. Me pareció que acercaba la mano al teléfono, le supliqué que no lo hiciera con un gesto y le señalé la puerta para que la abriera.

La mujer desapareció del cuarto y yo me fui arrastrando como pude hasta la puerta. No mucho después, la anciana me abrió y me ayudó a entrar en el portal. No había ascensor y ni ella ni yo nos veíamos con fuerzas para más, así que le di los números de teléfono de Ives, Amadeo y Eva y le pedí que los llamara.

Los primeros en llegar fueron Ives y Amadeo, que me cubrieron con una gabardina y me arrastraron hasta mi apartamento. Allí me ayudaron a ducharme, me condujeron hasta el dormitorio y me tendieron en la cama.

—¿Te consideras capaz de explicarnos por qué te encuentras en este estado?

—Me encuentro así porque me han narcotizado y me han sometido a una sesión de alta disciplina. Luego me han disfrazado de prostituta, me han pintarrajeado la cara y me han dejado tirada en la calle.

—Dicho así, parece un ajuste de cuentas de la mafia. ¿Quién te ha torturado? —preguntó Amadeo.

—No lo puedo decir —musité, y me quedé dormida.

Cuando desperté, mis amigos se habían ido, pero allí estaban mis padres mirándome con asombro. Llena de pánico, oculté involuntariamente la cabeza bajo la sábana. Luego la volví a sacar muy lentamente, miré hacia la derecha, luego hacia la izquierda, y como no vi a nadie pensé que había sido una alucinación surgida de la frontera entre el sueño recién concluido y la vigilia recién inaugurada.

Creí que me hallaba sola en casa, pero enseguida empecé a oír ruidos procedentes

de la cocina. Carraspeé y apareció Eva con una taza de café en la mano. Supuse que había relevado a Amadeo e Ives en la tarea de cuidarme y respiré con alivio.

—¿Tú?

—Sí, yo —me dijo ella—. ¿Prefieres estar sola?

—No, no... Precisamente quería hablar contigo.

—Oh, es un honor —dijo con ironía.

—Todo lo que me ha ocurrido tiene su explicación.

—¿En serio? Pues no debe de ser fácil explicar a tus pacientes amigos qué hacías tirada en la calle, llena de latigazos y en bragas.

—Caí en una trampa.

—No lo dudo.

—Y lo más grave es que sigo obsesionada con la mujer que me la tendió. No sé cómo explicarlo, Eva. Estoy enamorada como una escolar.

—Eso es nuevo.

—Soy la primera en sorprenderme.

Eva me miró con piedad, encendió un cigarrillo y me dijo:

—Lo que te está ocurriendo es por culpa de tu maldita profesión, y espero que sea pasajero. No deberías implicarte tanto en tu trabajo, Ágata, te lo he dicho muchas veces. Imagínate que un psiquiatra se implicase emocionalmente en los delirios de sus pacientes. Acabaría más loco que ellos.

—Tienes razón, pero no lo puedo evitar. Es como una droga que me va dominando poco a poco, y acabo metiéndome hasta la locura en las historias de los demás.

—Me pregunto si no hay en tu conducta algo suicida.

—Puede que lo haya. A veces me veo como una detective bonzo dispuesta a quemarme en cada caso.

—¿Y cuando te quemes de verdad?

—Lo dejaré y me dedicaré a otra cosa.

—¿A qué?

—Tal vez a escribir, aunque tampoco lo tengo claro.

Eva volvió a mirarme con inquietud. Yo me eché las manos a la cabeza y empecé a balbucir:

—Es espantoso.

—Debe de serlo.

—Tengo toda la cabeza ocupada por ella. La cabeza, el pecho, el corazón, el hígado, las venas. A veces deseo que me acoja otra vez entre sus brazos fríos, a veces deseo matarla. Pero hay que entenderla... Ella quiere... Ella quiere superar el placer y el dolor, lo sé... Y no es culpable de su destino... Ella... es muy especial, ¿sabes? Muy buenos modales, y un claro aire aristocrático... Tuvimos una pequeña discusión y ella se excedió un poco... No se lo reprocho. O quizá sí... Desde luego no voy a olvidar fácilmente su vileza... Dejarme en plena calle vestida de ramera... Dios,

tendría que darle un escarmiento... No, no, tendría que olvidarla para siempre... Verás, ella es...

De pronto me di cuenta de que estaba hablando como Silvio la noche en que estuvimos en el café Babel, y reventé en sollozos. Eva me arrojó en sus brazos, me acarició con dulzura y musitó:

—No sabía que estuvieras tan mal. ¿Quieres que te prepare una tila?

—No, prefiero que me traigas somníferos de verdad.

—De acuerdo. Te traeré un Valium.

—Mejor dos.

Ya me estaba durmiendo cuando Eva me dio un beso y susurró:

—Me tengo que ir, Ágata. Entro a trabajar a las siete.

—Vete sin problemas, ya estoy a punto de entrar en el reino de los muertos.

—No digas eso, por favor.

—Era una broma, mujer. Más bien me refería a los reinos de Morfeo —creo recordar que dije antes de perder la conciencia y precipitarme en un sueño negro como la amnesia.

Al día siguiente, opté por telefonar finalmente a Lucía. De repente sentía una extraña confianza en ella y me daba la impresión de que podía ser la única persona capaz de hacer algo por Alize. Y, por otra parte, yo me debía a ella fundamentalmente, pues era ella la que me había contratado. Lucía acogió con fervor mi llamada y yo me limité a decirle que su hija se estaba prostituyendo y que se hospedaba en el hotel Lacroix.

—Era todo cuanto quería saber —me dijo—. Muchísimas gracias.

—¿No necesita más información?

—No —respondió con seguridad, y pasó a decirme que abandonase mi investigación y que me ingresaría inmediatamente una cantidad de dinero idéntica a la ya pagada en el inicio de mis pesquisas. Luego se despidió de mí muy ceremoniosamente y colgó.

Tuve que permanecer tres días más convaleciente, hasta que se atenuaron las deformaciones del rostro provocadas por los golpes. Cuando ya me vi a mí misma presentable, me puse mi mejor traje de verano y me dirigí en coche al hotel Lacroix.

Por lo que Alize me había dicho y por lo que yo podía deducir, había averiguado dónde vivía, pero ignoraba que me estaba hospedando en el mismo hotel que ella y que podía seguir vigilándola desde muy de cerca.

Acababa de aparcar mi coche junto a la parada del metro y me hallaba ante el hotel Lacroix cuando, desde la ventana que daba a la rue de Sévigné, vi a Lucía y a Alize hablando en el pequeño bar de la recepción, sentadas junto a la barra en dos taburetes, fumando ambas y ambas bebiendo *champagne*. Daba la impresión de que se estaban reconciliando y me alegré. Alize iba vestida de rojo y su madre de blanco, y brindaron en dos ocasiones mientras conversaban.

Me hallaba demasiado al descubierto, así que me fui a la terraza del restaurante

San Pablo, que estaba enfrente, y aguardé allí mientras tomaba un café.

Media hora después, Lucía salió del hotel y subió a un taxi. Decidí seguirla y, con gran asombro, no tardé en comprobar que se dirigía al aeropuerto. Supuse que regresaba a Madrid y volví tras mis pasos, pero ya no encontré a Alize por ninguna parte. No me desanimé y volví a sentarme en la terraza del San Pablo. Dos horas después apareció ella con su Jaguar y en compañía de un hombre con traje inglés que parecía Adriano Urbach. Entraron en el hotel, sacaron tres maletas con la ayuda del recepcionista, volvieron al coche y enfilaron la rue de Rivoli. Resolví seguirlos, y fui tras ellos en mi coche hasta una silenciosa y distinguida calle de Saint-Cloud jalonada de espléndidas villas, después de haber cruzado París en diagonal.

Una luz enrarecida iluminaba las mansiones y las arboledas. Nubes de guata gris permanecían inmovilizadas sobre el Sena mientras a la izquierda, en la zona residencial, el cielo era dorado y rojo. Alize detuvo el coche ante una villa blanca con pilastras jónicas en la fachada, flanqueada a la izquierda por un bosquecillo de abedules, y supe que era la casa en la que había estado con ella.

Esperé a que entrasen para salvar un muro de metro y medio por el que tuve que trepar penosamente. Ya en el jardín, me sorprendió el silencio que reinaba en él.

El sol de julio ardía en las copas sedientas de los tilos y creaba reverberaciones alucinatorias sobre la hierba, los abedules y las rosas abrasadas. Su perfume resultaba mareante. Desde lejos, atravesando villas, jardines, cercados de cerezos, perales, manzanos y cipreses, llegaba la brisa del río, caliente como aire del infierno.

Me deslicé sigilosamente hasta el bosquecillo de abedules. Luego avancé a gatas hasta la ventana entreabierta y, oculta tras un seto casi pegado al muro, vi a Alize con su vestido rojo y muy escotado por detrás. Estaba sentada en una silla blanca, junto a la cama, y a su lado se encontraba Adriano con un traje gris y blanco.

El hombre permanecía de espaldas a la ventana. Agucé el oído y le oí decir:

—Me gusta esta casa, pero no entiendo por qué la alquilaste si ya tenías el cuarto del hotel Lacroix.

—La quería para amores a este lado del espejo, para amores que no me diesen vergüenza. En cambio el hotel y el Sirène Noire eran para relaciones al otro lado del espejo.

—¿Como la nuestra?

—Como la nuestra o peores.

—¿Peores? ¿Crees que es posible?

—En algún aspecto sí.

—Tendríamos que detenernos a pensar...

—¿En qué? ¿En tu locura? Y yo que creí que podía confiar en Regina... ¡Pero resulta que era tu alcahueta! Casi no puedo concebir que propiciase nuestros encuentros, aunque por otra parte... ¿Desde cuándo la conoces?

—Desde hace tres meses. El pasado marzo estuve siguiendo tus pasos por París tras descubrirte una noche, sin que tú me vieras, en el bar del Ritz. Entré en el Sirène varias veces e hice cierta amistad con Regina. Hace dos semanas me cité con ella en el aeropuerto y le entregué una interesante suma de dinero para tenerte en exclusividad los diez primeros días de julio.

—¡Mereces lo peor!

—¿Eso crees? No deberías reprocharme nada si fueses una mente lúcida y gélida. ¿Acaso no te he dado la mejor educación? Sí, la educación del escalofrío, la que te prepara para el mando...

Alize se echó a reír, luego intentó dar un paso pero tropezó y estuvo a punto de

desplomarse.

—¿Has bebido? —preguntó él—. Empieza a preocuparme tu afecto por el alcohol.

—¿Acaso tú estás sobrio?

Adriano meneó la cabeza y dijo:

—Ya no me admiras como antes, Alize. Lo noto en tu mirada, en tu tono de voz... Pero ¿por qué? ¿Qué te ha hecho cambiar de criterio?

—No es mi criterio lo que ha cambiado, es mi mirada, tan simple y elemental como eso: mi mirada. De pronto te veo. Antes no te veía. Eras sólo el fantasma de medianoche.

—¿Quieres que sea contigo más duro para que me vuelvas a agrandar? Está bien, te avivaré la memoria y te conduciré a aquel verano, un año después del divorcio. Tu madre se había separado de mí para apartarte de mi lado y resulta que fue entonces cuando más nos vimos, mientras ella veraneaba con sus amigas en Niza. ¿Recuerdas el rito secreto que inventamos juntos? Los candelabros con todas sus velas encendidas y tú cubierta con un vestido que parecía el último velo de Salomé.

—Olvídate de aquel tiempo. Estamos ya en otro infierno.

Alize volvió a servirse otra copa.

—Hablas con el sarcasmo de un enterrador. No bebas más.

—¿No te gustaría verme muy perdida...? Te lo daría todo... Piénsalo dos veces... Imagíneme completamente ida, entregándome a ti...

—Desquicias a cualquiera.

—Imagíneme...

—Bebe lo que quieras. Yo también voy a beber... Tú lo has querido, y a mí me vuelven loco esta clase de apuestas.

Alize apuró su copa y la volvió a llenar. Parecía seriamente borracha y sonreía como una enajenada.

—Tengo la impresión, Alize, de que ha llegado para nosotros el momento de la verdad. ¿No crees que nos estamos demorando demasiado?

Alize no contestó. Adriano continuó diciendo:

—Y las demoras son arriesgadas cuando hay tantas cosas en juego.

—Empiezas a emplear un lenguaje peligroso, aunque muy interesante —comentó Alize.

—Eso creo yo también.

—Juraría que me estás insinuando que hay que acabar con mamá...

Hubo un silencio que se me hizo tan largo como sofocante y creo que por primera vez en mi vida me sorprendí a mí misma escuchando una conversación en la que los interlocutores tocaban verdadera realidad.

—No te equivocas —acabó diciendo Adriano—. Puede que mi vida dependa de su silencio...

—¿Qué quieres decir?

—Anda por ahí diciendo que te violé cuando tenías doce años...

—No te creo...

—Lo anda diciendo.

—¡Basta de delirios! ¡Empiezas a asustarme! ¿Por qué sabes que lo anda diciendo?

—Tengo mis contactos, y lo sé. Me está buscando la ruina. Habría que cerrarle la boca... Si tú me ayudaras a cerrársela te haría la heredera de casi toda mi fortuna y dejaría lo mínimo a mi nueva familia.

—Alabo tu idea, pero sólo te ayudaré si esta misma noche redactas un nuevo testamento.

Adriano volvió a apurar su copa, miró fijamente a Alize y dijo:

—¿Recuerdas lo que te propuse una vez?

—Sí, recuerdo que me dijiste que querías que fuese tu cómplice absoluta, tu lady Macbeth... Olvídate de esas mitologías, por favor... No se trata de parecerse a mujeres de corazón tan negro... Más que mujeres, parecen disparates... Olvídate, olvídate... Ahora sólo soy una mujer que te quiere y que siente que estás en peligro... Pero no te ayudaré hasta que no cambies el testamento. ¿Me has oído?

—De acuerdo, consumemos un destino que los dos hemos estado escribiendo desde hace tiempo. Serás mi heredera universal, te lo juro, y serás también mi lady Macbeth, lo quieras o no, mi lady Macbeth. Estabas destinada a ello desde la tarde en que te tomé por primera vez...

—Pareces muy seguro de lo que dices, pero te olvidas de la desesperación que puede producir el hastío.

—¿Qué quieres decir?

—¿No crees que entre nosotros ya todo suena a repetición? La noche en que me di cuenta de que el enmascarado eras tú pensé: Dios mío, ya estoy en el lugar de siempre. Pero ¿cómo te atreviste a volver a mí? ¿Cómo?

—Tienes que comprenderlo, Alize. Nunca he sentido un vértigo igual al que sentí cuando supe a qué te dedicabas en París. Me volví repentinamente loco. Aquello parecía el cumplimiento de una de mis fantasías, y experimentaba al mismo tiempo miedo y excitación, repugnancia y deseo. La primera noche creí que estaba en otra dimensión, que aquello no podía ser cierto... Pensé que te tenía que sacar de allí, y de hecho ya te he sacado.

Alize se echó a reír a carcajadas y Adriano estalló en sollozos. Luego se acercó a ella y comenzó a besarla con frenesí.

—¿Por qué te ríes? No seas tan negativa y no me atormentes más. Olvídate del pasado, del más reciente y del más remoto, bórralo de un plumazo y piensa en esta noche y en las que nos esperan... Tendríamos que salir ya para Madrid...

—Es verdad.

—Podríamos dormir en algún hotel de carretera.

—Ya veremos.

Media hora después, Adriano y Alize salieron de la casa tras cerrar todas las ventanas, se subieron al Jaguar rojo y se dirigieron calle abajo hacia la carretera que bordea el Sena, momento en que regresé a mi coche y me preparé para seguirlos hasta donde el destino o sus delirios nos llevaran a los tres.

IV

Maratón

7 de julio

Siempre que vomito mis pensamientos ante esta grabadora que se ha convertido en mi mejor amiga siento que la vida se me va por la boca.

En mí el trance empieza en la boca, y también empieza el deseo.

Cierro los ojos y noto cómo la oscuridad se llena de imágenes feroces, hijas de experiencias transcurridas hace tan sólo unas horas, imágenes que me conducen al instante en que nos detuvimos en una explanada de grava a las afueras de Limoges, cuando sentía que podía hacer con mi vida y la suya lo que me diese la gana, cuando supe que me había apoderado completamente de mi padre y que su destino estaba en mis manos.

La explanada resplandecía bajo la última luz del crepúsculo. Grupos de gente bebían cerveza entre los automóviles y al fondo se veía un edificio de dos plantas furiosamente iluminado.

Avancé hasta el establecimiento dos pasos por delante de él, para que me viera bien, ataviada como una ramera que se acerca a la hoguera de la noche.

Dentro de aquel bar el ruido era atronador. Bajamos al sótano, donde no había música, y seguimos bebiendo.

—¿No nos estaremos volviendo locos? —dijo con temor.

Yo estallé en carcajadas. Era una risa amarga pero a la vez estaba impregnada de felicidad. Tenía la impresión de que había iniciado con él un viaje al país de irás y no volverás, pero esa sospecha, que ya casi era certeza, me provocaba una euforia desconocida.

—No me gusta que te rías así —murmuró—, te lo he dicho mil veces.

En ese momento sentí que el veneno de siempre empezaba a hacerle efecto. Veía en sus ojos que deseaba continuar aquel calvario, quizá sospechando que acabaría, como otras veces, de forma gloriosa. Entonces susurré:

—Vas a perdonarme, pero acabo de ver a un muchacho que me mira como si quisiera comerme y me voy a ir con él un rato. ¿Me esperarás aquí con tu biberón?

—No serás capaz.

La noche es azul y gris tras el ventanal que da a un barranco. Floto en ella como un alma abierta a todas las sorpresas que pueda depararme.

Me siento por encima de mí misma. De pronto no existe el miedo y puedo elegir. Con razón decía Valéry que ser Dios es demasiado fácil. Y añadido yo: ser una diosa también.

—Señor, Señor, Señor —susurro mirándole con amor filial—, en qué condiciones

te veo. Pareces un rey vestido con harapos y olisqueado por los perros, pero no temas, te daré lo tuyo y te juro que antes de que llegue el alba te abriré la puerta del amor negro. Señor, Señor, Señor, ¿es que nuestra caída no va a finalizar nunca?

Una hora después

Sentía que mi cuerpo gozaba de una libertad sin límites...

Mi cuerpo me gobernaba como nunca me había gobernado hasta entonces, mi propio cuerpo, su sustancia vital y sexual, me gobernaba, y yo sentía su gobierno como una elevación y como una danza.

El chico no salía de su asombro, como si creyera que estaba sorbiendo toda su sustancia vital, poseído por una excitación que lo dominaba, que lo excedía acaso por primera vez.

No me permití más de dos estremecimientos; tenía que regresar con papá y así se lo hice saber al muchacho, que no quería comprender y que exigía que me quedase toda la noche con él. Le di un empujón, pero no cesó en su empeño y me fue siguiendo como un desesperado hasta el rincón donde mi progenitor bebía la ginebra mal destilada de la angustia.

—No sigamos con esto, Alize. Tenemos que recuperar el control antes de llegar a Madrid. Debes calmarte, hazlo por mí y por ti. Empiezo a pensar que todo ha sido un error, Alize, un error monstruoso. Dios mío...

Me acerqué mucho a él y le dije al oído:

—Ah, si te atrevieras a vivir en el corazón mismo de la emoción... ¿No te gustaría que esta noche no acabase nunca?

—No, no —gritó.

—Una noche eterna, sin límites en el espacio, sin límites en el tiempo, los dos viajando por una oscuridad cada vez más envolvente.

Me miró con espanto, y fue entonces cuando lo noté brutalmente envejecido y acobardado, en medio de aquella muchachada alegre y asesina. Pobre insensato, pensé. Le dejé soñar que de pronto, a los cincuenta y cuatro años, podía regresar a la más intensa juventud de la mano de una ninfa que llevaba su misma sangre. Y en su juventud le gustaban los placeres fuertes. Yo lo sé, me lo ha dicho más de un sujeto que vivió con él noches sorprendentes.

Lo miré de nuevo y me pregunté si estaría viendo la verdad.

¿La verdad?

No dejaré que la vea hasta que no sienta muy próximo el final, me dije a mí misma.

El muchacho con el que había estado en los servicios, y que seguía a mi lado, preguntó:

—¿Y éste quién es?

—Mi padre —contesté.

El muchacho nos miró a los dos lleno de estupor y se alejó de nosotros murmurando que el mundo se había vuelto loco.

Volví a acercarme mucho mi boca a él y recité con voz grandilocuente:

—Quiero ser para ti *like a poem in the dark escaped back to Oblivion*.

No me entendió y lo preferí. Ya sólo sé decir lo que no se puede decir, ya sólo sé repetir lo que no se debe repetir. ¡Ah, cómo nos gusta regresar al infierno, es nuestro verdadero reino! Por eso cuando pienso que hace unos días creí haber encontrado el ser de mi vida además del paraíso en forma de mujer me entran ganas de reír. ¡Qué ingenua puede resultar la desesperación! El ser de mi vida era en realidad una cómplice de mi madre y en lugar de llamarse Gertrude, como me había dicho, se llamaba Ágata y era detective privado. No voy a escarmentar nunca. ¿Por qué no acepto, de una maldita vez y para siempre, que la ternura es un espejismo? Recuerdo la noche en que descubrí el Sirène Noire con un chino al que había conocido en el bar del Ritz y que me propuso ir al Sirène para poder jugar al placer y al dolor con la ayuda de una de las chicas.

Fue como encontrar mi hogar, aunque resulte cínico decirlo. Ya nos íbamos a ir del Sirène cuando, aprovechando la circunstancia de que el chino no sabía hablar francés, estuve haciendo tratos con Regina. Trabajaría en su establecimiento, pero con dos condiciones: ni ella ni nadie sabría mi verdadero nombre, y actuaría siempre enmascarada. Para ella y para todos los demás sería simplemente Azabach.

—Has tomado la decisión más correcta —me dijo Regina, entusiasmada con mi incorporación—. Tienes la fiebre negra y estás hecha de materia muy dura y muy deseable. Eres más que fuego, Azabach, y los corazones oscuros te van a adorar.

Al día siguiente, mientras preparábamos mi disfraz, Regina me contó que ella se había iniciado junto al doctor Max Cosyns, que había dirigido una clínica de alta disciplina para millonarios en Pau, y también me dijo que el doctor Cosyns le había asegurado que en lo referente a los suplicios era peor la tortura psicológica que la física, y mucho más desquiciante. Luego añadió:

—Y tú tienes cara de haberte dedicado a la tortura psicológica con más de un infeliz. ¿Por qué? Por una razón bien simple: te daba vergüenza coger un látigo. No te desahogabas de verdad y hacías locuras mucho peores que las que querías evitar. No te pido que cambies de moral, amiga, sólo te pido que cambies de estrategia. Mejorará tu salud mental.

Le di la razón. Gracias a Regina y a su local, fui evolucionando desde la tortura psicológica que ejercía con algunos de mis pacientes hasta la tortura física que con tanta diligencia he ido regalando a mis desconocidos clientes. Pero ¿y si todo eso estuviera a punto de acabar y ya estuviese viendo, al fondo de la noche, una salida a mi mal?

Llevábamos más de una hora volando por la carretera cuando empezó a aminorar la velocidad hasta detenerse en la cuneta.

—Basta ya, Alize. No quieres comprender que estamos rozando el límite —dijo.

—Juraría que más que rozarlo lo hemos atravesado, como Alicia el espejo. Pero tú ya no sufrías con nada, me temo. El hombre de los ojos grises y el alma de hielo... Necesitabas esta inmersión en la noche, ¿verdad que sí? Humillarte hasta más allá de lo posible. Luego uno siente el poder de otra manera. Mira a sus empleados con más sabiduría y con más maldad. ¿No es cierto?

Volvió a arrancar. Aceleraba sin darse cuenta, devorábamos kilómetros a la velocidad de la luz, íbamos taladrando la noche, por una carretera que parecía hallarse en otra dimensión.

Los dos sabíamos que nos estábamos jugando la vida y a la vez teníamos la certeza de que nuestra pesadilla común nos hacía invulnerables.

Nuestra pesadilla era nuestro refugio, nuestro miserable refugio.

—No puedo más —dijo.

Le golpeé en el brazo, lo espoleé como a un caballo y le obligué a seguir por aquella carretera de ninguna parte que nos llevaba a ninguna parte.

Al amanecer nos detuvimos a las afueras de Hendaya, frente a un hotel adosado a una gasolinera donde nos dieron una habitación en el último piso.

Sabía que iba a ser la última vez y me restregué contra él de la manera más evidente, exigiéndole sexo, exigiéndole infierno una vez más. Invasada por la euforia, creí que estaba finalmente por encima de mi suplicio y arrojándome a la cama grité:

—¡Tómame!

V
Noblesse oblige

1

Conseguí tenerlos a mi alcance hasta Orleans, pero allí los perdí de vista y no volví a localizarlos hasta Hendaya, donde los volví a perder.

Llegué a Madrid extenuada, me hospedé en un hotel modesto de la plaza del Ángel y dormí unas horas. A las tres de la tarde comí en el café Central y me dirigí a Parquelagos.

Permanecí todo el día esperando tras una arboleda. Llegó la noche y, viendo que no llegaban, me dormí en el coche. Me desperté a las ocho de la mañana, desayuné en el bar de la gasolinera que se hallaba al otro lado de la laguna y regresé a mi refugio. Eran ya las diez y media y empezaba a desesperarme de verdad cuando vi acercarse el Jaguar rojo por la carretera que circundaba el lago.

El coche enfiló la pasarela a una velocidad inadecuada. De pronto Alize se arrojó al volante, al principio pensé que para controlar el vehículo, pero luego sospeché que lo había hecho para estrellarlo contra la valla metálica de la pasarela, que cedió con facilidad. El Jaguar se precipitó al agua. Alize salió despedida y cayó a unos metros del automóvil en el que Adriano permanecía preso.

Confieso que durante unos instantes no supe qué hacer. Alize salió del agua y se tendió en la hierba de la orilla, como si quisiera descansar de los sobresaltos de la vida mientras su padre gritaba. En el lugar donde había caído el Jaguar la profundidad no era de más de metro y medio, pero Adriano se había quedado enganchado al cinturón de seguridad y apenas si podía sacar la cabeza del agua. Parecía estar ahogándose.

Partida más que nunca en dos, conseguí superar mi antagonía arrojándome a la laguna. Ahí empezó uno de los peores momentos de mi vida. Adriano se agarró a mí con desesperación y empecé a sentir que me estrangulaba. Pero de pronto hice una extraña torsión y su cinturón de seguridad se desabrochó, dejándolo libre. En el límite de mis fuerzas, vi que Adriano alcanzaba la orilla y caía desvanecido sobre la hierba.

Me acerqué a él y noté que respiraba. Entonces me atreví a elevar la mirada y descubrí a Alize sentada a la orilla y mirándome con odio y con rabia. Fue tan sólo un instante, porque acto seguido se desmayó, como si saber que Adriano estaba vivo la hubiese dejado sin columna vertebral.

Me disponía a atenderla cuando vi que Silvio se aproximaba desde el otro lado de la pasarela. Advertí que no me había descubierto y me oculté tras la arboleda que separaba la casa de la laguna. Silvio se acercó corriendo a Alize, la palpó con desesperación, emitió una especie de gruñido y telefoneó a alguien con su móvil.

Sabiendo que si la policía me veía en el lugar de los hechos me sometería a más de un interrogatorio, corrí entre los árboles hasta mi coche y en él permanecí, mojada y temblorosa, viendo cómo llegaban una ambulancia y un coche policial y aparcaban en la pasarela.

Varios transeúntes se acercaron a ellos y empezaron a formar un corro que me

impedía apreciar lo que estaba ocurriendo. Arrastrada por la curiosidad, me quité la ropa mojada dentro del coche y me cubrí con una gabardina de verano muy corta que permanecía desde hacía meses en los asientos traseros. Cubierta por esa única prenda y los zapatos salí del automóvil y me uní al corro de curiosos. Iba tan ligera de ropa que parecía una prostituta de carretera, y así fue como me miró uno de los policías.

Dos enfermeros se acercaron a Adriano y lo tendieron en una camilla. Uno de ellos examinó su pierna izquierda y dijo que la tenía rota mientras otro atendía a Alize, que parecía fuera de sí y entre extraños gemidos murmuraba:

—Me ha violado. Necesito que me examinen. Me ha...

Con estupor, comprobé que Alize hablaba ahora como una niña y que en realidad estaba denunciando la violación de la que había sido víctima más de quince años atrás.

Enseguida los metieron a los dos en la ambulancia y se dirigieron al hospital de El Escorial custodiados por la policía.

No mucho después apareció un coche grúa y otro vehículo más y comenzaron a sacar el Jaguar de la laguna, operación que atrajo la atención de un nuevo grupo de curiosos. Todos hablaban con autoridad del accidente, si bien ninguno lo había visto. Harta de sus comentarios, cada vez más delirantes, me alejé de ellos y estuve paseando a orillas del agua. Fue entonces cuando encontré la pequeña grabadora de Alize entre los guijarros más próximos a la laguna. Debía de llevarla con ella, seguramente en la delantera del descapotable, y, al igual que ella, había saltado por los aires. Intenté ponerla en funcionamiento pero se había estropeado. Entonces introduje la cinta en el magnetófono de mi coche y la estuve escuchando.

Durante toda la grabación Alize resultaba profunda y trágica, y se percibía que estaba borracha, pero no temblaba su voz mientras iba describiendo los momentos más turbios del viaje que había hecho con su padre desde Saint-Cloud a Parquelagos.

Acababa de escuchar la cinta y todavía su monólogo resonaba en mi cabeza cuando me dirigí a Galapagar, donde compré ropa interior, un pantalón y un jersey y, ya más presentable, enfilé la carretera de San Lorenzo de El Escorial dispuesta a hablar una vez más con la señora Valmorant.

Lucía me recibió con un vestido azul y una copa en la mano.

—¿Usted? —exclamó—. No esperaba que fuera a venir a visitarme. ¿Desea algo de mí?

La miré con asombro y pregunté:

—¿Aún no sabe nada del incidente de Parquelagos?

—No —respondió llena de estupor.

Me senté en la butaca que Lucía me indicaba y le conté que Alize y su padre habían tenido un accidente en la pasarela de Parquelagos y que Adriano había estado a punto de ahogarse. Ahora debía de hallarse en el hospital de El Escorial.

—Pero ¡no es posible! —gritó llena de contrariedad más que de dolor—. No es posible. ¿Y cómo se ha enterado usted?

Evité contestar con exactitud a su pregunta, me encogí de hombros y respondí:

—Todo el mundo lo sabe. Yo he oído la noticia por la radio mientras desayunaba en el hotel.

Lucía agradeció nuevamente mis pesquisas y se dispuso a salir. Entonces me di cuenta de que estaba obligada a darle una información más y le dije:

—Aguarde un instante, por favor, y contésteme a una pregunta: ¿se escandalizaría usted si le asegurara que su exmarido ha pensado matarla?

Lucía inició una sonrisa que no llegó a configurarse y alzó repentinamente la cabeza hacia atrás, como una yegua encrespada, antes de contestar:

—No.

—En ese caso sólo me queda decirle que a buen entendedor pocas palabras. Ah, y tenga cuidado también con Alize, la veo fuera de control.

—Gracias, buena amiga. Es usted de una amabilidad muy difícil de encontrar en estos días —exclamó ella estrechando mis manos cuando ya nos estábamos despidiendo en la puerta inferior del jardín.

Alcancé la calle de los Tilos y dejé atrás su casa con cierta inquietud, como si creyera que Lucía ocultaba un as bajo la manga. Por eso no me fui de las inmediaciones de su casa y permanecí en el coche más de media hora, hasta que la vi salir, introducirse en el Mercedes y arrancar. Entonces la seguí y no tardé en comprobar que se dirigía al hospital.

Lucía aparcó junto a la parada del autobús y yo lo hice bajo un pino del bosquecillo más próximo a la carretera. Permanecí un rato indecisa, no sabiendo muy bien qué hacer, hasta que salí del coche y entré en el hospital. Acababa de llegar a la cafetería cuando se oyó una detonación, luego otra y finalmente una tercera. Al parecer procedían del primer piso y el personal de la clínica subió corriendo. Los seguí. Enseguida se formó un cordón humano en torno a una de las habitaciones, y me prohibieron el paso. Al parecer alguien había disparado tres tiros, pero aún nadie sabía quién lo había hecho y contra quién.

Pasé cuatro horas en la sala de espera aguardando noticias y preguntándome quién podía ser la víctima, si la había, y todo indicaba que sí. Pensé que la agredida podía ser Lucía. Quizás Adriano la había fulminado en un momento de descontrol y locura, o quizás Alize. Pero ¿y si se trataba de un suicidio? A veces pasaban ante mí médicos y enfermeras que hablaban de Alize con sorpresa.

—Ha vuelto —decía un médico—, pero con la cara morada y ojos de loca.

—¡No es posible! —decía la doctora con la que había hablado la vez anterior y que no me vio.

Todo eran conjeturas, pero lo que acababa de oír indicaba que Alize seguía viva y que probablemente no había sido la autora de los disparos. Ya me hallaba camino del hotel cuando, hacia las siete de la tarde, empecé a escuchar en la radio del coche la

noticia de que Lucía Valmorant había asesinado a su exmarido en el hospital de El Escorial, donde, según el comentarista, permanecía ingresada también su hija, víctima de una crisis nerviosa que la poseía desde el accidente que seis horas antes había tenido con el finado en la laguna de Parquelagos. Ese mismo día decidí regresar a París con la sensación de que me perseguía el fuego. El viaje me resultó largo y desquiciante, y llegué a mi casa con el cuerpo lleno de fatiga y la mente en llamas.

2

Dos meses pasé flotando entre la nostalgia del infierno y el anhelo del paraíso. Azabach seguía presente en mi cabeza y continuaba reinando en ella con su mirada negra y la soberanía ácida que exhibía en la intimidad. Sentía que ahora me hallaba en varios sitios a la vez, como las partículas de algunos átomos. Y también estaba en varios sitios Azabach y todo lo que había vivido con ella. Quizá era el efecto de los ansiolíticos y el alcohol, o quizá no. Mi apartamento de la rue Cassini parecía una caja china llena de imágenes que cristalizaban de pronto y que de pronto desaparecían. Estaba perdiéndome... Pero no iba a claudicar ante la tristeza, y tampoco me iba a volver loca... Saldré de este túnel, me repetía una y otra vez.

Para redondear mi suplicio y darle una forma sonora a mi dolor, ya que no me salían las lágrimas, escuchaba una y otra vez la *Kreutzer* y sólo me apetecía leer libros y relatos que tuviesen algo que ver con la *novena sonata*. De esa forma supe que en su narración titulada *La sonata Kreutzer*, Tolstoi le había atribuido a la pieza de Beethoven un poder diabólico, en el más estricto sentido, y la creía concebida para dejar el alma y el cuerpo llenos de una excitación sin objeto, que sería el estado idóneo para entregarse a las pasiones más envolventes y despreciables, y más vinculadas a la oscuridad. Claro que no todos pensaban lo mismo: Jorge Arial, un personaje de Clarín que en algunos momentos rozaba lo sublime, creía que la *Kreutzer* podía volverte loco, pero no por su capacidad para incitar al mal; muy al contrario, la *novena sonata* podía trastornarte por su serenidad, su gracia, su profundidad, su inocencia, su sencillez y su nobleza, y por ser además reveladora de las afinidades armónicas de las cosas a través de un lenguaje de vibraciones íntimas, sabio y a la vez sentimental, y de una intensidad parecida a la que pudo haber experimentado Moisés al escuchar el crepitar de la zarza ardiendo.

Llevaba más de una semana escuchando obsesivamente la *Kreutzer* cuando empecé a pensar y a sentir lo mismo que el novelista ruso y el personaje de Clarín, y me parecía una experiencia de naturaleza escalofriante dejarse llevar por aquella precipitación del violín y el piano, su diálogo a veces sensual y a veces trágico, que llegaba al mismo tiempo al cerebro, al corazón y a la piel, e inundaba todo mi ser de su vértigo modulado, de su gozo a profusión y de su angustia profunda, de su alegría de corazón y de su alusión a la noche oscura del deseo.

Escuché tanto la *Kreutzer* que acabé enfermando y pasé varios días sin moverme de la cama, resistiendo la tentación de volver a escuchar la sonata, hasta que superé la adicción. Pero el hecho de no escuchar ya la *Kreutzer* no amortiguaba el dolor de corazón. Llegué a sentir síndrome de Estocolmo y agradecía a Alize que me hubiese dejado con vida, limitándose a torturarme y a dejarme el alma llena de terror.

Ese penoso período de mi vida empezó a cambiar cuando de forma inesperada, una noche, llegó la iluminación y comenzó a dibujarse en mi mente, con una claridad aplastante, la idea de que Lucía y Alize habían urdido un plan en el que me habían

incluido como una actriz secundaria pero fundamental para el desarrollo de la función. Esa misma noche telefoneé a Lucía y le dije que poseía una nueva información que podía ser de su interés. La señora Valmorant mordió el anzuelo y me citó dos días más tarde en la cárcel de Alcalá, en la que había ingresado tras asesinar a Adriano Urbach.

Ver o no ver, pensé, he ahí un dilema más definitivo que el de Hamlet: ver o no ver la tela emponzoñada tejida en Dinamarca, ver o no ver la tela tejida a mi alrededor... Pero si no la había visto antes era debido a que mi mirada no estaba todavía preparada para abordar hechos que se habían urdido a mis espaldas y que sólo podían adivinarse gracias a la perspectiva que confiere la distancia.

Al día siguiente me fui a Madrid en tren, volví a hospedarme en el hotel de la plaza del Ángel, al que llegué a las nueve de la noche, y hacia las diez me dirigí en autobús a Parquelagos guiada por una corazonada. Entré en el jardín de la casa de Alize por el flanco de la laguna, avancé sigilosamente entre los árboles, penetré en la casa por la misma claraboya que la otra vez, subí hasta la habitación, deposité sobre la cama un sobre marrón que contenía las fotocopias del diario de Alize y la cinta magnetofónica, dejé encendida la luz del cuarto, regresé a la calle, y me senté a esperar tras un árbol que crecía al borde del lago. La ventana iluminada hizo de imán irresistible para la polilla que yo buscaba, y una hora después vi a Silvio merodeando la casa y mirando hacia la luz de su oscuridad: la ventana del dormitorio de Alize.

No tardó en allanar la casa para salir media hora después tremendamente excitado con el sobre marrón en la mano. A medianoche telefoneé a Silvio desde el hotel. Me dijo que mi llamada le parecía un hecho del destino, casi un milagro, y que acababa de encontrar en la casa de Alize algo muy importante.

—Se trata de dos testimonios fundamentales —comentó—. Los debió de dejar en su casa de Parquelagos por la tarde, pero cometió el error de olvidarse de apagar la luz, y no pude evitar la tentación de entrar. Ay, amiga, son documentos de altísimo interés, al menos para mí. ¿Los quiere ver?

Le contesté que de ningún modo y que sólo quería saber cómo se encontraba. Me dijo que se hallaba en el cielo y matizó:

—En el cielo de la verdad. ¿Usted la denunciaría?

—Por supuesto —dije antes de colgar.

Al día siguiente me levanté con el ánimo muy alto, desayuné en el hotel y hacia las nueve cogí en Atocha un tren hasta Alcalá de Henares. La ciudad me recibió envuelta en una niebla densa que convertía todos sus edificios en construcciones fantasmales. Estuve paseando un rato por la plaza de la Universidad y las calles colindantes, compré puros habanos en un estanco de la calle de los Colegios y luego me tomé un vino blanco en un café de la plaza mientras pensaba en todo lo que quería decirle a Lucía.

A mediodía me dirigí en taxi a la cárcel, a donde llegué veinte minutos después. Lucía me estaba esperando en una sala tras los locutorios, desde la que fuimos paseando hasta el patio rodeadas de reclusas de todas las razas.

Le pregunté cómo estaba y ella me contestó:

—Mejor de lo que esperaba, pero supongo que mi persona no va a ser el objeto de nuestra conversación.

—En eso se equivoca. He venido a hablar de usted, aunque también de su hija.

—¿Y qué quiere decir de mí?

—Que me engañó desde el principio y que desde el principio me incluyó en su plan.

—¿Qué plan?

—El que diseñó con Alize para acabar con Adriano Urbach.

Lucía tembló apenas, pero lo suficiente para indicarme que estábamos tocando realidad.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

—Como llego siempre: de repente, pero tras haber dejado que las ideas maduren en la cabeza y empiecen a combinarse de forma paradójica. Usted me contrató porque quería localizar a su hija. ¿Para qué? Para comunicarle su asombroso proyecto. Por diferentes razones, usted quería matar a su exmarido, y ya tenía pensado cómo hacerlo. Una vez supo dónde se encontraba Alize, fue a visitarla y llegaron a un acuerdo que podría formularse más o menos así: Alize arrastraría a Adriano a Madrid, lo seduciría abiertamente y le obligaría a cambiar el testamento. Entonces usted acabaría con él. ¿Cómo? No lo sé, aunque seguro que pensaba hacerlo de forma más discreta de como lo hizo. Pero ocurrió que Alize se precipitó, porque deseaba matarlo ella, pasara lo que pasase. Alize debió de adelantar dos o tres días la fecha del viaje e hizo todo lo posible para que se ahogara en la laguna de Parquelagos. No lo consiguió, y entonces usted decidió fulminarlo en el hospital, asumiendo todas las consecuencias. Ésa es la historia que le quería contar, señora Valmorant.

Nos hallábamos en una esquina del patio, sentadas en un banco de madera y a la sombra de una acacia mientras fumábamos los dos puros que había comprado esa mañana en Alcalá. Lucía me había escuchado con suma atención y ahora estaba como ausente, rumiando lo que acababa de oír. Respiró hondo, dio una calada a su Cohíba y murmuró:

—Ya sabía yo que usted buscaba demasiado el fondo de las cosas, actitud que la honra, pero creo que me atribuye más maldad de la debida. Yo no la incluí desde el principio en mi plan. Cuando la contraté, sólo quería saber el paradero de Alize. Una vez lo supe fui a visitarla, y en París me llevé la más venenosa de las sorpresas al enterarme de la naturaleza exacta del establecimiento en el que trabajaba. Usted se limitó a decirme que se prostituía, pero rehusó decir cómo.

—Pensaba contárselo más tarde.

—De acuerdo, olvidemos ese asunto. ¿Puedo seguir?

—Desde luego.

—También me enteré en París, porque me lo confesó la misma Alize, de que Adriano la había localizado y había vuelto a entrar en contacto con ella haciéndose pasar por otro, oh, Dios, por un hombre sin rostro. Alize y yo vivimos una noche de locura en su cuarto del Lacroix, hablando de nuestras muertes y nuestras vidas, y por la mañana urdimos un plan que acabamos de concretar en el bar del hotel, no muy diferente al que usted ha referido y por lo cual la felicito, como también la felicito por haber adivinado que Alize adelantó el plan guiada por algo que, aunque resulte solemne, sólo se puede llamar sed de venganza, verdadera sed. Alize no ignoraba que su padre no sabía nadar y pensó que la laguna era el lugar más propicio para acabar con él. Pero ya ve lo que es el destino, Alize no lo consiguió y tuve que hacerlo yo.

—Parece usted feliz.

—En cierto modo lo soy. Cuando se consuma una acción que tenía que haberse consumado diez años atrás se siente un descanso en el alma que no se puede explicar. Le confesaré una cosa: yo vi con mis propios ojos cómo Adriano abusaba de Alize cuando aún era una niña, pero me callé. Me lo exigía a mí misma. Pensaba que el muy canalla había imitado en algo a la aristocracia.

—¿En qué?

—En el vicio del incesto, tan frecuente entre nosotros. Si yo le contara... Pero le aseguro que en aquel entonces, cuando ocurrió lo que le digo, yo tenía una idea de la vida muy equivocada y creía que la dignidad aristocrática residía en el secreto. Había que proteger a la familia de toda clase de habladurías infames. Pero ahora me he dado cuenta, por fin, de que la dignidad aristocrática reside en otro lugar. Querida amiga, *noblesse oblige*, pero ¿obliga a qué? ¿Quiere que le revele la clave de la verdadera nobleza?

—No sé si estoy preparada.

—No sea usted tan irónica con la pobre Lucía y permita que le diga que la clave de la verdadera aristocracia sólo se puede formular así: llegado un momento no ha de importarte mancharte de sangre, pues es la sangre derramada en el pasado lo único que legitima tu nobleza del presente. Mi padre lo expresaba así, y no en vano cuentan que colaboró para que mataran a su hermano mayor en la guerra civil porque se había hecho republicano. No me atrevería a decir que no es cierto. Entraba dentro de una tradición que se estaba perdiendo en nuestro país y que el conflicto del 36 avivó. La guerra fratricida, es decir, lo normal, la vida, y de guerras fratricidas nadie sabe más que la aristocracia. Con lo cual quiero decirle que mi padre sí siguió la línea de la sangre en el sentido más estricto. ¿Por qué iba a ser yo menos que él si soy sangre de su sangre? —preguntó, y sonrió complacida, como si se sintiese orgullosa de la forma en que había expresado su pensamiento.

Asentí con la cabeza y dije:

—De haber conocido mejor sus deseos y los de Alize no me habría apuntado a una partida de ajedrez bastante más tenebrosa que la que juega Alicia al otro lado del

espejo.

—No lamente nada, amiga mía, y mírelo todo con más sentido de la nobleza. Además, no pretendía mantener con usted conversaciones ideológicas. Sólo quería manifestarle una vez más mi agradecimiento.

—¿Agradecimiento por qué?

—Porque gracias a usted Adriano seguía vivo en el hospital y pude acribillarlo con entera comodidad.

—¿Quién le ha dicho que yo salvé a su exmarido?

—Alize.

—Siento comunicarle que no me consuela mucho su agradecimiento.

—Piense en lo mucho que mi exmarido hizo sufrir a Alize... ¿Sabe? Ha mejorado mucho...

—¿Su hija?

—Sí.

—¿Cuándo la ha visto por última vez?

—Hoy mismo. Y le aseguro que ya se le ha pasado el rencor.

—¿A qué rencor se refiere?

—Al que usted le provocó con su proceder. Le recuerdo que yo sólo la contraté para que localizara su paradero y, como mucho, para que averiguase qué clase de vida hacía, no para que la sometiera a acosos muy poco nobles por su parte, ni para que intentase acostarse con ella recurriendo a las tretas más viles... Ay, amiga, ay, amiga... Quiero creer que ha depuesto para siempre su actitud. Si es así, le recomiendo verla. Ahora vive en mi casa de San Lorenzo pero piensa irse cuanto antes a Nueva York, lejos de las habladurías y de todas las víboras que nos rodean. Alize ya ha comprado una casa en Manhattan con un hermoso jardín. ¿Lo sabía?

—No.

—Espero vivir lo suficiente para soportar lo que me queda de cárcel y poder reunirme con Alize en la Gran Manzana.

Lucía volvió a dar una calada a su puro, se incorporó y me fue guiando hasta la salida.

—Ha sido un placer tener tratos con usted —me dijo junto a la puerta tras la que se hallaba el vestíbulo—. Ah, qué mal repartidos están los dones al nacer. Usted tenía que haber pertenecido a la nobleza. ¿Dónde ha comprado su precioso traje *beige*? —añadió esbozando una sonrisa única en su género.

—Sus palabras me elevan —comenté con sarcasmo, para enseguida añadir—: Y ya que ha llegado el momento de los elogios y las bondades, no quiero perder la oportunidad de comunicarle que, según mi humilde opinión, usted, Adriano y Alize habrían hecho un buen papel en la mafia siciliana, en la calabresa y hasta en la mafia rusa.

Lucía movió la cabeza como si le hubiese sorprendido gratamente mi declaración y dijo:

—No le quepa la menor duda. Adiós, querida amiga, que sea usted muy feliz.

—Y usted —tuve que decir para que nuestra despedida se ajustase a las leyes de la simetría.

Salí de la cárcel con una idea fija en la cabeza: todo el discurso de Lucía sobre la nobleza tenía como único fin amedrentarme, y seguramente había pactado con su hija una estrategia tejida de amenazas oblicuas pero muy efectivas, encaminada a inspirarme el miedo suficiente como para que mantuviese la boca cerrada. Era como si Lucía me estuviese diciendo: como te vayas de la lengua te la cortaremos de verdad sin traicionar por eso las obligaciones de la aristocracia.

Tales eran mis pensamientos cuando un Jaguar frenó junto a mí. Alize, que iba en él, abrió la puerta delantera y dijo:

—¿Entras?

3

Entré y nos mirarnos a los ojos. Alize preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —contesté.

Seguimos mirándonos hasta que ella acercó sus labios para darme un beso. De forma tan imperiosa como involuntaria, me aparté. Alize se echó a reír.

—No temas —dijo—, no he untado mi boca con curare. ¿Sabes?, ya no puedo mirarte sin acordarme de Marcel Proust.

Sonreí a duras penas. Alize puso el coche en marcha y añadió:

—Supongo que ya sabes que no has pasado por mi vida como una sombra. Modificaste mi sexualidad ya cuando te acercaste a mí, pero sobre todo después, cuando pensaba en ti y en Marcel Proust.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a mí me ocurrió lo mismo?

—Sí —contestó, para enseguida añadir—: Y te agradezco la experiencia por una simple razón: ahora tengo menos límites que antes y voy a convertir mi vida en una verdadera aventura.

Alize iba ese día vestida de amazona y con botas de montar. ¿Habría entrado así en la cárcel?, me pregunté, pero enseguida vi en el asiento trasero una chaqueta de punto bastante larga con la que probablemente se había cubierto para visitar a su madre. Alize volvió a sonreír y dijo:

—¿Me permites que te invite a mi casa?

—Claro —contesté, devolviéndole la sonrisa.

Alize arrancó. Ya estábamos en la autopista cuando introdujo un disco en el reproductor CD del coche.

—¿Te gusta Beethoven?

Asentí y empezó a sonar la *Kreutzer*. Me bastó con volver a oír aquella maldita sonata para advertir que las cosas no habían cambiado tanto como prometía Lucía y que Alize se estaba preparando para la batalla. Fue como volver a los momentos más penosos de mi convalecencia, cuando el deseo que experimentaba hacia ella se mezclaba con la repulsión, y sentía de nuevo escalofríos al dejarme llevar por la rabia y la dulzura del violín, por la locura y el arrebató del piano, y con horror comprobaba que estaba regresando a una fase de mi dolor que creía haber superado. Era como volver al infierno y, a diferencia de Alize, yo no siempre tenía claro que me agradase ese regreso.

Al entrar en San Lorenzo, Alize me preguntó si había visto el monasterio por dentro. Casi con vergüenza le dije que no y se ofreció para enseñármelo.

Avanzábamos a lo largo de vastas galerías, largos corredores, rincones angostos que daban a ninguna parte, por una máquina de piedra paralizada en el tiempo.

Notábamos la tensión en cada trozo de granito y creíamos percibir el esfuerzo que había supuesto edificar la construcción que nos cobijaba, los pasillos interminables que desembocaban en otros pasillos, más allá del flanco abierto a los visitantes, más allá del mundo.

Corredores fríos y sombríos nos salían continuamente al paso, abriéndose a naves vacías como la última sala de la vida y la primera antesala de la muerte. En rincones que semejaban habitáculos del Purgatorio, Alize me descubría ventanas tapiadas, escaleras que daban a rellanos sin salida o que descendían hasta mazmorras ubicadas por debajo del gran estanque rectangular que dominaba el jardín italiano, y donde en otro tiempo se habían estrenado obras de Calderón con profusión de batallas navales.

Sentí una especie de fiebre que distorsionaba mi mirada y agrandaba las dimensiones del monasterio, y que se convirtió en angustia cuando descendimos al panteón de los reyes, de mármol negro. Allí el frío de la muerte era un frío real y Alize me preguntó.

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—Me ha hablado con mucho orgullo de la nobleza y del bautismo de sangre.

—¿En la cárcel te ha hablado de eso? Es una insensata. Mi madre pertenece a otra época y no sabe que ciertas teorías sólo funcionan en el silencio de la mente y que es inútil y peligroso exhibirlas ante cualquiera. En realidad son secretos de familia que hay que saber guardar, pero a mi madre le cuesta detener la lengua. ¿Y a ti?

Nuestras voces resonaban en el panteón con una potestad trágica y pensé que Alize estaba dotada de una gran sabiduría escénica, seguramente heredada de su familia, y que sabía elegir muy bien los escenarios para que sus palabras resultasen más contundentes e inolvidables.

—Antes de responder me gustaría saber qué persigues con esa pregunta.

—Persigo un pacto que tenemos que sellar cuanto antes y para siempre.

—¿De silencio? —me apresuré a decir.

Asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra, lo que suponía materializar aún más su afirmación.

—Dalo por hecho —respondí, consciente de mi mentira.

Alize me miró inquisidoramente y comentó:

—Por mi madre sé que no ignoras que yo era Azabach y sospecho que tampoco ignoras que intenté matar a mi padre. Antes eso no me importaba, pero ahora sí, y no quiero tener problemas. ¿Hablo claro?

—Tus palabras son de cristal.

—De cristal tallado como el mármol de este panteón, si tenemos que matizar. Como te vayas de la lengua y pases por alto la ley de oro de tu profesión te juro que acabaré con tu vida sin pensarlo dos veces y sin traicionar siquiera un poco a mi clase. Así que ya lo sabes. Mantén la boca sellada si te quieres un poco a ti misma.

—¿Es una amenaza?

Me miró simulando asombro y murmuró:

—Tu pregunta me abruma. Es una amenaza, por supuesto, pero también es una advertencia y un consejo. Tres mensajes en uno, y eso que ni soy poeta ni me dedico a la publicidad.

Tras un breve silencio, que tenía todo el aspecto de ser el umbral de alguna nueva revelación, Alize me besó y dijo:

—Perdona si he sido un poco brusca. ¿Nos vamos de aquí? Empiezo a sentir frío.

Al llegar a su casa encontramos en el jardín trasero, el que lindaba con las caballerizas y el bosque, a una muchacha de unos dieciocho años y a un hombre vestido de capataz enjaezando a dos caballos.

Alize ignoró soberanamente al hombre, pero no a la chica, a la que miró con simpatía antes de decirme:

—Te presento a mi prima Benona.

Nos besamos fríamente. Alize preguntó a la chica:

—¿Y tu hermana?

—Gemma ha preferido quedarse en Aranjuez.

—Peor para ella.

Benona parecía una chica afortunada. Ojos verdes, cuerpo de amazona... Una belleza cruel si se ignoraba el aire doliente de su mirada, y daba la impresión de que admiraba mucho a su prima.

—¿Sabes montar? —me preguntó Alize.

—Me defiendo —dije.

—¿Te gustaría que diésemos un paseo?

—¿Y por qué no?

—Súbete al blanco.

—¿Cómo se llama?

—Severo.

—¿Y la yegua?

—Como yo.

Las dos montamos casi a la vez, y del jardín pasamos a una hondonada fresca y frondosa a la que se accedía por una puerta de granito, y enfilamos el camino del bosque. A un lado y a otro de la senda se extendían dos declives poblados de encinas, robles, castaños y pinos, y era frecuente encontrarse con torrenteras que llenaban todo el paraje de rumores envolventes. Descendimos por uno de los declives, cruzándonos con tres rebecos que se perdieron entre la maleza, y continuamos hasta una fuente de piedra ya cerca de un pequeño pantano que parecía de la misma época que el monasterio. Allí los árboles eran hayas, majestuosas y corpulentas, y era un placer sentarse en el pretil de granito de la fuente sintiendo el frescor del aire y del agua.

Ya nos hallábamos las dos ante la fuente cuando Alize sacó de su bolso un termo de plata del que surgieron, como por arte de magia, dos vasos igualmente de plata.

—¿Te apetece?

—¿Qué me ofreces?

—Café de Jamaica con coñac gran reserva de la Tour d'Argent.

—Perfecto —dije acercando el vaso al termo que ella me tendía.

Acababa de dar el primer sorbo cuando Alize musitó:

—Aún me queda por decirte algo... Verás, cuando viajaba con mi padre hacia Madrid fui grabando mis pensamientos en una cinta, que junto a la grabadora desapareció en el accidente. ¿Sabes algo de ella?

—No.

—Entonces pensaré que se halla en el fondo del lago, sepultada en el fango para siempre.

Miré mi reloj y, con ánimo de ofenderla, murmuré:

—Tengo que dejarte.

Alize pasó de la risa a la severidad, cogió la tralla que reposaba junto a la fuente y me dio un latigazo de tal calibre que se me escapó un grito de horror. Mientras me frotaba los hombros, Alize empezó a gritar:

—¿No crees que te has equivocado de papel? No eres tú la que tiene que dejarme, en todo caso soy yo. ¿Me escuchas? ¡Pero esto es increíble! ¡Resulta que no eres digna de besar mis botas de montar y me sales con que tienes que dejarme! ¿Aquí sola y al cuidado de dos caballos? ¡Estás loca! —Escupió, y volvió a estrellar la tralla en mi espalda, con más violencia todavía, una y otra vez, como si siguiera en el Sirène Noire y se hallase ante el hombre sin rostro.

Fue entonces cuando supe que tenía que huir, que tenía que superar aquella vertiginosa tentación del dolor y el placer fundidos en una sola sustancia emocional, y arrojándome sobre ella conseguí inmovilizarla. Alize se calmó y se sentó en el pretil mientras farfullaba:

—Ya ves que no tengo remedio. Agradezco que te hayas resistido y entiendo que quieras marcharte.

Con rostro contrariado, sacó el teléfono móvil de su bolso e hizo una llamada a su prima, para que viniese a montar el caballo blanco. Después me volvió a mirar y dijo:

—Acabemos el café.

Acerqué el vaso al termo.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó con dulzura.

—Supongo que no —contesté, y noté que su mirada cambiaba bruscamente y que hacía esfuerzos por no coger la tralla.

No mucho después llegó corriendo Benona, con pantalón de amazona y una camiseta muy ajustada. Alize sonrió al verla y musitó con mucha suavidad:

—Puedes subirte al potro blanco, Benona. La detective Blanc no se fía de las bestias.

Las dos se miraron con complicidad y Alize se acercó a la fuente para coger su bolso. Cuando se dio la vuelta, yo ya había desaparecido tras las hayas y me

encaminaba a la explanada del monasterio por una carretera vecinal mientras escuchaba cada vez más lejos sus gritos. Había dejado de oírlos cuando, de pronto, me tentó la curiosidad, volví tras mis pasos y, oculta tras la maleza, miré hacia la fuente. Alize seguía vomitando improperios contra mí y Benona parecía preocupada.

—No te inquietes, por favor —dijo Alize acercándose a la chica—. Azabach sólo está enfadada con la detective Blanc, que carece de la más mínima nobleza. ¿Has traído los polvitos?

La muchacha asintió con la cabeza y la miró como si estuviera hipnotizada.

—Hoy que por fin no está Gemma, ¿me cazarás en el bosque? —preguntó Benona abriendo mucho sus ojos de almendra.

—Claro que sí, pequeña, y va a ser una cacería terrible —prometió Alize, y acarició a su prima con una ternura que me dejó profundamente desconcertada. Benona la miraba con igual dulzura mientras aguardaba su abrazo con los labios entreabiertos y temblando como un pájaro: momento en el que creí haber visto lo suficiente y abandoné definitivamente las inmediaciones de la fuente.

Empezaba a ver la cúpula y las torres del monasterio destacándose por encima de las arboledas cuando me dio por pensar una vez más en mi oficio y en mis relaciones con los ricos. Aun lamentando mucho mis errores —y con Alize había cometido algunos—, me identificaba tanto con mi profesión y me estaban resultando tan provechosas mis exploraciones de las clases altas que a menudo tenía la impresión de que mis ojos habían sido hechos para ver a esos hombres y mujeres en acción, desplegando su danza de la avaricia, la locura, la ansiedad y la muerte, ajenos al mundo y a la vez dirigiéndolo férreamente desde la oscuridad misma que palpita en el corazón del dinero. Aunque más que la acumulación de beneficios, lo que les distinguía de verdad era su capacidad, seguramente adquirida en la infancia, para sobrevolar las propias infamias hasta convertirlas en abstracciones fáciles de sobrellevar, circunstancia que evidenciaba, entre otras cosas, una profunda dureza de corazón y un poder fundamental, y experimentado, para digerir la oscuridad y evitar la enfermedad de la culpa. Por diferentes razones, sólo ellos podían considerarse expertos en materia oscura, y en los últimos tiempos tendían a demostrármelo a cada paso, aumentando mi ciencia acerca del ser humano y acentuando, sin que pudiera evitarlo, mi otro lado, mi *sitra ahara*. Nadie cruza impunemente ninguno de los laberintos del deseo. Cruzas uno y, al salir, empiezas a notar que eres otra persona y que ya no son como antes ni tu lado invisible ni el que se puede ver. ¿Quizá en eso consiste la aventura de vivir?

Llegué a mi cuarto de hotel, me arrojé a la cama y estiré los brazos.

—¡Asunto concluido! ¡Creo que estoy a punto de regresar a mí misma! — exclamé. Pero sabía que no era verdad, que seguía perdida al otro lado de un espejo negro y vaporoso donde, para colmo, siempre había estado sola, sola ante Alize, más pragmática que yo y con más sentido de la realidad a pesar de vivir entregada a sus fantasías, unas fantasías que prometían durar y que tenían la posibilidad de desarrollarse cada vez más.

Al día siguiente regresé a París, y varios días después supe que Silvio no la había denunciado y se había limitado a recibir una interesante suma de dinero de manos del abogado de la familia Valmorant a cambio de los documentos que tenía en su poder. A finales de año Alize huyó a Nueva York. Ahora vive en una casa que, según dicen los que la han visto, le habría gustado mucho a Henry James, y es famosa en la Gran Manzana por sus excesos en las fiestas y por su desconcertante habilidad para alternar el despilfarro con sustanciosas ganancias en el mundo de las finanzas, donde la consideran una especie de dama de hierro.

Pero me he adelantado en el tiempo. Algunos meses antes de que Alize partiera para Nueva York yo me hallaba en París con Jack, que se encontraba de viaje de negocios y se estaba hospedando en el hotel Sullivan, muy cerca del río. Una noche, acabábamos de asistir a una representación de *Teseo* a cargo de una compañía rusa cuando, al salir de la ópera, miré a mi alrededor y noté que seguía padeciendo una dolorosa sensación de irrealidad. Ni siquiera Jack me parecía real, y recuerdo que nos fuimos al hotel y nos sorprendimos el uno ante el otro, a la luz de una luna tan llena como cáustica, como si fuésemos dos desconocidos. En realidad lo éramos.

Desde la ventana miramos el Sena y vimos pasar una *peniche*. Luego Jack se pegó a mí, me obligó a mirarme en el espejo del armario y susurró muy cerca de mi oreja:

—Imagina que te hallas presa al otro lado del espejo y que tienes que volver — susurró.

Temblé ligeramente.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es verdad. Mírame.

Lo miré.

—Ahora yo soy tu espejo. ¿Te atreverías a atravesarme?

—¿Y qué voy a ver al otro lado?

—Quizá me encuentres a mí. Te sentirás menos sola.

Le miré primero con escepticismo y luego con piedad, notando que se me habían pegado algunos gestos de Alize. Jack acarició mis cabellos y susurró:

—¿Algún día me contarás todo lo que te ocurrió el año pasado en Madrid? ¿O fue en París?

—En los dos sitios —respondí—. Sí, algún día te lo contaré.

Volvimos a besarnos como si quisiéramos llegar enseguida a ese punto sin dimensión donde confluían nuestras dos soledades y estallaban en el vacío de la noche. Una nueva barcaza con dos luces atravesó el río iluminando fugazmente nuestros cuerpos a punto de caer sobre la cama, que ahora se presentaba como la comarca más propicia para el amor.

Y al amor nos entregamos hasta que empezó a clarear y decidimos salir a dar un paseo. El alba nos sorprendió sentados junto al Sena, viendo cómo el sol llenaba el río de reverberaciones rojizas.

Jack me miró a los ojos y dijo:

—¿Por qué no me hablas de esa experiencia que hasta hace unos días no te dejaba ni vivir ni amar?

Sonreí como pude, acaricié sus cabellos, y tras hacer un preámbulo de carácter justificatorio, me puse a contarle mi historia con Azabach.

Una hora después, el rostro y la actitud de Jack se habían modificado completamente. Con toda evidencia, estaba viendo en mí a una persona que le horrorizaba y empezó a acusarme de farsante por haberle ocultado mi profesión, y de depravada por haberme entregado con Alize a placeres tan dudosos. Luego se echó las manos a la cabeza y gimió con una amargura extraña, que parecía emanar por igual de su cerebro y de su corazón. Ahora lamentaba haber roto con una tal Rebeca, una americana «dulce y comprensiva», según balbucía, con la que se había comportado como un miserable, devolviéndole mal por bien.

—Lo siento, Ágata, lo siento. Pero lo que me has contado me indica que no debo seguir contigo de ninguna manera y bajo ningún concepto. No eres la que yo buscaba y la que necesito. Tengo que volver con Rebeca —dijo, y se encaminó al hotel como un sonámbulo y sin darme siquiera un beso de despedida.

Me quedé sola ante el Sena, hundida en la desolación, y por un instante se me pasó por la cabeza la posibilidad de tirarme al río y desaparecer bajo sus aguas plomizas.

Desde allí me fui al Jardín de Luxemburgo y pasé casi todo el día tumbada en la hierba junto a la fontana de Médicis, entregada a mi dolor y mis pesadillas, y por la noche regresé a casa.

Una semana después todavía seguía pensando en la actitud de Jack, que no había vuelto a dar señales de vida, y me decía a mí misma que las personas normales eran bastante aburridas y que más valía un poco de vértigo y un poco de locura.

En esa situación me hallaba cuando sonó el timbre de mi casa y acudí al vestíbulo. Acababa de abrir la puerta cuando sentí que todo mi ser se convulsionaba y

hasta me costaba respirar.

—¿Qué haces aquí?

Alize me miró con sus ojos brillantes y negros.

—De momento sólo mirarte —contestó—. Llevo tres días en París, y es la segunda vez que paso por aquí. Ayer no te encontré, pero no me desanimé y he vuelto. *Je persévère*.

—*Moi aussi* —dije muy seria.

La observé con toda la precisión que pude y me pregunté si aún me seguía gustando. Su indumentaria demostraba que se había convertido en una mujer de negocios, de las que más que ir vestidas van amuebladas, y advertí que se había operado la nariz afilada y francesa que tanto me gustaba, y que sus pechos eran más prominentes que antes. Para mayor desgracia, tampoco veía en ella aquella aspiración lírica al mal que se percibía en su diario de Madrid, en todo caso intuía una aspiración lírica a la avaricia, pero el lirismo de la avaricia nunca me ha vuelto loca, muy al contrario, me hace entrar en razón y comprobar de qué está hecha la verdadera materia de nuestras vidas.

—¿No me invitas a pasar?

—Pasa —dije aturdida.

La conduje hasta el salón y le ofrecí té, que estuvo tomando en silencio. Cuanto más la observaba más tendía a pensar que Alize había acabado convirtiéndose en su padre y su madre juntos en una sola persona, y había en su actitud, en su mirada y en su forma de vestir algo parecido al cumplimiento de una fatalidad que me producía cierta melancolía. Parecía segura, pero me preguntaba si no se trataría únicamente de la fortaleza anímica que nos procuran un nutrido guardarropa y poderosas cuentas bancarias.

—He pensado mucho en ti, Ágata. No sé qué veneno me diste, no lo sé —creo recordar que dijo mientras yo seguía mirándola clínicamente.

—Más me envenenaste tú.

—Y lo siento de verdad. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Cómo consiguió Silvio mis diarios?

—La cinta la pudo encontrar en las inmediaciones del lugar del accidente aquella misma mañana... Y en lo referente al diario escrito, no lo sé. ¿Alguna vez lo dejaste entre tus cosas en aquella casa?

—Sí.

—Piensa que Silvio entraba en tu casa casi todas las noches. Lo averigüé antes de empezar a seguirte en París.

—¿No sabes cómo me alivian tus palabras! Llegué a pensar que habías sido tú la culpable de que esos documentos estuvieran en su poder.

—¿Tan pérfida me crees? Alize, no me conoces bien.

—Eso me temo, y por eso he venido, para conocerte un poco mejor. Ninguna

relación puede acabar así, Ágata, ya es una cuestión de honor —susurró, y empezó a acariciar mi nuca—. Seamos un poco más elegantes, por favor. Olvida mis infamias y olvidaré las tuyas. Querámonos un poco sólo por una noche.

Hablaba con una dulzura que partía el corazón y dejé que me besara en los labios y acariciase mi cintura. Estaba a punto de dejarme arrastrar por sus razonamientos y sus caricias cuando empecé a pensar que Alize no me había mentido y que había regresado a mí por una cuestión de honor: no quería que la narración erótica que habíamos establecido entre las dos acabase de forma tan poco afortunada para ella. No se trataba ni de un problema estético ni de un problema moral derivado del deseo de mejorar formalmente nuestra relación, se trataba más bien de un problema vinculado al orgullo de casta. Pensé en Silvio, que había preferido el dinero a la denuncia, y luego pensé en mí misma. De pronto comprendí que era ahora, mientras las dos parecíamos animales deseantes, cuando se estaba llevando a cabo la verdadera lucha por el poder: Alize pretendía que le diese la razón bajo las sábanas. Dicho con palabras que sirven por igual para las relaciones amorosas y para la guerra: Alize quería que me entregara y que en esa entrega se sellara definitivamente mi silencio, consumando así lo que no había acabado de consumarse en Madrid.

Fue entonces cuando ocupó mi mente una especie de fundido en negro, seguido de una angustiosa e implacable lucidez. Alize volvía a adoptar actitudes de niña, con las que me daba a entender que estaba realmente partida en dos y que mientras una de sus partes dirigía hacia las demás una mirada despiadada y vieja, la otra se negaba a crecer y vivía en el interior de un cuento infantil, en el que nunca faltaba alguna escena de terror sin la cual no solía llegar al clímax sexual. Pero esa fractura me indicaba claramente que tras las caricias infantiles podían venir los zarpazos.

—¿No me vas a dar un beso? —dijo de pronto.

—Sí, pero no aquí.

—¿Entonces dónde?

—En un rincón de la noche que te va a fascinar. A propósito, ¿dónde te hospedas?

—En el Ritz.

—Un buen lugar. ¿Nos vamos?

—De acuerdo —dijo ella sorprendida.

Ya nos hallábamos en la calle cuando le pregunté por su coche.

—No lo he traído —contestó.

—En ese caso cogeremos el mío —dije abriendo la puerta de mi utilitario.

Estaba a punto de arrancar cuando saqué un pañuelo de seda blanca que llevaba conmigo y le susurré al oído.

—Tengo que vendarte, Alize. O eso o no hay trato. Quiero ver cómo te entregas ciegamente a mí...

Alize consintió ser vendada y nos pusimos en camino mientras conectaba el equipo del coche para que empezase a sonar la *Kreutzer*. Tras los primeros compases, noté a Alize llena de inquietud, como si sintiese que le estaba robando el sonido de

fondo de sus melodramas sexuales y que era ahora yo, y no ella, la que se nutría de la energía que emanaba de la *novena sonata*.

Primero bordeé el río, luego torcí hacia la plaza de Vendôme y finalmente detuve el coche junto al Ritz, pensando que si de verdad Alize quería un final feliz para nuestra relación yo estaba a punto de servírselo en bandeja gracias a la dignidad del escenario: la plaza de Vendôme, «estuche de la magnificencia», como había dicho un poeta. Sin quitarle el pañuelo de los ojos, le susurré al oído:

—Querida amiga, te he traído a tu casa más que a la mía. Te deseo una noche de blanco satén y te invito a pensar en lo hermoso que es acabar una historia de amor frente al Ritz.

—¿Qué quieres decir? —murmuró mientras me alejaba de ella.

Alize se despojó del pañuelo y se quedó unos instantes paralizada ante la fachada del hotel. Luego se volvió hacia mí y empezó a insultarme mientras intentaba alcanzar mi coche. Murgifla, murgifla, pensé mientras me iba a toda velocidad de allí, y entérate de una vez de que también Ágata Blanc tiene su *noblesse*.

Dos meses después, me encontraba con Amadeo y con Ives en el bar del Ritz, en una mesa junto a una fotografía enmarcada del autor de *París era una fiesta*. Aún permanecía fresca en mi mente mi despedida de Alize, y me inquietaba la posibilidad de volver a encontrarme con ella.

Por aquellos días Amadeo estaba escribiendo un libro sobre el dinero en Francia y acababa de entrevistar en la terraza del hotel a un financiero que le había dado cierta información. Lo dejé revisando sus apuntes junto a Ives y me acerqué a la barra. Iba a pedir tres whiskys cuando me crucé con una cara conocida. Se trataba de la patrona del Sirène Noire, que se hallaba sentada en uno de los taburetes de la barra y se quedó enseguida prendida a mis ojos.

—¿La conozco?

No pude menos que sonreír.

—¿Usted que cree?

—Diría que sí, pero no mucho más.

—¿No me recuerda?

De pronto hizo un leve gesto de asombro.

—Si se dejase bigote la recordaría mejor —dijo mirándome con menos respeto.

—Seguro que sí. ¿Sabe algo de Alize?

—Algo sé. Al parecer ha perdido bastante dinero en los últimos tiempos, pero sigue como siempre. Ayer me telefoneó y me dijo que se estaba enamorando de un japonés. Ya sabe cómo es, no puede parar —Regina esbozó una sonrisa comprensiva, movió pacientemente la cabeza, me miró con más atención y añadió—: ¿De modo que es usted la detective que contrató Lucía Valmorant? ¿De modo que es usted aquel infeliz que tanto me cautivó? La felicito por el disfraz, y a la vez me permito decirle que sólo un ser fuera de lo normal, digámoslo así, puede llegar a encarnar cambios de personalidad tan inquietantes.

—Oh, gracias.

—¿Le contó a Lucía todo lo que vio? Seguro que no... ¿Puedo hacerle una confesión?

—Adelante.

—Es usted la que estoy buscando... Tiene usted la fiebre negra, se lo aseguro, y está hecha de materia muy dura y muy deseable. Es usted más que fuego, y los corazones oscuros la van a adorar.

Me eché a reír. Todo aquello me sonaba, y era normal. Seguramente Regina utilizaba siempre la misma fórmula para reclutar a sus chicas. ¿Y por qué no?

—Podría hacer de hombre y de mujer y tener varias personalidades todas las noches —dijo ignorando mis risas—. La imagino con los labios negros y un traje de chaqueta. Quizá también con una corbata puesta con desaliño, y por debajo ropa interior de fábula... Piénselo bien. Su vida sería más fácil. Todo es cuestión de

atrevimiento. ¿Me vendrá a ver?

Me volví a reír, pedí los tres whiskys al camarero, y ya iba a volver a la mesa cuando le dije:

—Todavía no estoy tan desesperada, créame.

—Yo no hablo de desesperación, amiga, yo sólo hablo de una disposición de la mente que no es tan difícil conquistar, y sé que ya está usted excitada. Míreme a la cara, que yo sabré ver lo que ahora está pasando en sus entrañas.

Creo que empecé a temblar. Regina sabía llegar al corazón de las tinieblas.

—Gracias por su gentileza —musité, sabiendo que con mujeres como ella la ironía tenía que ser muy suave—, pero aún no me veo preparada para cruzar la puerta que usted me abre con la mejor voluntad, y gracias también por ofrecerme un refugio en la noche.

—De nada —susurró—, pero antes de que se vaya quisiera decirle algo más: usted tiene seis sentidos, lo acabo de ver, y las que caminan con los seis sentidos despiertos pueden permitirse experiencias que las almas simples no se pueden permitir. No olvide eso, amiga, que son palabras de alguien que la mira bien justamente porque sabe mirar al revés.

Se volvieron a acelerar los latidos de mi corazón y las revoluciones de mi cabeza. La muy maldita parecía tener una especie de imán y estar envuelta en una nube de calor emponzoñado. Era como si sintieras que junto a ella ibas a saber más. Mis amigos me miraron como si me llamaran y me alejé de Regina tras decirle:

—No lo olvidaré. Es usted un pozo de ciencia. Adiós.

—Adiós —musitó ella con amable seriedad.

Nada más llegar a la mesa, Amadeo me preguntó:

—¿Con quién hablabas?

—Con Satanás —contesté—. Ya decía Fitzgerald que el bar del Ritz se parecía al Paraíso terrenal.

El despertar, el verdadero despertar, es misterioso e inocente, y si bien se va produciendo de forma gradual, se advierte de repente. No es un hecho que se pueda demostrar, pues se lleva a cabo en las regiones más oscuras del alma, pero tampoco es una ficción de la mente. Se trata simplemente de un estado general que propicia una nueva mirada sobre la vida y sobre la muerte.

Y eso fue lo que sentí un atardecer de finales de verano en la terraza de un café junto al Jardín de las Plantas. Me hallaba con Eva, Amadeo e Ives tomando granizado de café al estilo español. Poseída por una paz tan extraña como inesperada, miré a mi alrededor: la gente saliendo de la boca del metro, una muchacha comprando una manzana en una frutería, un grupo de chicas cruzando la calle en bicicleta, varios muchachos mirándolas, un coche que frena, una mujer abriendo un café nocturno, y el olor a brea llegando desde el río...

Nada extraordinario: tan sólo el elemental discurrir de la vida. Pero entonces, ¿por qué me parecía una revelación y por qué de pronto creía estar descubriendo la riqueza llena de matices del tiempo presente?

Era como si se hubiese rasgado la tela de Maya que me impedía sentir la incandescencia del mundo y la amplitud de mi propia respiración. O quizá no, quizá era como haber atravesado finalmente el espejo para sorprenderme a mí misma a este lado, tras haber viajado por el otro lado como por un oscilante tablero de ajedrez, entre casillas blancas y negras en las que siempre danzaba la misma mujer fantasmal disfrazada de peón, de alfil, de amazona, de sirena negra y brillante recitando poemas obscenos en la obscena oscuridad.

El salto que Jack me había propuesto dar, y que ni pude ni quise dar entonces, se estaba llevando a cabo ahora, de la forma más inesperada, y casi me sentía como una recién nacida.

De repente volvía a apreciar la tranquila presencia de las cosas: los olores, los sonidos, las voces, el sabor de las palabras de mis amigos, el sabor del café, el sabor de la tarde... A todo ello se unía la alegría que me había producido una llamada telefónica en la que vislumbraba un nuevo caso, y por experiencia sabía que la mejor forma de olvidarme de un problema era metiéndome en otro, como también me ocurría con las relaciones amorosas.

Volví a recordar a Alize, pero ya no lamenté nada de cuanto me había ocurrido con ella y regresó a mí aquel dilema de ver o no ver.

Ver o no ver el infierno que se oculta en el paraíso, ver o no ver el paraíso que se oculta en el infierno, ver o no ver el otro lado, pensé, y razoné para mis adentros: veo, luego existo.

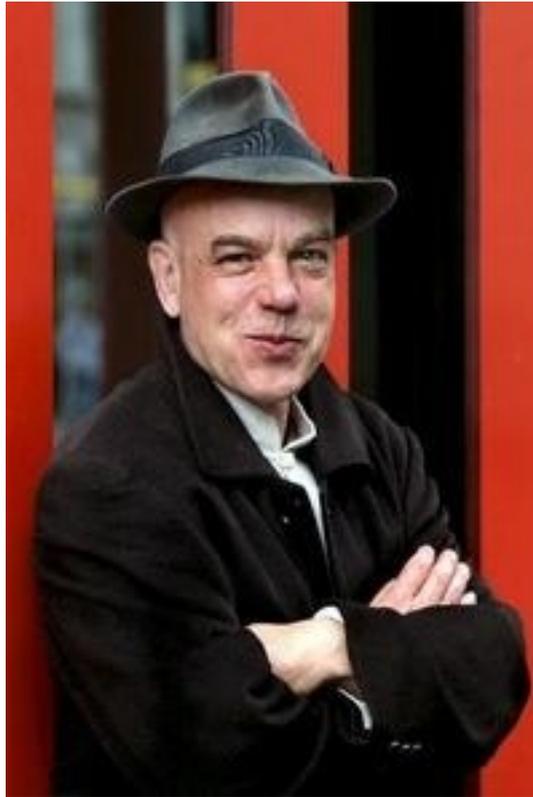
Eva acercó a mí su silla y dijo:

—Te noto más en la tierra. ¿Qué te ha ocurrido?

—No lo sé. Supongo que tenía que pasar. Ha sido como caer en un pozo de luz y volver a ver los colores del mundo.

—Es un consuelo oírte, Ágata. Me tenías muy preocupada —comentó en un tono prudente, como si no acabara de creerse mi aterrizaje.

La plenitud de ese instante me resultaba tan definitiva que, por primera vez en mucho tiempo, creía no necesitar más: me bastaba con notar la brisa del Sena y sentir la suavidad que tiene en París la noche cuando el verano muere y el otoño aún no se atreve a aparecer.



JESÚS FERRERO (Zamora, 30 de diciembre de 1952). Es un escritor, guionista y periodista español.

Pasó su juventud en Pamplona, Barcelona, Ginebra, Madrid y París. En la Escuela de Altos Estudios de la capital francesa se graduó en Historia Antigua referida al mundo griego. Allí escribió su primera novela, *Bélver Yin* (1981), con la que obtendría el Premio Ciudad de Barcelona de 1982, y cuyo notable éxito de crítica y público, así como su corte con la tradición literaria española, la señalan como uno de los referentes más importantes de la nueva literatura de la España democrática.

En 1986, Jesús Ferrero publica su segunda novela, *Opium*, residiendo ya en Barcelona, ciudad donde también escribiría sus novelas *Lady Pepa*, *Débora Blenn*, *Alis el Salvaje*, *Los reinos combatientes*, *El secreto de los dioses*, *El efecto Doppler*, Premio Internacional de Novela Plaza y Janés 1990, y el relato *Besos en tu suéter manchado de vino*. Tras su larga estancia en París y en Barcelona, en 1994 Ferrero se traslada a Madrid, donde impartirá cursos en la Escuela de Letras de Madrid durante más de una década, y donde ha escrito el resto de su producción literaria desde las novelas *Amador o la narración de un hombre afortunado* y *El último Banquete*, Premio Azorín 1997.

Poco partidario de las narraciones exhaustivas, sólo dos de sus novelas sobrepasan las trescientas páginas, Ferrero es un autor prolífico que se ha dedicado a diferentes géneros narrativos. Así, la pequeña Editorial Pamiela de Pamplona editó a finales de los años 80 sus tres primeros libros de poemas: *Río Amarillo* (1986), *Negro sol*

(1987) y *Ah mira la gente solitaria* (1988), siendo la Editorial Siruela quien publicara en 2003 su cuarto y hasta ahora más reciente libro de poesía, *Las noches rojas* (2003), por el cual había recibido el Premio Internacional Barcarola de Poesía ese mismo año.

También ha publicado una obra de teatro *Las siete ciudades del Cíbola* y ha trabajado en la televisión y en el cine. Ferrero es coautor junto a Pedro Almodóvar del guion original de la película *Matador* (1986), y antes había participado en el rodaje de *Robin y Marian*, de Richard Lester. Asimismo, firmó el guion literario del Pabellón de la Navegación en la Exposición Universal de Sevilla (1992). Ferrero gana el Premio Anagrama 2009 por el ensayo titulado *Las experiencias del deseo. Eros y misos*. Con él regresa a una escritura reflexiva que no había practicado desde su época universitaria en París. En 2011 gana el Premio Fernando Quiñones de novela con la obra *El hijo de Brian Jones*.